



Campaña de seducción



Hacia ya tres años que Kalera desempeñaba el papel de perfecta secretaria para Duncan Royal; solo había una mancha en su perfecta relación de trabajo: un desliz que no duro más que una noche, algo que nunca debió suceder y que ambos se esforzaban por olvidar. O al menos, eso creía ella…

Sin embargo, Duncan Royal seguía cautivado por aquella noche de increíble pasión y deseaba, en secreto, que su relación se extendiera más allá del horario laboral. Solía obtener a cuantas mujeres se proponía, de modo que, a partir del momento en que Kalera le anuncio su compromiso con otro hombre, se vio dominado por una sola obsesión: lograr que Kalera acudiera a su cama una vez más, pero esa vez para siempre.



Susan Napier

Campaña de seducción

Bianca - 1063

ePub r1.0
LDS 19.04.16

Título original: *In Bed with the Boss*
Susan Napier, 1999
Traducción: Myriam Galaz Villasante

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

—¿Qué demonios es esto?

A pesar de que llevaba la cuenta atrás mentalmente, Kalera Martin dio un saltito sobre su asiento al oír que puerta que tenía a su espalda se abría de par en par. Casi inmediatamente dio un golpe contra la pared que resonó en toda la sala.

Kalera se irguió en su silla, poniendo la espalda recta. Sus manos se apretaron involuntariamente sobre las carpetas que sostenía en aquellos momentos, dejándolas sobre su bien ordenada mesa.

Del hombre que estaba en el umbral de la puerta esgrimiendo una hoja de papel podría haberse dicho cualquier cosa menos que estaba en orden. Su elegante vestimenta no podía disimular una personalidad puramente física. Incluso con aquel traje azul marino de corte tan clásico, con la camisa de cuello oxford y la corbata de seda azul, Duncan Royal más parecía un matón de arrabal que el dueño de una multimillonaria compañía de alta tecnología. Era muy alto y ancho de hombros, casi hasta el punto de intimidar, y cuando en una discusión le fallaban sus argumentos no dudaba en servirse de su impresionante corpulencia como de una herramienta de negociación más. Con ello lograba que los contrincantes más testarudos cambiaran de opinión y se mantuvieran, por su propio bien, a su lado.

En aquellos momentos, su imponente físico, acompañado de una furia desatada, parecía su único argumento. Su mirada era la de un asesino antes de cometer el crimen. Su cabello, que solía llevar bien peinado hacia atrás, le caía desordenado sobre la frente. Tenía los ojos clavados en la figura de la sensible y delicada mujer que estaba detrás de la mesa.

Con la esperanza de que todavía no hubiera llegado al fondo de

la bandeja del correo, Kalera enarcó las cejas, procurando mostrarse sorprendida.

—No lo sé, ¿qué es? —preguntó con su voz aterciopelada y profunda que siempre resultaba tan inesperada, al provenir de una mujer más bien pequeñita.

—¡Eso es lo que yo quiero saber! —espetó Duncan, y se acercó a la mesa en dos zancadas, soltando el documento, ya arrugado, delante de las narices de Kalera.

Kalera lo agarró antes de que llegara al suelo y lo extendió con la palma de la mano. Afortunadamente, no tembló al hacerlo.

—¿Y bien? —le urgió él.

Kalera se aclaró la garganta. Sus ojos grises se toparon con la incendiaria mirada de Duncan.

—Es mi carta de dimisión…

Duncan resopló.

—Eso ya lo sé…

—Entonces, ¿por qué lo preguntas? Yo creía que estaba muy claro —dijo Kalera, devolviéndole la carta, que él ni se molestó en mirar. Al contrario, apoyó las manos en el borde de la mesa y se inclinó para mirarla a la cara. Sus ojos azules mostraban una mirada de profunda incredulidad.

—Pues estabas equivocada…

Kalera observó, fascinada, el pequeño nervio que temblaba en una esquina de su estrecha boca, apretada por los músculos de la mandíbula. Aquel gesto, lleno de reconcentrada energía, la espoleo.

Era un principio.

En los tres años que llevaba trabajando en Labyrinth Technology, en calidad de secretaria personal de Duncan Royale, lo había visto enfadarse muchas veces, pero nunca había sido el blanco de uno de sus terribles ataques de furia.

Quizás se debiera a que como ella era de constituí delicada él era consciente de que podía imponerse por el mero hecho de ser muy corpulento, o quizás fuera efecto de la impertérrita serenidad de Kalera, pero el caso era que en las raras ocasiones en que ella le había dado motivo para desplegar su terrible temperamento, Duncan había descargado su furia sobre los objetos que tenía a su alrededor, y no sobre ella. Aquella actitud ya le había costado a la compañía un tiesto con una hermosa planta, un teléfono móvil, dos

tazas de café, una pluma y una severa reprimenda de un guardia de seguridad en cierta ocasión en que Duncan prendió fuego a uno de los informes de Kalera, causando una pequeña conflagración en una de las papeleras de la oficina, con la consiguiente puesta en marcha de las alarmas contra incendios que causó la evacuación de todo el edificio.

—¿Y bien?

Estaba inclinado sobre ella, amenazante, mirándola a los ojos. Kalera se echó hacia atrás, en un vano intento por librarse de la poderosa presencia de Duncan.

—¿Qué… qué parte es la que no entiendes? —dijo con un hilo de voz. Su réplica se parecía muy poco a los tranquilos, pero incisivos comentarios que había ensayado delante del espejo aquella misma mañana. Odiaba las escenas y en realidad había redactado aquella carta con la esperanza de que sirviera para atenuar los hechos, no para hacerlos más graves. Su única intención al redactarla había sido la de preparar el terreno para una confesión más sincera hecha de viva voz.

Sin embargo, su temperamental jefe se movía en las confrontaciones como pez en el agua. La franqueza llana y simple era su estilo preferido y estaba claro que una conversación civilizada no figuraba en su agenda para aquella mañana.

—¿Qué parte? Cualquier parte, todas las partes. ¡Todo el asunto es incomprensible!

Duncan Royal estaba acostumbrado a manejarse con complicadas ecuaciones. Solía servirse de la brillantez de su intelecto para controlar su entono, pero no le gustaba verse reducido al mundo vulgar de algo tan humano como el desconcierto.

Kalera hizo acopio de todo su valor. —Bueno, yo…

—¡Dos párrafos! —exclamó Duncan. Su voz profunda llena de fiera indignación, mientras señalaba la carta con un dedo acusador —. Maldita sea, Kalera, después de todo este tiempo, ¿es esto lo que crees que merezco? ¿Dos malditos párrafos para decirme que una de sus mejores empleadas se larga y me deja con un palmo de narices?

Kalera se recogió el cabello suelto en la elegante diadema que se ponía para trabajar. Estaba nerviosa. Su semblante, un perfecto óvalo que Harry había tenido la amabilidad de comparar con el de

una Madona de una pintura medieval —suave, sereno y misterioso —, no revelaba su gran aprensión.

Sabía bien lo mucho que para Duncan Royal significaba la lealtad personal. En realidad, era la piedra sobre la que había fundado su enorme imperio. La industria de la informática es un negocio en el que abunda la provisionalidad y la traición. Sin embargo, Duncan había hecho una fortuna desarrollando productos de software antes que competidores mucho más grandes y poderosos que él, y su estrategia se basaba en que conocía personalmente, y los cuidaba con esmero, a todos y cada uno de sus empleados, desde los directores de área hasta las señoras de la limpieza. Todo el que trabajaba allí lo hacía porque se encontraba a gusto. Como resultado de ello, había reunido a un grupo de hombres y mujeres ambiciosos y trabajadores, a quienes su fidelidad total a su brillante, pero excéntrico jefe les era muy bien recompensada.

Kalera se imaginaba que la reacción de su jefe ante su dimisión no sería precisamente positiva, pero tampoco esperaba que fuera tan violenta. Sabía que hacía bien su trabajo, porque Duncan era de palabra fácil, tanto para reprender como para alabar a su persona pero también sabía que no era irremplazable. Ella no era un genio de la informática, de los que en la empresa había unos cuantos, ni tampoco un ejemplo de perfecta organización. No era más que una pieza muy útil en el perfecto engranaje de la administración de la compañía.

Y por supuesto, no era posible que él estuviera enterado de…

—Lo dices como si me fuera de un día para otro —dijo—, pero como habrás podido leer, estoy dispuesta a trabajar las cuatro semanas que establece mi contrato…

—¡Al demonio con tu contrato! ¡Sabes que no es de eso de lo que estoy hablando!

Kalera aguantaba a pie firme. Que no le gustaran las escenas no quería decir que no fuera capaz de mantener sus puntos de vista.

—Duncan, no hace falta que grites —dijo con frialdad—. No estoy sorda.

—¡No! sólo idiota perdida! —exclamó Duncan, dando un puñetazo que hizo temblar el teclado del ordenador.

—Si soy tan tonta, deberías alegrarte de que me fuera —dijo

ella. Comenzaba a sentirse algo culpable. Sabía que cuando Duncan supiera la verdad, no querría verla ni a un kilómetro de distancia.

—He dicho «idiota», no «tonta» —dijo Duncan, y comenzó a pasearse de un lado a otro. ¿No podíamos haberlo hablado? ¿Tan… tan inaccesible soy… tan difícil es hablar conmigo que ni siquiera te has atrevido a mencionar que estabas pensando en marcharte?

Se detuvo de nuevo frente a la mesa de Kalera, extendiendo los brazos en un gesto de perplejidad. Tenía una política de puertas abiertas con su personal y la mayoría de sus empleados aprovechaba la oportunidad de expresar sus opiniones e ideas libremente.

Kalera agachó la mirada para ocultar la expresión de sus amables ojos grises, y la fijó en la carta, que seguía sobre la mesa.

—Lo siento, pero, al fin y al cabo, la decisión era cosa mía. No tiene nada que ver contigo…

En cuanto aquellas palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que había cometido un error táctico.

—¿Me estás diciendo que cuando uno de mis empleados decide marcharse de la noche a la mañana sin ni siquiera molestarse en darme una razón, no es asunto mío? —explotó Duncan—. Pero qué digo. Un empleado no, una amiga… Kalera…

Kalera se vio invadida por una oleada de culpabilidad. En aquellos mismos momentos, el rostro de una chica de color, tocada con un peinado de estilo africano, entró por la puerta principal del despacho de Kalera.

—Hola, niña, ¿a qué viene tanto jaleo…? Ah, hola, jefe. Tendría que habérmelo imaginado… Aunque por el ruido que se ha armado, yo creía que Kalera se había traído una manada de Rottweilers a la oficina.

Duncan miró con furia a su joven e irreverente ayudante.

—¿Te importaría dejamos solos, Anna? Estábamos manteniendo una conversación privada.

—¿Ah, sí? —preguntó Anna Ihaka acercándose a la puerta, mirando a la pareja con ojos intrigados—. ¿Sobre qué tema?

—Luego hablamos —intervino Kalera, al darse cuenta de que Duncan estaba a punto de estallar otra vez.

—Ah, vale. Llámame en cuanto haya terminado de dar voces y te traeré una taza de café —dijo Anna, alegre por naturaleza y que

no se arredraba por nada. Debido a ello era la ayudante perfecta de un hombre que cuando se enfadaba era el Sultán de la Furia—. ¿Quieres que cierre la puerta, jefe? —añadió con dulzura—. Sólo que los signos de puntuación de vuestra conversación privada se oyen en toda la oficina, ¿sabes? Y es un poco incómodo para el pobre Bryan, que está tratando de hacerles una demostración a unos clientes bastante puntillosos —concluyó, y cerró la puerta antes de que Duncan pudiera intervenir.

—Uno de estos días le voy a retorcer el pescuezo a esa descarada —gruñó Duncan y vio la expresión en los ojos de Kalera—. ¿Y tú de qué te ríes?

Kalera se puso seria. Era evidente que había llevado el asunto de una manera equivocada, pero quizás no fuera demasiado tarde para enmendar su error.

—Mira, hay una buena razón para que quiera marcharme… —comenzó.

—¿De verdad? ¿Me he saltado algo? —dijo Duncan, y le arrebató la carta de dimisión a Kalera, que la tenía agarrado con la mano. Comenzó a leer con fingida formalidad—: «Mi vida laboral en Labyrinth Technology ha sido muy satisfactoria… Pero debido a un cambio producido en mi vida personal, lamento informarte de que me gustaría presentar mi dimisión en la fecha de la presente, siempre según los términos de mi contrato». ¿Un cambio en mi vida personal? —repitió Duncan con furia—. ¿Y eso qué demonios significa?

Kalera se humedeció los labios con un rápido movimiento de la lengua. ¿Era preferible decírselo bruscamente o poco a poco? Ya no estaba segura.

Mientras ella vacilaba, Duncan volvía a la carga con su acostumbrada impaciencia.

—No vas a encontrar un trabajo mejor que éste —dijo, con arrogancia—. Tu trabajo aquí te va como anillo al dedo, al fin y al cabo este puesto casi lo ideaste tú misma cuando viniste a pedirme un empleo. Eres más que una secretaria, manejas toda la oficina. Además, me parece que siempre nos hemos compenetrado bien. ¿Se trata de dinero? ¿Te parece que no te pago lo suficiente?

La pregunta era absurda. Posiblemente, Duncan fuera muy posesivo con sus ideas, pero también era muy generoso con el

dinero. Sus contables se volvían locos con su insistencia en compartir los beneficios de la empresa con los empleados mediante bonos, gratificaciones y royalties sobre el software que habían ayudado a fabricar. Trataba tan bien a sus empleados que ninguno de sus competidores había logrado arrebatarle a uno solo de ellos.

—Sí, claro que sí. Pero yo…

—¿No te encuentras a gusto?

Ojalá dejara de interrumpirla con sus preguntas para poder darle la respuesta adecuada.

—Sí, he estado muy a gusto, pero…

—¡Pero! Pero, ¿qué? ¿Ya no lo estás? ¿Por qué? ¿Hay un algún problema del que no me hayas hablado? Ni tus condiciones de trabajo ni tu entorno han cambiado, así que, ¿qué es lo que pasa? —peguntó Duncan, y su mente, rápida como un rayo, exploró las posibles posibilidades—. ¿Te ha estado molestando alguien?

Kalera se quedó muy sorprendida por el repentino cambio de la conversación.

—¿Molestándome?

—Sexualmente. ¿Alguien te ha estado acosando? ¿Te han dicho cosas ofensivas, o te han… acosado de una manera más… molesta? ¿No te sientes segura en la oficina?

Kalera se quedó boquiabierta, atónita.

—¡Dios mío! Es eso, ¿verdad? —dijo Duncan, y rodeó la mesa para acercarse a ella. Giró su silla con el fin de que ella pudiera mirarlo a los ojos y no prestó atención a su gritito de sorpresa cuando tomó su mano. —¿Quién es? —dijo, estrujándole la mano entre las suaves y cálidas palmas de las suyas—. ¿Te ha amenazado? Dime quién es y sea quien sea ten por seguro que ese cerdo se va hoy mismo de esta empresa. ¡Lo voy a echar tan rápido que sus pies no van ni a tocar el suelo!

Recorrió con la mirada el cuerpo de Kalera, fijándose en su blusa de seda de color amarillo limón y en su falda verde de algodón, como si buscara las huellas de su acosador. Aquella inspección tenía algo de posesiva y Kalera sintió un inesperado y cálido estremecimiento al notar que la mirada de su jefe se posaba sobre la curva de sus pequeños senos. Sin embargo, con la facilidad que le otorgaba la práctica, ignoró aquel estremecimiento y suspiró.

—¡Por Dios Santo! Duncan, cállate y deja que te lo explique

todo. ¡No me están acosando! —dijo tirando de la mano para soltar las de Duncan, pero éste no le dejó.

—Entonces, ¿por qué te pones colorada?

—Porque me avergüenza que hayas podido pensar que no sería capaz de solventar un simple caso de acoso sexual yo sola.

Duncan frunció el ceño y con el pulgar acarició la mano cautiva de Kalera.

—Es que no deberías solventarlo tú sola, ésa es la cuestión.

—Bueno, pues es una cuestión absurda, porque, como acabo de decirte, nadie me está acosando… —dijo Kalera, y se interrumpió, desconcertada al ver la fría expresión de Duncan.

¿De verdad pensaba que le estaba mintiendo? Pero cómo podía pensar que ella era tan irresistible como para ser el blanco de un acoso sexual. Aunque era pasablemente atractiva, desde luego, no era el tipo de mujer que volviera locos a los hombres. No era raro que cuando algún hombre demostraba por ella cierto interés y ella lo rechazaba, él se limitara a dar media vuelta encogiendo los hombros. Y en la oficina, empezando por su jefe, todos la habían tratado siempre con un amistoso respeto.

Frunció el ceño al caer en el único motivo posible por el que Duncan le estuviera haciendo aquel tipo de preguntas.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Has recibido alguna queja?

Duncan no la escuchaba. Había agachado la cabeza y parecía concentrado en su mano.

—¡Te has quitado los anillos de compromiso y de casada! —dijo éste con la voz ronca por el asombro, acariciando con un dedo la piel ligeramente más blanca del lugar que había ocupado el anillo. Luego levantó la cabeza y volvió a mirarla, con una desacostumbrada palidez—. ¿Por qué no llevas los anillos de Harry?

Kalera tenía la piel muy sensible, y desde aquella piel, que Duncan acariciaba, le llegó un suave estremecimiento que ascendió por su brazo.

—Están en casa… Me ha parecido que ya era hora de quitármelos —dijo, contrayendo los dedos y cerrando la mano en un puño que se negaba a hacerse eco de la agradable caricia de Duncan.

Duncan soltó su mano, pero en lugar de levantarse inmediatamente, se balanceó sobre sus talones, rozando de ese

modo con sus rodillas la pantorrilla de Kalem. La fría expresión de su rostro desapareció, dejando paso a una ligera sonrisa que no le pasó desapercibida a Kalera, que seguía sonrojada.

—Es parte del pasado —dijo él. Y el evidente guiño de satisfacción de su tono consiguió que Kalera se pusiera tensa, en un gesto defensivo, cerrando los puños.

—Nunca olvidaré a Harry…

—Claro que no, pero ya hace dos años que murió —dijo Duncan, con su devastadora y habitual franqueza—. No tienes por qué sentirte culpable, Kalera. Has honrado su memoria con un periodo de luto —dijo Duncan, y suavizó el tono de su voz—, los has honrado a los dos, pero ahora tienes que seguir adelante, aprovechar todas las oportunidades que hoy en día se le ofrecen a una mujer —añadió, con una sonrisa de aprobación. Era la introducción perfecta y Kalera no podía desaprovecharla.

—Me alegro de que pienses así, porque eso es exactamente lo que ha ocurrido —dijo, suspirando profundamente antes de anunciar—: Anoche me he comprometido.

—¿Anoche qué? —dijo Duncan, que sin perder la sonrisa, aquella sonrisa extraña, caprichosa, atractiva que volvía locas a las mujeres. Kalera se dio cuenta de que no la había entendido.

—Anoche… una persona con la que he estado saliendo… pues… me pidió que me case con él…

Se interrumpió. En aquellos momentos era testigo de un acontecimiento único dentro de su experiencia vital: Duncan Royal estaba atónito, boquiabierto, sin saber qué decir. Parecía un hombre al que le hubieran golpeado con una maza. Su sonrisa se desvaneció dejando paso a una expresión aturdida. Abrió y cerró la boca, pero el único sonido que profirió su boca fue un suspiro desalentado. Se quedó pálido y sus ojos parecieron en un instante más sombríos. Si no fuera porque estaba arrodillado, Kalera habría pensado que se hubiera desmayado.

En cualquier otro momento aquella circunstancia la habría divertido. Duncan disfrutaba dejando atónitos a los demás. Solía dejar caer comentarios sorprendentes como medio de dominar las conversaciones, de manera que contemplar cómo se volvían las tomas en contra suya era un acontecimiento digno de ser disfrutado. Sin embargo, sabía que aquel aturdimiento no podría

durar mucho.

—Fuimos a cenar y me pidió que me casara con él y yo dije que sí —le dijo de una vez por todas, esperando con ello detener la batería de preguntas que veía agolparse en sus ojos—. Así que al volver a casa me quité los anillos de Harry. No me parece correcto llevarlos cuando estoy comprometida con otra persona… aunque puede que vuelva a ponerme la sortija… después de casarnos…

Duncan agachó la mirada, fijándose en la mano derecha de Kalera. Ella se dio cuenta de que estaba buscando una prueba fehaciente de sus palabras.

—No tengo anillo de compromiso —dijo— porque queremos ir juntos a elegirlo. A propósito, lo haremos esta noche, después de trabajar…

Duncan sacudió la cabeza violentamente, una sola vez, como un boxeador recobrándose de un golpe casi definitivo. Por una vez, su mente no podía asimilar todo lo que le estaban diciendo.

—¿Has estado saliendo con alguien? —preguntó.

Kalera se encogió de hombros.

—Como tú acabas de decir, hace dos años que Harry nos dejó…

—¿Has estado saliendo con otro hombre?

¡Y pensar que Kalera siempre se había sentido inferior ante la suprema inteligencia de Duncan! No pudo evitar que se le escapara una risita nerviosa.

—Bueno, mira, desde luego, con quien no he salido es con otras mujeres. Además, los matrimonios entre personas del mismo sexo todavía no son legales, así que me parece absurdo comprometerme con…

Su humor no arrancó ni la más ligera sonrisa de Duncan.

—¿Y cuánto tiempo llevas con ese tipo?

—Algunos meses —confesó Kalera, aunque en términos prácticos llevaba saliendo con «ese tipo» menos tiempo.

Duncan frunció el ceño.

—¡Algunos meses! ¿Llevas saliendo unos meses con otros hombres y no te has atrevido a mencionarlo?

Lo decía como si hubiera llevado una vida de secreta promiscuidad. Primero la animaba a superar la pérdida de Harry y luego hacía que se sintiera culpable por haber llevado a cabo su consejo.

—Con «otros hombres» no —protestó, con una mezcla de indignación y culpabilidad—. Con un solo hombre, en singular. Y, bueno, todo comenzó tan sin darnos cuenta que en realidad no había nada que contar… además, ¿por qué iba a hacerlo? Tú no me hablas de las mujeres con las que sales.

—No lo hago porque… —se interrumpió, mirándola fijamente a los ojos—. No, no lo hago, pero eso no te impide saberlo, ¿verdad? Me pasas las llamadas, abres mi correo y llevas mi agenda, y si hay algo que no sabes te enteras por los rumores. Porque este lugar es un nido de cotilleos y parece ser que el número de chistes acerca de n-ú vida personal no deja de aumentar. Apuesto a que sabes mejor que yo con cuántas mujeres he salido.

—Lo dudo —murmuró Kalera con ironía, pensando en la procesión de cuerpos Danone fotografiadas del brazo de su jefe. Aunque dada la legendaria energía de Duncan y el tiempo medio que le duraban las parejas, su sugerencia no era del todo descabellada.

—Oh, no me refería al sentido carnal —dijo Duncan, respondiendo con seriedad—. Bueno, ¿y quién es el afortunado? ¿Quién es ese hombre maravilloso con el que empezaste a salir tan sin darte cuenta que no mereció la pena mencionar el hecho a tus amigos? —preguntó, con una expresión muy dura—. ¿O es que soy el último en enterarme?

Kalera negó con la cabeza. Incapaz de mantener su posición por más tiempo comenzó a ordenar las cosas que había sobre su mesa.

—No, no he hablado de él con nadie. Es… extraño…

Duncan se sentó en la mesa, apoyando el codo en la pantalla del ordenador. Los músculos de su muslo se marcaban bajo la tela de sus pantalones cuando apoyó el pie sobre el tirador de uno de los cajones.

—¿Por qué? ¿Es que está casado?

Kalera dio un respingo.

—¡No!

—¿Divorciado? ¿Tiene hijos y no quieren que su papaíto se vuelva a casar? ¿Tampoco es eso? Bueno, entonces puede que te avergüences de él —dijo—. ¿Y eso por qué? ¿Es un hortera o un barriobajero y no quieres que te vean con él en público?

Kalera dio un golpe sobre la mesa.

—¡No! ¡Claro que no! —dijo, tratando de concentrase en los bolígrafos que estaba ordenando—. Es de buena familia y tiene su propia empresa…

Esperaba que Duncan le preguntara en qué sector trabajaba, pero estaba claro que Duncan se negaba a cooperar.

—¡Vaya! Así que es rico… —dijo, con un bufido de desprecio.

La estaba provocando deliberadamente, pero Kalera no iba a consentirlo.

—Sí —contestó.

—¿Y guapo…?

—Mucho.

—¿Inteligente?

—Inteligentísimo.

—¿Es bueno en la cama?

—Una fiera —replicó Kalera al punto—. Y también —añadió, aprovechando que le había dejado boquiabierto— es amable, generoso, le gustan los niños y los animales y es muy bueno con su madre.

—¿Todavía sigue cosido a sus faldas? —preguntó Duncan alzando una ceja—. ¿Es que es más joven que tú?

—Teniendo en cuenta que tengo veintisiete años, no puede serio mucho más…Te equivocas si crees que es un gigoló o un miro mimado… Está en la flor de la vida, nada, más —insistió fastidiada.

—¡Menudo eufemismo! —se burló—. Por lo que parece, entonces es más bien madurito.

—Si tanto te interesa saberlo, te diré que tiene exactamente tu edad —le espetó Kalera.

—Sí, y tu descripción se ajusta perfectamente a mi carácter… ¿Todos estos rodeos para decirme que te has enamorado de mí, Kalera? —preguntó cínicamente.

Ella le lanzó una mirada fulminante, olvidándose por completo de que lo que pretendía era calmarle.

—Serías el último hombre en la tierra del que yo me enamorara —casi gritó, agarrándose a la mesa para contener el creciente deseo de empezar a romper cosas—. ¡Dios mío, pero qué arrogante eres!

Duncan se tomó sus palabras como si fueran un cumplido. A decir verdad, estaba acostumbrado a destacar en todo cuanto emprendía, y aunque era un genio de la informática, su aspecto no

se asemejaba en nada al prototipo de sabio distraído, ya que gracias a sus sesiones de gimnasio y squash se mantenía en una forma excelente para sus treinta y cuatro años.

—Bueno, es que todo lo que has dicho me cuadraba —murmuro —, especialmente lo de ser un as en la cama… Dime Kalera, ¿qué tiene tu hombre misterioso que yo no tenga?

Aquella alusión a su maestría en la cama le puso inmediatamente alerta. Kalera sabía muy bien que no estaba exagerando en absoluto.

—¡Humildad! —le espetó rabiosa. No se podía decir que en aquellos momentos pareciera una Madonna precisamente.

—¡Vaya! Sea quien sea, lo describes de tal forma que parece irreal de puro bueno…

—Pues no lo es —replicó Kalera con tal sinceridad que le dejó desarmado.

—Así que existe de veras, ¿no? —preguntó tras una larga pausa —. ¿No es un simple producto de tu imaginación?

—¡Claro! ¿Por qué te crees si no que renuncio a mi trabajo?

—Espera un momento —le interrumpió Duncan—: ¿Quieres decir que lo haces sólo porque te vas a casar?

—Lo he pensado mucho, y me parece que es la única opción… —empezó a decir Kalera con mucho tiento.

—¿Pero es que vas a renunciar a un trabajo que te encanta sólo porque a ese modelo de virtudes no le gusta que su mujer trabaje? ¿Es que se cree que estarnos en la Edad Media, o qué?

—No, nada de eso…

—Dame una razón entonces: ¿vas a mudarte acaso? ¿Es que no vive en Auckland?

—Si, pero…

Casi era visible el esfuerzo mental que estaba haciendo Duncan para intentar comprender la situación.

—¿Estás embarazada? —preguntó algo turbado, bajando la vista hacia su vientre como si quisiera taladrarla con la mirada.

Kalera se sintió casi agredida físicamente ante aquel examen. Instintivamente se llevó la mano al vientre, en un intento por protegerse de la amenaza contenida en aquellos fieros ojos de un profundo azul marino.

—¿Es que habéis tenido un descuido? ¿A eso se debe esta

indecente carrera hacia el altar? Te recuerdo que, en estos tiempos, la ilegitimidad ya no supone ningún estigma…

Aquello no se lo podía consentir ni a Duncan.

—¡Por Dios Santo! ¡Esto es demasiado! ¡Pero si ni siquiera hemos fijado la fecha! —gritó, Kalera—. Solamente nos hemos prometido, no estoy embarazada. ¿Es que no te das cuenta de lo grosero que estás siendo? Lo creas o no, Stephen quiere casarse conmigo: no lo hace por necesidad o por lavar mi honor mancillado, sino simplemente porque es eso lo que desea… Si dejaras de decir impertinencias y me escucharas un poco para variar, yo misma te lo contaría todo.

Duncan la miró amilanado: Kalera jamás perdía la compostura, y muy rara vez gritaba, pero cuando lo hacía, su bien educada voz adoptaba un tono de autoridad que no admitía réplica.

—Vaya —articuló al fin—. Por lo menos ya sabemos el nombre de tu misterioso novio. ¿Y cómo se apellida, si puede saberse? ¿Lo conozco?

Kalera se puso las manos en la espalda, irguiéndose con toda la firmeza que pudo reunir.

—Sí, de hecho le conoces muy bien. Y esa es la razón por la que te he presentado mi dimisión. Voy a casarme con Stephen Prior —confesó al fin.

Y entonces fue cuando Duncan se puso realmente furibundo.

Capítulo 2

Entonces, ¿cómo se lo ha tomado?

—No muy bien —dijo Kalera secamente, mirando cómo su prometido cascaba la pata de un cangrejo entre sus fuertes dedos y sacaba limpiamente su contenido. Envidiaba la forma tan sencilla y pulcra en que había realizado aquella operación; si ella hubiera pedido también cangrejo en salsa de mantequilla, a aquellas alturas estaría con las manos perdidas de grasa. Como tampoco quería correr riesgos con su elegante vestido de seda a pesar de que le encantaba el marisco, se había decidido por un inofensivo guiso de pato.

Stephen se lavó los dedos en el bol con agua de limón que tenía al lado del plato y se los secó cuidadosamente con la impecable servilleta. El sello de oro macizo, el único adorno que llevaba, centelleó a la luz de las velas. Se había puesto un sencillo traje oscuro cuyo exquisito corte era lo único que delataba lo caro que era.

—Por lo que veo, no te apetece mucho entrar en detalles —comentó. Alzó la copa de champán y brindó con ella antes de tomar un sorbo. A Kalera siempre le impresionaban sus exquisitos modales: fueran donde fuesen, con Stephen al lado siempre se sentía como una auténtica dama. Harry había sido un hombre encantador, y un buen marido, pero, lamentablemente, no muy dado a los gestos románticos.

Echó una mirada alrededor, disfrutando de la sensación de cenar en un sitio tan elegante y en compañía de un hombre que suscitaba miradas de envidia en todas las mujeres presentes. Era toda una novedad después de haber pasado tanto tiempo quedando en lugares apartados, donde su presencia apenas era advertida; ahora

que la discreción ya no era necesaria, Stephen estaba deseando salir con ella por todo lo alto. Quería introducirla en los mejores círculos cuanto antes; estaba orgulloso de su futura esposa, y anhelaba que todos sus amigos y conocidos conocieran su buena suerte.

También estaba haciendo planes para celebrar una gran fiesta de compromiso, ante la aprensión de Kalera, que temía no estar a la altura de las circunstancias. Harry ella habían llevado una vida muy tranquila: sus escasas salidas se reducían a ir al cine de vez en cuando o reunirse con un reducido grupo de amigos en alguna barbacoa; sin embargo, sabía que Stephen estaba acostumbrado a un tren de vida muy diferente. Su primera esposa de la que llevaba algún tiempo divorciado, había sido una licenciada en Bellas Artes, de una de las mejores familias de la ciudad, conocida por sus exquisitas fiestas, y aunque Stephen le había dicho que nunca iba a compararla con Terri, Kalera temía que otras personas de su círculo social que la habían tratado sí lo hicieran.

—Supongo que a cualquiera le sentaría como un tiro enterarse de que su secretaria se ha comprometido con su más peligroso rival —insistió Stephen—. Anda, cuéntamelo todo.

Con un suspiro, Kalera dejó el tenedor a un lado. No le hacía mucha gracia revivir lo ocurrido en la oficina, pero por lo menos había conseguido contener la curiosidad de su prometido durante casi toda la cena.

—Supongo que querrás que te lo cuente con todos los detalles siniestros…

—Tú lo has dicho —dijo Stephen con una maliciosa sonrisa.

Evidentemente, se moría por saberlo. Durante mucho tiempo habían cumplido el pacto que hicieran en su primera cita de no hablar nunca de sus respectivos trabajos: Stephen era el director de InfoTech Systems, la empresa rival de Labyrinth; Duncan le consideraba el enemigo número uno, ya que aunque su negocio era el líder en el mercado, la batalla por hacerse con un pedazo más grande en el competitivo sector de los sistemas informáticos para oficina sólo podía calificarse de cruenta, atizada además por la animosidad que enfrentaba a los dos directivos.

Al principio de su relación, Kalera había tenido serios temores de que las cosas no funcionaran debido a aquel espinoso conflicto. Sin embargo, Stephen se había atenido escrupulosamente a aquella

primera norma, y muy pronto encontraron infinidad de temas de los que hablar que no se refirieran directamente a sus puestos de trabajo.

—Seguro que te ha montado una escena terrible —dijo Stephen comprensivamente, al ver que ella no se decidía a empezar el relato —. Ya te dije que tenía que haber ido contigo…

—Eso solo hubiera complicado aún más las cosas. Además eres persona non grata en la empresa, no te hubieran dejado pasar de la puerta. Los guardias de seguridad tienen una foto tuya…

—¿De verdad? No lo sabía.

Kalera se mordió la lengua, irritada por aquella metedura de pata tan tonta.

—No te preocupes: yo he aplicado la misma medida en InfoTech. Hemos colocado la foto de Royal en las dianas con las que jugamos a los dardos. Puedes contárselo si quieres.

Si Kalera llegara a decirle a Duncan semejante cosa sólo serviría para que éste se convenciera de que efectivamente le había mentido cuando le aseguró que nunca hablaban de cuestiones de trabajo. Estaba un poco sorprendida por la maliciosa expresión en el rostro de su prometido, ya que a ella no le resultaba en absoluto divertido tener que renunciar a un puesto que le gustaba mucho con una mancha en su buen nombre.

—No pienso hacerlo. Bastantes problemas he tenido ya.

—Lo siento, cariño —se disculpó Stephen de inmediato—. Imagino lo mal que lo has pasado. No me digas que se ha atrevido a amenazarle…

Aquel cambio de actitud tuvo la virtud de reactivar el sentido del humor de Kalera.

—¡Por supuesto que lo hizo! Parece mentira que no le conozcas —dijo con una seca carcajada.

—No te habrá hecho daño, ¿verdad?… me refiero físicamente. Conozco bien su terrible carácter. Cuando estábamos en la escuela solía pelearse a menudo; por eso no fue nunca elegido encargado de curso, a pesar de sus brillantes notas. Los profesores pensaban que era algo inestable. Y ya en la universidad tenía fama de crear conflictos allá donde fuera…

—Sabía que os conocíais, pero no tenía ni idea de que fuera desde hace tanto tiempo —le interrumpió Kalera, inquieta ante las

¡aplicaciones de semejante revelación. Por lo visto, no conocía tan bien a su prometido como creía.

—Nuestros padres habían ido juntos al mismo internado, así que era casi obligado que nosotros acabáramos en el mismo colegio —le explicó Stephen de mala gana—. Él se comportó como un arrogante desde el tercer curso; estuvo al borde de la expulsión un montón de veces, pero como su padre era miembro del Consejo Escolar, consiguió evitarla. Cuando llegó a los cursos superiores tenía aterrorizados a los maestros.

—Pues yo nunca me puse nerviosa ni nada parecido —murmuró Kalera. Las experiencias vividas de niña le habían proporcionado un entrenamiento excelente para enfrentarse a los súbitos accesos de cólera de Duncan Royal—. La verdad es que nunca me ha dado miedo, ni siquiera cuando se pone a gritar como un loco y a tirar muebles, como esta mañana…

—¿Y qué era exactamente lo que te gritaba? —preguntó Stephen.

Kalera le sonrió con sorna.

—¿Te refieres justo antes o justo después de despedirme?

Stephen se la quedó mirando muy serio, pero en absoluto sorprendido.

—Lo siento mucho, cariño. Debería haberte advertido de que eso era lo que iba a pasar. No te preocupes: aunque se niegue a darte referencias, ya sabes que puedes ponerte a trabajar en InfoTech mañana mismo si quieres, no tienes más que decírmelo…

Algo irritada, Kalera se dijo que no había frase peor en el idioma que «Ya te lo dije yo». Se consoló pensando que cuando acabara su relato, Stephen no se iba a sentir tan seguro de si mismo.

—Intenté decírselo del mejor modo posible, pero en cuanto mencioné tu nombre me puso de patitas en la calle —dijo—. Llamó a dos guardias de seguridad para que me acompañaran a la puerta y se negó incluso a dejar que me llevara mis cosas personales —al recordar la escena, Kalera volvió a sentirse muy mortificada —por la forma en que había sido tratada, igual que si hubiera sido una criminal.

—¡El muy bastardo! —exclamó Stephen—. Pero tú ya le habías dado un papel con tu renuncia formal, ¿no es verdad? No debes consentir que vaya diciendo por ahí que te despidió.

—No lo hizo —contestó Kalera al punto. Se sentía halagada por el interés de Stephen. A veces su prometido le parecía un poco frío y distante, aunque al principio aquellas dos cualidades le habían atraído bastante—. Cambió de opinión antes incluso de que saliera por la puerta.

—¿Que hizo qué? —Stephen la miraba con ojos desorbitados.

A Kalera no le sorprendió aquella reacción: uno de los rasgos que habían contribuido a hacer de Duncan un directivo tan carismático era su capacidad para tomar decisiones rápidas, basadas únicamente en su instinto. Por curioso que pareciera, nunca fallaba.

—Cuando los guardias estaban a punto de ponerme de patitas en la calle, apareció Duncan en el vestíbulo, y, literalmente, me arrancó de sus manos, diciendo que había cometido un error. Me llevó de nuevo a su despacho y me encerró allí.

—¿Qué dices que hizo? —casi gritó atónito Stephen, atrayendo hacia ellos las miradas curiosas de los comensales que tenían a su alrededor—. ¿Quieres decir que te quedaste a solas con él en su despacho? —preguntó, bajando discretamente la voz.

Algo en el tono de su voz hizo que Kalera se ruborizara hasta la raíz del pelo.

—No, me dejó a mi sola —explicó cansadamente—. Me encerró y se marchó… me dijo que necesitaba calmarse.

—¡Te dejó prisionera! —tal y como Stephen lo dijo, parecía que la había encadenado en una lóbrega mazmorra—. ¿Durante cuánto tiempo?

—No mucho, creo que una hora más o menos —contestó Kalera vagamente, con el único fin de mantenerle en tensión un poco más. Sabía perfectamente cuánto tiempo había sido: una hora y cincuenta y un minutos habían pasado hasta que regresó Duncan para echarle un sermón sobre los horribles peligros que acechaban a las impresionables viudas que caían en manos de villanos del calibre de Stephen.

Providencialmente en aquel momento llegó el camarero, dándole la oportunidad de escudarse detrás del menú, haciendo como que elegía el postre. La frustración de Stephen ante aquella inopinada interrupción fue evidente en la forma brusca en que pidió la tabla de quesos y despachó al camarero.

—¿Y qué ocurrió después?

Kalera no tenía muchas ganas de entrar en detalles, ya que lo que Duncan le había soltado no era precisamente halagador, ni para ella, ni para su prometido. Muy al contrario, había sido casi insultante. Aunque ya sabía que los dos hombres se profesaban una abierta hostilidad, hasta aquel momento no había sido consciente de la profundidad de su mutuo odio.

Sin embargo, Stephen no le consintió que se anduviera por las ramas, obligándola a repetir todo lo que su jefe le había dicho casi palabra por palabra, insistiendo incluso en que le explicara el aspecto que tenía y el tono de su voz.

—¿Eso es todo lo que dijo de mí? —preguntó, después de enterarse de que, entre otras lindezas, su rival le había llamado «descerebrado» y «rata de cloaca», que le había calificado como «un pobre perdedor», acostumbrado a descargar en los demás sus frustraciones y a hacerles responsables de sus errores. También Duncan se había referido a él tachándole de celoso, fatuo y egocéntrico.

—¿Es que no te parece suficiente? —replicó Kalera, a quien Duncan había humillado al presumir que la única razón por la que Stephen se sentía atraído por ella era él mismo. ¡Y ese era el tipo que se atrevía a llamar egocéntrico a su prometido! Incluso osó decirle que Stephen había intentado engatusar antes a otras empleadas de Labyrinth, pero que ella había sido la primera lo suficientemente inocentona como para caer en la trampa.

—¡Ha usado contigo el más viejo truco del espionaje industrial! —había declarado Duncan disgustado—: primero se localiza a una mujer solitaria, ansiosa de amor y luego se la seduce, haciéndola creer que la relación debe mantenerse en secreto para que su sentido común quede bloqueado por el enamoramiento, de forma que ni se dé cuenta de que su ardiente enamorado se dedica a sonsacarle información… y se resiste a creerlo incluso cuando le ponen delante las pruebas evidentes de que es eso precisamente lo que están haciendo con ella.

Muy disgustada al verse descrita de forma tan patética y poco favorecedora, Kalera le recordó ávidamente que, de momento, él no le había dado ninguna prueba que justificara aquel ataque de paranoia, y que, por lo que ella podía ver, era su sentido común el que estaba bloqueado por un injustificable prejuicio contra su

prometido, y que por todas esas razones tenía que pedirle que dejara de hacer comentarios injuriosos, a no ser que estuviera preparado para defenderse delante de un tribunal.

—Por lo que me dices, entiendo que está convencido de que te he pedido que te cases conmigo para descubrir sus secretos y para privarle de tus valiosos servicios, ¿no? —resumió Stephen con una cínica mueca—. ¿Y te ha dado también algún motivo que pueda explicar mi estúpido comportamiento?

—Creí que me habías invitado a cenar, no con la intención de someterme a un interrogatorio —protestó Kalera—. ¿Es que tenemos que seguir hablando de este tema? Me alegro de haber solucionado este enojoso asunto, y hasta tú mismo deberías reconocer que las cosas se han desarrollado mejor de como temíamos. Al final, Duncan hasta se disculpó por haberse mostrado tan violento… me dijo que había sido por la impresión…

—¡Sí, seguro! —rió Stephen—. No le gusta que le pillen por sorpresa… está demasiado acostumbrado a salirse siempre con la suya. Deberías haberle dicho que se metiera sus disculpas donde le cupieran y haberte marchado sin mirar atrás.

—¡Stephen! —exclamó Kalera, desagradablemente sorprendida por su grosería.

—Lo que pasa es que no confío en él —dijo el joven pensativamente—. No entiendo por qué quiere que sigas siendo su secretaria aun sabiendo que estamos comprometidos. Yo en su lugar no consentiría una situación tan equívoca… Me pregunto qué pretende… Es un zorro muy astuto, y me temo que su idea sea hacerte pasar un auténtico calvario las próximas semanas. Por mucho que te pague, no creo que merezca la pena.

No se trataba de una cuestión de dinero, pensó Kalera, sino de principios. En medio de su trifulca, Duncan le había hecho prometer que se quedaría por lo menos hasta finales de aquel mes para enseñar a su sucesora. No podía faltar a la palabra que le había dado a su jefe, y menos cuando con aquella petición él le demostraba que confiaba plenamente en su integridad. Tampoco quería salir por la puerta falsa de la empresa en la que tantos amigos y buenos compañeros tenía; no podía permitir que pensaran que era culpable de algo.

—Creo que me las arreglaré —dijo, cruzando los dedos para que

Stephen se equivocara—. Ya sabes que tengo más carácter de lo que aparento —continuó, enderezándose en la silla. Su apariencia era tan frágil que la mayor parte de la gente ni sospechaba su fuerza interior y tendía a confundir su serenidad con falta de firmeza.

—Lo sé —convino Stephen, dándole un cariñoso apretón en la mano—. Lo que pasa es que no soporto la idea de que te hagan daño por culpa mía. No me gusta que tengas que pasar por todo esto…

Kalera sintió una oleada de cálida felicidad en su interior. Galantemente, Stephen le besó con suavidad en los nudillos sin dejar de mirarla.

Le encantaba la forma en que conseguía que se sintiera querida y especial con aquellos sencillos gestos de cariño, que prefería a los elaborados cumplidos y regalos caros. Después de que Harry muriera, tan joven y tan trágicamente, había decidido no volverse a enamoran No creía en la posibilidad de encontrar a alguien que se ajustara a ella tan perfectamente como su difunto marido. Sin embargo, el destino había puesto a Stephen en su camino, y su suave insistencia había acabado por conquistar su corazón.

Repentinamente, Stephen se puso muy rígido, y su mirada, hasta entonces tan tierna, adquirió una terrible dureza.

—¿Le dijiste a Royal que vendríamos aquí esta noche?

Disgustada, Kalera enarcó sus bien delineadas cejas. ¿Acaso Stephen se había propuesto contagiarle su paranoia?

—No… a no ser que.. Creo que mencioné que iríamos a cenar después de comprar el anillo, pero no le dije a dónde. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque está aquí, en el restaurante… y viene hacia nosotros —contestó Stephen entre dientes—. Y me da la impresión de que no para felicitamos precisamente…

Al darse la vuelta, Kalera vio que Duncan estaba justo detrás de ella. Estaba demasiado acostumbrada a sus excentricidades en materia de vestuario como para sorprenderse del aspecto que presentaba su jefe: iba de negro de los pies a la cabeza, con una ajustada chaqueta de terciopelo bordada en oro en las solapas y en los puños como la de un torero. Todo en él, desde su atuendo a la expresión de su rostro era un puro desafío.

—¡Vaya, vaya vaya! ¡Pero si aquí tenemos a la feliz pareja! —

exclamó con una sonrisa felina—. ¡Qué asombrosa casualidad!

Incapaz de resistir su mordaz escrutinio, Kalera soltó la mano de Stephen, asiendo de inmediato su copa para disimular, aunque se dio perfecta cuenta de que su jefe había advertido la torpe maniobra.

—¿Os importa si me siento con vosotras? Kalera se quedó muda ante semejante osadía. —¡Sí!

Pero sin hacer caso de la protesta de Stephen, Duncan buscó una silla libre en la mesa vecina y se sentó, sin dejar por un momento de mirar fijamente a Kalera. Instintivamente, ella se apartó cuanto pudo para evitar cualquier contacto con él, por mínimo que fuera. No pudo por menos que fijarse en su aparatosa blusa de seda con botones forrados y en… ¡Dios santo!

—¡Te has puesto un pendiente! —exclamó, sin poderse contener.

—Sí, ¿te gusta? —movió la cabeza para que ella pudiera admirar mejor la joya. Aunque estaba bien visto, que los hombres llevaran algún anillo como símbolo de elegancia masculina, aquel simple pendiente era poco menos que una provocación. Era el tipo de adorno que llevaría algún lánguido caballero renacentista… o alguna estrella de rock.

—Ni siquiera me había dado cuenta de que tenías agujeros en las orejas —comentó Kalera.

—Y no los tenía… hasta esta tarde —confesó Duncan—. Por alguna extraña razón —continuó en un tono más confidencial—, he tenido el deseo repentino de salir y hacer algo loco… primitivo… un poco masoquista si quieres… ¿Por qué crees que habrá sido, Kalera?

—No tengo ni idea —replicó fríamente la joven, evitando que sus ojos se encontraran con aquella mirada burlona, no queriendo reconocer que ella había tenido algo que ver con aquel insólito ritual de automutilación. Sabía por experiencia que Duncan necesitaba muy poco estímulo exterior para dejarse llevar por alguno de sus locos impulsos. Dirigió una mirada nerviosa a su prometido, con la vana esperanza de conseguir que Duncan se sintiera ignorado.

—Supongo que lo más adecuado hubiera sido ponerme una simple bolita de oro —continuó Duncan inasequible al desaliento—, pero ya me conoces, Kalera, me gustan los experimentos. Si te pasas

la vida limitándote a seguir las normas, es como si no estuvieras realmente vivo.

No hubo respuesta a aquel comentario. Kalera había crecido en un ambiente donde se respetaban muy pocas normas, por lo que sabía muy bien qué era lo que prefería. Por el contrario, la provocativa actitud de Duncan era fruto de una educación convencional y muy exclusiva, que le había proporcionado la seguridad suficiente como para rebelarse contra las normas.

—Entonces, ¿qué te parece? —preguntó, jugueteando con el colgante de azabache que adornaba el pendiente—. ¿Me queda bien?

Sorprendentemente, así era. La delicadeza de la joya contrastaba con los duros rasgos de su rostro, inequívocamente masculino. Sin embargo, Kalera no estaba dispuesta a darle esa satisfacción: había ido al restaurante sólo para provocarles, y no iba a seguirle el juego por nada del mundo.

—A mí me parece ridículo —intervino Stephen, manteniendo a duras penas su rígido autocontrol—. Sin embargo, he de reconocer que es típico de ti, ¿verdad Duncan? Te gusta llamar la atención. Te aconsejo que te andes con cuidado: algún día la gente descubrirá que detrás de esa fachada no hay nada.

—¡Siempre tan amable, Steve! —le contestó Duncan, pero sin dejar de mirar ni por un segundo a Kalera—. Supongo que ya te habrá dicho lo guapa que estás esta noche —continuó insinuante.

Aquel cumplido tuvo un efecto inmediato sobre los sentidos de la joven, por mucho que se repitiera que, en el fondo, Duncan se estaba burlando de ella. Podía sentir que sus senos se erguían contra las copas del sujetador de encaje, y que una peligrosa corriente zigzagueaba por sus venas y se concentraba en su vientre. Inconscientemente apretó los muslos, mientras se esforzaba por mantener una expresión serena. ¡Por Dios santo! Aquel hombre no podía adivinar lo que estaba sintiendo… y sin embargo, su burlona sonrisa podía ser cualquier cosa menos tranquilizadora.

—¡Qué apropiado que lleves el color de la honradez y la pureza! —continuó Duncan—. ¡Como una novia! Tu pelo sería el velo —asió un mechón entre los dedos, jugueteando distraídamente con él—. No me había fijado en lo que te ha crecido; la última vez que te lo vi suelto te llegaba sólo a media espalda, y ahora, en cambio, te

llega hasta la cintura.

Estremeciéndose, Kalera lanzó una aprensiva mirada a Stephen. Por fortuna, estaba tan indignado con Duncan que no parecía haberse dado cuenta de aquella comprometedora alusión.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Solo admirando la belleza de tu futura esposa —contesto sin soltar el mechón.

—No hace falta que la coquetees de esa forma —espetó Stephen muy molesto.

—¡Perdón! ¿Te he molestado, Kalera? —preguntó burlonamente.

Con deliberada lentitud, retiró el mechón, aprovechando para acariciarla, aparentemente inconsciente del efecto que el simple roce de sus dedos tenía sobre ella.

—¡He dicho que le quites las manos de encima! —siseó Stephen, rojo de ira.

Duncan sonrió inocentemente.

—No te pongas nervioso, Steve: ya ves que a Kalera no le importa. Después de todo, lleva tres años trabajando para mí, así que está acostumbrada a que la toque.

Stephen odiaba que le llamaran Steve, y Kalera adivinó que Duncan lo sabía y le llamaba así a propósito, consiguiendo con el mínimo esfuerzo que su prometido perdiera la calma que le caracterizaba.

Duncan se incorporó un poco y asió la botella de champán de la cubitera. Sonrió al leer la etiqueta.

—Como de costumbre, sólo lo mejor de lo mejor, ¿verdad, Steve? ¿Me permites que pida una copa para brindar por tu buena suerte? Mejor aún: déjame que pida otra botella para zanjar nuestras diferencias. ¡Dejaremos a todos esos cotillas con la boca abierta!

Se arrellanó en la silla y con un gesto hizo que apareciera como por arte de magia un camarero llevando en una bandeja una botella de la misma marca y cosecha que la que había en la mesa y una copa.

Siempre preocupado por guardar las apariencias en público, Stephen se tragó su orgullo. Si no quedaba más remedio, era preferible seguirle el juego a Duncan antes que hacer una escena y estropear definitivamente el resto de la velada.

—Por ti, Kalera —brindó Duncan entrechocando su copa con la de ella al tiempo que la miraba intensamente—. Te deseo que consigas todo lo que desees. Y por ti, Stephen —continuó, aunque esta vez el entrechocar de las copas sonó como dos espadas que se cruzaran—, para que obtengas todo lo que tanto mereces.

Impasible ante aquel insulto, Stephen inclinó la cabeza con una sonrisa.

Gracias, Duncan. Con Kalera a mi lado estoy seguro de que lo conseguiré —dijo con calma—. No voy a pedirte perdón por habértela arrebatado porque creo que no fuiste consciente de la joya que tenías trabajando para ti hasta que te dijo que se marchaba de la empresa para casarse conmigo. Seguro que pensabas que lo mejor que podía pasarle en la vida era trabajar para el gran Duncan Royal… Pues te equivocabas, y no vas a conseguir que vuelva por mucho que la invites al mejor champán o le digas un par de cumplidos ¡No está en venta!

Kalera se sintió muy incómoda ante aquella ardiente defensa de su persona que juzgaba completamente innecesaria. Si lo que quería su prometido era evitar una escena, aquel era el Peor modo de conseguirlo. ¿Es que no sabía que decirle a Duncan que no podía hacer algo era la mejor forma de animarle a intentarlo?

Sin embargo, en vez de responder a su desafío, Duncan se quedó mirando a la joven.

—Hablando de joyas, veo que te has puesto tu anillo de compromiso —dijo—. ¿Me dejas verlo?

Sin Poder resistirse, Kalera le tendió la mano.

—¡Vaya! ¡Menudo pedrusco! —comentó admirativamente—. Es mucho más grande que el que te regaló Harry, aunque, por supuesto, el amor verdadero no es algo que se Pueda medir en quilates…

—¡Me parece un comentario de lo más grosero e inoportuno! —bramó Stephen.

Duncan Puso una cara de circunstancias tan falsa que a Kalera le dieron ganas de soltar la carcajada.

—Lo siento, ya sé que las comparaciones son odiosas… Lo que pasa es que hasta hoy mismo Kalera llevaba el anillo de Harry, y me cuesta imaginaria con otro hombre. ¡Estaban tan bien avenidos! —exclamó melancólicamente—.

Me gustaba mucho Harry, Stephen: tú no le conociste, pero era un tipo estupendo. Es muy difícil estar a su altura —declaró, y echando hacia atrás la silla se puso en pie.

—Perdóname, Kalera —se disculpó, haciendo un esfuerzo visible para que su voz sonara convincente—. No pretendía despertar tristes recuerdos, precisamente hoy…

¡El muy mentiroso! Había hecho todo lo posible por acabar con el romanticismo de aquella noche. Sin embargo, todos sus esfuerzos habían sido vanos, pues Kalera sabía perfectamente que, por encima de todo, Harry hubiera deseado que fuese feliz. Con perfecta calma, le dijo que no era necesario que se disculpara, que no estaba enfadada en absoluto.

—Como de costumbre, me abrumas con tu delicadeza. Sin embargo, no me consideraré perdonado hasta que me concedas el honor de bailar contigo al menos una vez —pidió, haciendo un gesto hacia las parejas que se movían en la pequeña pista de baile a los sones de una orquesta de jazz—. No creo que me invites a la boda, así que esta será n-ú única oportunidad de bailar con la novia. No te importa, ¿verdad chavalote?

A Stephen sí que le importaba, pero haciendo caso omiso de su mirada aviesa, Duncan asió a Kalera por el codo, obligándola a levantarse. Fue como si le-aplicaran una corriente eléctrica sobre sus excitados nervios; se quedó tan sorprendida por su propia reacción que no hizo el menor intento por resistirse.

—¿Ya se lo has contado? —le preguntó Duncan como por casualidad mientras se dirigían a la pista de baile.

Consciente de que podían oírles, Kalera se quedó muy rígida primero y apretó el paso después para alejarse de la mesa lo más posible.

—¿Contarle el qué?

—Lo nuestro.

Casi podía sentir la inquisitivo mirada de Stephen sobre ellos.

—¡No hay nada que contar! —exclamó vehemente.

—¿No?

—¡No!

—Tu vida debe estar repleta de excitantes aventuras si piensas que arrastrarte desnuda a la cama de un hombre y suplicarle que te haga el amor no tiene ninguna relevancia. No sé por qué me da la

impresión que Stephen no es tan liberal como tú. ¿No te parece que tiene todo el derecho del mundo a saber que conozco muy bien todas y cada una de las facetas de su querida «joya»?

Capítulo 3

Súbitamente, las piernas de Kalera parecieron incapaces de sostenerla y si Duncan no la hubiera tenido agarrada por la cintura, se habría dado de bruces contra el suelo. Se aferro a la chaqueta de Duncan, pero las rodillas se le doblaron sin remedio, chocando contra las piernas de su acompañante.

Cualquiera que la viera en aquellos momentos pensaría que era la peor bailarina del mundo. Sin embargo, había salido a bailar a menudo con Stephen y si éste la veía, se preguntaría qué demonios estaba sucediendo. Cuando ella volviera a la mesa, él le preguntaría de qué había hablado con Duncan, y si ella no quería poner en peligro su relación, más le valdría mentir.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró, al pensar en las complicaciones que aquella conversación podría acarrear. De repente, se concentró en el aroma que impregnaba su nariz, y reconoció la colonia que los empleados de su oficina le habían regalado a Duncan en la Navidad anterior, una colonia que ella había elegido y comprado. Siempre había pensado que aquella fragancia fresca y penetrante, llena de sensuales matices, podría haber sido ideada teniendo a Duncan en mente, y en aquellos momentos, le parecía todavía más intensa, personalizada por los aromas únicos de su piel.

Duncan la sostenía con firmeza, apoyando la palma de la mano en su espalda, atrayendo el centro de su delgado cuerpo contra sus caderas, mientras la guiaba por la pista con armoniosos movimientos. Sus muslos se apretaban insistentemente contra ella, la mano que la guiaba la empujaba suavemente contra su pecho. Duncan, que medía un metro noventa centímetros, era como una torre inmensa, y, sin embargo, se deslizaba con pies ligeros.

—Sigue bailando, lo haces muy bien —dijo, y su aliento acarició

sus cabellos—. No dejaré que te vayas…

¡Eso era lo que tanto temía!

—¿Por qué me haces esto? —preguntó ella entre susurros.

—¿El qué, bailar? —replicó Duncan, simulando no haber entendido la pregunta—. Ya hemos bailado juntos… una sola vez… hace tres años, en la fiesta de. Navidad que Harry y tú disteis el año que entraste a trabajar para mí, ¿te acuerdas? Os acababais de mudar e invitasteis a todos vuestros amigos a la inauguración del piso. Tú no esperabas que fuera, pero fui, y cuando vi que Harry bailaba con otra mujer, aproveché para bailar contigo… en aquel pequeño balcón, bajo las estrellas, porque dentro había demasiada gente…

Kalera reconocía aquella táctica, porque le había visto desplegarla en numerosas ocasiones. Levantó la cabeza, separándola del ilusorio consuelo de su hombro.

—Estás tratando de distraerme —le acusó, antes de darse cuenta de que quizás debería darle las gracias.

Duncan sonrió.

—¿Y da resultado?

—No —dijo ella, pero sus pies comenzaron a deslizarse con mayor facilidad a medida que recordaba aquella fiesta.

Lo cierto es que le había resultado sorprendente e incómodo ver aparecer solo a Duncan, cuando todos los demás invitados acudían en pareja, y había llegado a sentirse todavía más incómoda mientras bailaban, al ver que él se resistía a seguir sus educados intentos de mantener una conversación. En aquel entonces, llevaba tan sólo unas semanas trabajando para él, de modo que atribuyó su silencio a cierto aburrimiento. Después, al ir conociéndolo mejor, dedujo que aquel silencio se debía tal vez a que estuviera abstraído pensando en algún nuevo programa informático, y cuando hacía eso, su cerebro abandonaba todas las demás operaciones mentales para concentrarse en algún complicado cálculo matemático o en algún asunto de producción.

También aquella noche se había acercado mucho a ella, pero tan ligeramente que ella no se había sentido atrapada, ni siquiera consciente de la intensa masculinidad que en aquel momento le resultaba imposible pasar por alto…

En aquel tiempo también le resultó sorprendente ver lo bien que

congeniaron Harry y él. Eran tan distintos entre sí… Harry muy tranquilo, y siempre feliz —algunos le tachaban de aburrido—, asentado en los grandes valores de su familia; y Duncan, un torbellino emocional, siempre incansable e insatisfecho, viviendo la vida con una ambición y entusiasmo que rayaban en la arrogancia, en el desafío, lo que le hacía parecer incapaz de comprometerse en una relación duradera con una mujer.

Harry era ocho años menor que Duncan, y sin embargo, a ojos de Kalera, era mucho más maduro que su jefe. En fin, el caso era que ambos hombres conectaron, de un modo que ella nunca había llegado a comprender del todo. E incluso a pesar de que no se vieran a menudo, habían mantenido una amable amistad de la qu6 incluso ella estaba excluida, ya que en su mayor parte consistía en que Harry enseñara a Duncan a jugar-al golf, mediante unas sesiones que sólo se interrumpieron con la muerte del primero.

—En aquella fiesta te sostuve en tus brazos por primera vez —prosiguió Duncan, y Kalera, de repente, fue consciente de la intimidad física de su conversación, de cómo Duncan metía una pierna entre las suyas y sobre ella pivotaban sus cuerpos, de cómo se mecían rítmicamente las caderas de Duncan contra su pelvis—. Fue todo muy inocente, gracias al hecho de que tú eras una mujer muy casada, pero la última vez… —dijo él, y la miró a los ojos, siendo los suyos cofres relucientes en poder de muchos secretos—. Hace dieciocho meses… eso no tuvo nada de inocente…

—¡Y los dos acordamos que nunca volveríamos a mencionarlo! —replicó Kalera, sonrojándose sin poder evitarlo, y odiándose por ello. ¿Cómo se, atrevía a tentarla con algo que con tanta desesperación había tratado de olvidar?—. Me prometiste que seguiríamos adelante fingiendo que eso nunca había ocurrido…

—De eso se trata, Kalera. No era más que un fingimiento. Los dos sabemos que sí ocurrió. No puedes librarte de la verdad fingiendo que no existe. Admito que entonces me parecía lo mejor, pero las circunstancias cambian.

—¿Qué circunstancias? —preguntó Kalera, tratando de recomponer sus rotos pensamientos, furiosa consigo misma por dejarse atrapar de aquella forma.

—Bueno, ya no eres una viuda triste y vulnerable, sumida en el dolor y víctima de la culpa de que tu sexualidad haya sobrevivido a

la muerte de tu marido. Si acostándote con Stephen no te sientes como una adúltera, supongo que yo también puedo sentirme libre de culpa.

Kalera estaba acostumbrada a las tácticas de Duncan, a todas sus tácticas, pero aquella vez se quedó perpleja.

—¿Cómo te atreves? —dijo ella tratando de separarse de él.

—Como antiguo amante tuyo, como alguien que te ha hecho sentir como si te hubiera echado a perder de por vida, creo que tengo derecho a saber tu opinión —dijo Duncan, con una actitud muy sumisa.

—Tú y yo no hemos sido amantes —le corrigió Kalera con furia.

—No es más que una cuestión semántica, Kalera —sonrió Duncan—. Llegamos a estar tan cerca el uno del otro como puede llegar a estarse cuando dos personas hacen el amor… lo único que nos faltó fue el acto final de la penetración, lo que por otro lado, no era entonces más que algo superfluo, ya que ambos obtuvimos la máxima satisfacción de…

—¡Duncan! —exclamó Kalera, clavándole las uñas en el hombro y echando un rápido vistazo a los rostros que tenía a su alrededor. Afortunadamente, nadie parecía haber escuchado sus escandalosas palabras!

—Supongo que si no hubieras tenido un orgasmo, luego no te habrías sentido tan culpable —prosiguió Duncan, desafiándola con su crudo lenguaje—. Te habrías convencido de que habías resistido en lugar de disfrutar, de que yo había abusado de tu confianza, de que me había aprovechado de ti, cuando en realidad lo que pasó fue que fuiste tú quien abusó de mí, fuiste tú la que me utilizaste.

Tenía que detenerlo, tenía que impedirle decir aquellas cosas tan horribles.

—Yo no abusé de ti, no te utilicé.

—Conscientemente no, eso te lo concedo, pero me parece que te resultaba muy conveniente no decidir que lo que hacíamos estaba mal hasta después de haber conseguido lo que querías de mí. Me pregunto si tu nuevo amante habría sido tan generoso contigo en las mismas circunstancias.

—No es mi… —dijo, y apretó los dientes, sorprendida de lo que había estado a punto de decir.

Los azules ojos de Duncan brillaron como perlas en la noche.

—¡Dios mío! —exclamó, en su susurro y con un inconfundible matiz de triunfo—. ¿Te vas a casar con él y ni siquiera sabes cómo se porta en la cama? Yo habría dicho que tu príncipe azul estaba impaciente por tomarte entre sus brazos y dominarte con su…

—A diferencia de ti, da la casualidad de que Stephen no cree que el sexo es lo único que importa en una relación —dijo Kalera, tratando de sofocar la ira de Duncan con una mirada penetrante, y en vez de eso se vio cautiva en el latente fuego de los ojos de su jefe.

—No es eso lo que yo creo, pero sin duda, es una parte

muy importante. No hay deseo sin amor, pero no creo que pueda existir amor saludable sin la chispa del deseo y me parece que entre vosotros dos no hay precisamente una hoguera de pasión —murmuró Duncan—, aunque supongo que no te casas por amor, sino por razones más prácticas…

Se movía a tientas y ella lo sabía, pero no pudo evitar replicar a su ofensivo comentario.

—Stephen y yo nos queremos. —¿De verdad?

El escepticismo de Duncan era como una daga en el corazón de Kalera.

—Ya he estado enamorada —dijo ella con sarcasmo—. Y sé lo que es sentir amor.

El rostro de Duncan se crispó, y frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que ese hombre te hace sentir lo mismo que sentías por Harry?

La incredulidad de Duncan hacía que Kalera tuviera la sensación de que la estaba arrinconando, aunque no pudiera suponer en qué iba a acabar todo aquello.

—Sí… no —dijo, y a ella misma sus palabras le parecieron un ejemplo de vacilación—. Es totalmente distinto, no lo comprenderías.

No se libraría de él tan fácilmente. —Intenta explicármelo.

Aquella invitación parecía impregnada de un doble sentido.

—No tengo la menor intención de discutirlo contigo…

—¿Por qué? ¿Porque a tu príncipe azul no le iba a parecer bien? ¿Tan dominada te tiene?

—No. No quiero discutirlo contigo porque valoro mucho mi intimidad —dijo ella—. Y tú no tienes ningún derecho, haya

existido lo que haya existido entre nosotros en el pasado, a intentar manipularme para que te confiese lo que siento o no siento. Ya he sufrido bastante esa clase de acoso a lo largo de mi vida —dijo Kalera, y miró en la dirección en que se encontraba su mesa, en un intento de encontrar cierto apoyo en la mirada de Stephen. Sin embargo, ni siquiera poniéndose de rodillas habría podido ver a su prometido entre los bailarines que abarrotaban la pista.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué confidencias ha tratado de sacarte ese hombre? —dijo Duncan, con la mirada ensombrecida por la sospecha—. Te dije que no era trigo limpio.

Kalera no se refería a Stephen, pero ya empezaba a cansarse de tener que defenderse a sí misma.

—Si te propones lanzarme otro sermón como el de esta mañana, diciéndome que ni acostándome con él me daría cuenta de la clase de hombre con la que estaba, puedes dejarlo ahora mismo.

Duncan ni siquiera se sintió incómodo.

—¿Y cómo iba a saber yo que te habías negado a acostarte con él? Dejaste entrever que ese tipo te había elevado a las nubes, y supuse que había sido en la cama. ¿Qué iba a pensar?

—¡Claro! ¿Qué ibas tú a pensar? Pero afortunadamente, Stephen es más refinado que tú. De todas formas, yo no me he negado a nada —dijo Kalera, incapaz de contenerse ante Duncan—. Lo que pasa es que ninguno de los dos quiere precipitar las cosas. Los dos estamos disfrutando mucho del paso que lleva nuestra relación.

—Supongo que dormir con el enemigo mientras sigues trabajando para mí, habría sido otro acto de adulterio.

Kalera lo miró, desafiante.

—¡Eso no tiene nada que ver! —declaró, preguntándose cómo se las arreglaba él para introducirla en el resbaladizo territorio de la duda.

—Nada que ver, ¿eh? —dijo Duncan, elevando la barbilla, de manera que el pendiente se balanceó ligeramente. Al verlo, Kalera recordó cuánto le gustaba a Duncan apartarse de las convenciones y cuánto éxito tenía a la hora de lograr que otros abandonaran sus inhibiciones.

—De manera que… ¿no sientes ni un poquito de culpabilidad cuando lo besas?

Kalera lo miró con la serenidad de la Mona Lisa, aunque un

torbellino de furia se agitaba en su interior.

—No me siento culpable de quererlo, si es eso lo quieres decir —dijo con calma, y se sintió orgullosa de controlar su rabia al ver la desdeñosa mirada de Duncan—. Creo que a Harry le habría caído muy bien —añadió, tratando de poner punto final a aquella conversación.

Aquella vez, sin embargo, fue Duncan quien la miró con asombro, a punto de perder el equilibrio.

—¿Estás loca? Harry lo habría aborrecido'

—Harry no odió a nadie en toda su vida —replicó ella. Su talante bondadoso era una de las cosas que más le había gustado de él.

—Mientras que Steve ha elevado el odio a una forma de arte —dijo Duncan, recobrando el equilibrio y ejecutando un par de vueltas para demostrarlo—. Ya has visto cómo es. Le encantaba la idea de haberte conquistado delante de mis narices…

Como si fuera un juguete en manos de otros, y no una mujer independiente y capaz de pensar por sí misma.

—Has sido tú el que le has provocado para que diga eso —señaló—. No pienso escuchar cómo lo descalificas sólo porque no te cae bien. En lo que se refiere a Stephen, no eres razonable.

—¿Que no soy razonable? ¿Y qué hay de él?

Parecía un miro petulante.

—Supongo que estás a punto de decir que lo que digo no es justo y que lo digo por su culpa —dijo Kalera con —una sonrisa sarcástica.

Duncan frunció el ceño, introduciendo en sus palabras una nota de ofensa que parecía muy convincente.

—¿Es que no puedo preocuparme como amigo por cómo va tu vida? Creo que es maravilloso que quieras casarte otra vez, pero cualquiera que tenga un poco de vista podría darse cuenta de que Prior no es para ti. Hace muy poco tiempo que lo conoces, pero yo sí lo conozco bien. Hasta hace pocos años éramos inseparables, de hecho, nos conocemos desde el colegio, por eso entramos juntos en los negocios…

¡Inseparables! Kalera no hizo el menor gesto, pero sus ojos debieron traicionar su reacción ante aquella idea.

—¡Ah! Ya veo que no te ha dicho nada —prosiguió Duncan—.

Odia admitir sus fracasos,… quizás por eso nunca aprende de sus errores. Bueno, pues es cierto. Steve y yo nos conocemos mucho mejor de lo que tú crees. Es muy listo, sabe cómo mostrar una buena imagen de sí mismo, pero en el fondo de todo ese encanto y refinamiento se oculta un animal raro y peligroso. Tiene ideas demasiado rígidas para una mujer como tú. Mira, se divorcio hace tan sólo dos meses… y supongo que por entonces os conoceríais.

Kalera se negó a dignificar aquella insinuación con una pregunta.

—¿Te ha dicho lo crispado que fue su divorcio, y por qué apenas ve a su hijo? —insistió Duncan.

—Por supuesto que sí —replicó Kalera, que no estaba dispuesta a que Duncan la atormentara con morbosas historias acerca del divorcio de Stephen. Gracias a su educación sentía un profundo respeto hacia el derecho de toda persona a guardar para su intimidad sus pensamientos y sentimientos más profundos En las varias comunas en que habían vivido sus padres no existía una verdadera intimidad, ni en el sentido físico ni el psicológico, y la joven Kalera había crecido odiando las reuniones de grupo tan características de aquella forma de vida, reuniones en las que todos esperaban compartir ciertas verdades universales. En aquellos grupos se alababa por su «sinceridad» a quienes exponían en público las opiniones más hirientes, mientras que aquellos que se negaban a tomar parte en las terapias de grupo eran calificados de «reprimidos».

Kalera, al contrario, pensaba que una pequeña represión habría sido muy saludable. Ella no quería saber todo cuánto concernía al pasado de Stephen, de igual modo que ella le ocultaba ciertos acontecimientos de su pasado. Ciertamente, no pretendía que fuera perfecto. Que no pudiera perdonar a su ex-mujer por la aventura que había destruido su matrimonio era muy comprensible, pues se trataba de un hombre orgulloso y con un estricto código de moralidad. Por otro lado, el hecho de que ella todavía no hubiera visto a su hijo Michael se debía a la vengativa y amarga actitud de su madre, que apelaba al bienestar emocional del niño. A Stephen le había parecido aconsejable no insistir en su derecho a visitar a su hijo, teniendo en cuenta que la custodia del niño se le había concedido a la madre, pero Kalera estaba convencida de que

recuperaría el cariño del niño en cuanto se calmaran las cosas y pudiera ir a visitarlo.

—Si necesito saber algo más, prefiero preguntárselo a Stephen, muchas gracias —dijo, con el fin de poner término a aquella conversación.

Su testaruda lealtad, sorprendió a Duncan.

—¡Maldita sea, Kalera! —explotó—. ¡Yo sólo quiero ayudar!

—Sí, claro, ayudar a que surjan problemas entre Stephen y yo, para evitarte el inconveniente de tener que contratar otra secretaria que soporte tus ataques de furia.

Duncan se paró, sin prestar atención a las parejas que estuvieron a punto de tropezar contra ellos.

—¿Crees que se trata de eso?

—Ah, ¿no es de eso de lo que se trata?

Una expresión de rabia cruzó por su rostro y Kalera decidió que habría sido mejor no haber dicho nada. Apoyó las manos en el pecho de Duncan con la intención de apartarse de él, pero al hacerlo sintió que el cuerpo de él vibraba al contacto con la palma de sus manos, su camisa de seda no era más que una delgada barrera que no podía ocultar la potencia de su fuerza vital. Se le aceleró el pulso como respuesta al latido ágil y poderoso que acababa de comprobar.

—Oh, creo que deberíamos volver a la mesa…

—Me parece bien —dijo Duncan—, así podremos proseguir nuestra pequeña charla delante de Stephen. Estoy segura de que le resultará fascinante…

Dobló una rodilla e inclinó a Kalera hacia atrás, arqueándola sobre su brazo, en una clásica postura que mostraba la sumisión femenina ante el hombre. Por un instante, Kalera se sintió como si flotara en el espacio, su única conexión con la realidad parecía cifrarse en aquel par de ojos azules que la retaban a continuar aquel combate dialéctico.

—No sé por qué se me viene a la cabeza la frase: «Hacen falta dos para bailar un tango» —dijo Duncan con una sonrisa—. De manera que… quieres incluir a Stephen en esto, ¿o seguimos bailando hasta que concluyamos nuestra conversación?

Kalera se mordió el labio. Por lo que a ella respectaba, no había nada más de qué hablar, pero Duncan era impredecible. Si

intentaba frustrar sus intentos, quién sabía qué maliciosas maquinaciones podría ingeniar su fértil cerebro.

—Se estará preguntando dónde estoy… Duncan se encogió de hombros.

—Sabe que estás conmigo.

—Precisamente.

Ante aquella réplica, Duncan sonrió complacido Y recuperó el paso, dejándose llevar, y guiando a Kalera, como si fuera una extensión de su propio cuerpo, por el sinuoso ritmo sincopado de la música. Duncan apoyaba ambas manos en sus caderas y mirando su oscuro y atractivo rostro, Kalera se estremeció, al ser consciente de un premonitorio desastre.

—No te atreverías, ¿verdad? —le preguntó, casi en un murmullo.

Duncan la miró a los ojos.

—¿No me atrevería a qué?

Su voz era todavía más profunda de lo habitual.

—¿Le vas a decir a Stephen lo que… lo que pasó?

—No, lo que he dicho es que debería saberlo.

—¿Por qué? ¿Porque quieres hacerle daño? Si tiene algo que ver con una vieja pelea entre Stephen y tú, ¿por qué no me dejas a mí fuera de vuestras disputas?

—Porque tú, querida, te has plantado justo en medio de «nuestro disputas».

Kalera era presa de una exasperación cada vez mayor.

—No me llames «querida».

—No será porque no me gustaría que lo fueras —dijo Duncan, mirando a Kalera directamente a los ojos—. Pero no… supongo que tienes razón; en la cama me pediste que te llamara «cariño»…

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Kalera apretando los dientes, y los apagados circuitos de su memoria se encendieron, desprendiendo chispas que iluminaron el espectro de un hombre arrebatado por la pasión, de miembros relucientes de sudor bajo un torbellino de sábanas blancas…

—Dieciocho meses, dos semanas, tres días y… —dijo, y consultó su reloj de oro—…once horas… cariño.

Oh, Dios. De modo que recordaba la fecha exacta, la hora exacta. Y eso que durante todo aquel tiempo ella había creído que

era la única que recordaba y maldecía aquel momento en que perdió la inocencia…

Había sido un día desastroso, la culminación de una larga cadena de días aciagos. Su familia y sus amigos se habían portado muy bien con ella tras la muerte de Harry, pero con el paso de los meses todos habían ido volviendo a su vida habitual, con la esperanza de Kalera acabara haciendo lo mismo. Ella había hecho cuanto había podido Por no defraudar la confianza de los demás en que se recobraría de la dura tragedia que había sacudido su vida. Sin embargo, su serenidad no era más que una fachada que ocultaba un corazón sumido en el más profundo desconsuelo.

Durante seis meses se había convencido a sí misma y a todos los demás de que comenzaba a superar el golpe, de que comenzaba a aceptar lo que había sucedido, y sin embargo, de la noche a la mañana, el frágil edificio que había construido se estaba viniendo abajo, debido a algo tan pequeño como un error de trascripción.

Aquella tarde, mucho después de la hora de salida, Duncan la había llamado a su despacho para incluir en un informe algunos comentarios que ella, en un descuido, había olvidado. Con su energía habitual, Duncan la reprendía, diciéndole que si seguía trabajando de una manera tan descuidada, sus errores acabarían por causarle un serio traspié a la empresa. Su manía de extraer de los informes todo el colorido de su lenguaje, amenazaba con poner en peligro su negocio. Con los informes que ella corregía, con la gris correspondencia que redactaba, los clientes acabarían por aburrirse, por cuestionar la creatividad de la empresa.

En mitad de aquella maldita reprimenda, ella se echó a llorar, tanto para su sorpresa como para la de Duncan, que se había precipitado hacia ella al ver que quería escapar corriendo del despacho.

—Lo sé, lo sé… yo también echo de menos a Harry —dijo él con su voz profunda, abrazándola. Y ante aquel gesto, Kalera cayó rendida ante su instantánea compasión y afecto, y ante su voluntad de tratar un asunto que todos los demás habían tratado de evitar—. Todavía te duele, lo sé, lo sé. A mí puedes decírmelo. Llora, llora cuanto quieras…

Y ella no tenía elección, su dolor era imposible de contener. Todo el horror, todo el miedo, toda la angustia del día en que Harry murió acudió a ella mientras se encontraba sentada en el sofá del despacho de Duncan, que la consolaba tomando sus manos entre las suyas, con delicadas palabras de aliento. Y el consuelo que le ofrecía era más eficaz que los vagos y simples consejos que le había ofrecido la asistente de Ayuda a las Víctimas o que el blando psicólogo pagado por la Comisión de Compensación por Accidentes.

No es que la muerte de Harry hubiera sido accidental. A ella todavía le costaba creer que su paciente, tranquilo y cariñoso marido había recibido la muerte y los honores de un héroe nacional.

Se encontraban los dos de vacaciones en un tranquilo y soleado complejo turístico, cuando un psicópata —comenzó a disparar, matando a cinco personas e hiriendo a muchas más. Y mientras los agentes de seguridad se protegían tras unas mesas o intentaban controlar el caos de sangre y chillidos, Harry se interpuso en la línea de fuego para proteger a una madre y a su bebé, salvando sus vidas a costa de la suya.

Herido mortalmente en el pecho aún tuvo fuerzas para llegar hasta el psicópata y agarrar, mientras éste lo remataba, el cañón de su rifle, tratando de arrebatárselo. Más tarde, los psiquiatras de la policía dijeron que probablemente había sido la acción de Harry la que había sacado al psicópata de su estado de locura ciega y momentánea, de manera que éste se diera cuenta que sólo había un modo de evitar las consecuencias de sus acciones, porque, de repente, giró el arma y se dio un tiro en la sien.

. Harry perdió el conocimiento y murió en la ambulancia que lo trasladaba al hospital… murió creyendo que una parte de él sobreviviría en el niño que Kalera llevaba en el vientre. A ella le parecía irónico haber sobrevivido a la lluvia de balas sin un solo rasguño únicamente para perder a su hijo dos días después. Mera casualidad, le dijo el médico, pero ella añadió a su futuro hijo a la lista de víctimas del tiroteo. Era más fácil aceptar que el aborto se debía al estrés y la angustia que al hecho de que la vida que Harry y ella habían concebido con tanto amor era demasiado débil para sobrevivir.

Algunas veces, en sus horas más oscuras, llegaba a culpar a su

marido por su fatídico acto de heroísmo, por elegir una acción que significaba el abandono de sus seres queridos en aras del bien de otras personas a las que no conocía.

—¿Por qué? ¿Por qué tuvo que jugar a ser héroe? —dijo sollozando en el hombro de Duncan.

—No era un juego, sólo se limitó a ser fiel a sí mismo. —dijo la voz profunda que le acariciaba el oído, tranquila por una vez, suave —. Los hombres como Harry, hombres honrados y compasivos que odian ver sufrir a los demás y tienen el valor de actuar según sus convicciones, son los verdaderos héroes. No esos guerreros viriles y osados que vemos glorificados en las películas. Lo que él hizo fue instintivo, su acción se inspiraba en su naturaleza verdaderamente bondadosa. Sólo trataba de ayudar a alguien más débil que él mismo.

—Pero, ¿y yo? Me dejó sola, yo era su mujer… Yo también era débil —dijo Kalera, apoyando la mano en su regazo, ya hueco—. No tenía nada con qué defenderse, ¿cómo iba a impedir detener a un hombre armado con un rifle?

Duncan le acarició la mano, apartándola del regazo de Kalera.

—Pensaría que tú estabas a salvo, mientras que aquella mujer estaba a tiro de aquel asesino, tratando de sacar a su hijo del coche. Tú misma dijiste que no hubo tiempo para pensar, así que Harry no debió pensar en las consecuencias, se limitó a reaccionar según le dictaba su conciencia.

—Yo sólo sentí miedo, me quedé helada… —dijo ella recordando cómo se había refugiado junto a Harry, detrás del bidón, antes de que éste saliera en ayuda de la mujer y de su hijo.

Una mano poderosa le sujetó la delicada mandíbula, obligándole a alzar el rostro surcado por las lágrimas hasta enfrentar la intensa mirada de un par de ojos azules.

—Me alegro de que lo hicieras. Eso te salvó la vida. Si le hubieras seguido, también te habrían disparado.

Le acarició la pálida mejilla, deteniéndose un poco más sobre el pulso que le latía en las sienes, haciéndole que se sintiera plenamente consciente de la corriente de vida que fluía por sus venas. Efectivamente, se alegraba de no haber muerto, de haber sobrevivido de una pieza.

—Pero debería haber intentado detenerle —susurró—. Si lo

hubiera hecho…

—Seguro que no hubieras podido hacerlo, Kalera, no tiene ningún sentido que te atormentes de esa manera, no servirá de nada. Sólo puedes culpar a una persona de todo lo ocurrido.

—Mereció morir —murmuró con infinita amargura. Era incapaz de sentir la más mínima compasión por el lunático que había llevado a cabo aquella carnicería—. Pero Harry no…

—No.

Aquella simple respuesta, tan alejada del consuelo convencional que había recibido hasta entonces, tuvo la virtud de hacerle estallar de nuevo en un mar de lágrimas

—Hoy estaríamos celebrando nuestro sexto aniversario —dijo entre sollozos.

—Kalera… —Duncan apoyó su frente contra la de ella, acunándola, consolándola—. No me extraña que te sientas tan sola..

—Y mañana… mañana debería haber nacido nuestro hijo —continuó, abandonándose a su dolor.

Duncan era la única persona de su trabajo que sabía que estaba embarazada; lo había adivinado antes incluso de que el médico se lo confirmara a ella. Sorprendida por el poder de su intuición, le agradecía en el alma que hubiera respetado su ruego de no comentarlo con nadie más, ya que la tragedia que se había abatido sobre ella había sucedido solamente dos semanas después; quince días durante los cuales Harry y ella se habían deleitado con la alegría de saber que por fin iban a ser padres.

La pérdida de su bebé le supuso un dolor tan grande que Kalera no se sintió con fuerzas de compartirlo con los demás. Tras el funeral de Harry, sus padres insistieron para que se sometiera a terapia psicológica junto con el resto de superviviente de la masacre, pero aquellas sesiones no le habían sido de mucha ayuda.

Temblando en brazos de Duncan por fin se reconoció a sí misma que no podía escapar a su dolor fingiendo que no existía; sin embargo, temía que nunca le abandonara aquel terrible sentimiento de culpa que le atormentaba constantemente.

Cuando por fin logró calmarse un poco, Duncan le tendió un pañuelo para que se secara las lágrimas.

—Vamos, te llevaré a casa…

—No, no te molestes, ya estoy mejor —protestó

automáticamente.

—No, no lo estás. Tienes una pinta horrible —la contradijo Duncan implacable—. Parece como si te hubieran dado una paliza.

Y así se sentía exactamente: molida por dentro y por fuera. Le dolían todos los huesos y parecía como si tuviera la cabeza llena de algodón.

—De todas formas, es una orden —continuó Duncan tajante—. Hoy nos vamos los dos pronto.

Conociendo lo adicto al trabajo que era su jefe, aquella propuesta no pudo por menos que llenarle de asombro.

—Pero si tienes una reunión dentro de veinte minutos… —empezó a decir.

—¿Y? Le diré a Anna que la anule. Vete a por tu bolso; saldremos por la puerta de atrás —le indicó mientras escribía unas cuantas instrucciones para Anna. Agotada, Kalera no opuso la menor resistencia a que la sacara de la oficina.

En aquellos momentos no le hubiera importado siquiera que Duncan la llevara al mismísimo infierno. Sin embargo, estaba a punto de convertirse en su guía en un viaje mucho más peligroso.

Capítulo 4

Una vez en el aparcamiento, la firme mano de Duncan guió a Kalera hasta el McLaren Fl rojo que constituía la más extravagante posesión de Duncan.

—¿Y qué hacemos con mi coche? —dijo ella, mirando de reojo al coche familiar que Harry siempre había mantenido en una condición inmaculada.

—Lo dejaremos aquí. Si crees que te voy a dejar conducir en el estado en el que te encuentras, es que no me conoces —dijo Duncan, abriéndole la puerta de su coche e inclinándose sobre ella para ponerle el cinturón de seguridad. La suavidad y delicadeza de sus movimientos contrastaba con la dureza de sus palabras.

Las reservas de energía de Kalera estaban demasiado bajas como para que ella pudiera siquiera pensar en alguna protesta, de manera que sólo muy nebulosamente pensó en cómo volvería al trabajo al día siguiente y se recostó en el mullido asiento de cuero del McLaren rojo de su jefe.

Con gran alivio, comprobó que Duncan no insistió en hablar con ella. Además, contrariamente a su costumbre, condujo con suavidad, sin prisas, lo que, pensó ella con una sonrisa, casi suponía un insulto para la maravillosa y veloz máquina que llevaba en sus manos.

Casi en un estado de placentera amnesia, Kalera se vio sorprendida por un ataque de pánico al doblar la esquina que les conducía a la calle en que vivía.

—¡No! Espera, por aquí no —dijo, apoyando la mano sobre la manga de Duncan, en un gesto nervioso, de modo que el coche hizo un movimiento extraño.

Duncan maldijo entre dientes y frenó, recuperando el control del

coche.

—¿Por qué no? ¿No es aquí donde vives?

Sólo porque el seguro de vida de Harry había pagado la hipoteca, si no, Kalera no habría podido seguir pagando los plazos con su sueldo. Podía ver el tejado verde de la casa que tanto les había costado comprar… una casa familiar en una urbanización nueva, llena de niños, a poca distancia de tiendas recién estrenadas y de un colegio de primaria. Una casa comprada a base de sueños y de esperanzas…

Se le hizo un nudo en la garganta.

—Sí, pero todavía no quiero llegar —dijo.

Duncan se giró en el asiento y la miró.

—No pensaba dejarte en la puerta y echar a correr. Pensaba acompañarte, entrar..

—¡No! —exclamó, como si su miedo se concentrara en sus labios. Duncan pensaba que la casa estaba vacía, pero no era cierto, estaba plagada de recuerdos, que esperaban para abalanzarse sobre ella en el momento más inesperado—. No, no quiero entrar. Por favor, ¿no podemos ir a otro sitio?

—¿Dónde quieres que te lleve?

—No lo sé, no importa, a cualquier parte —dijo ella—. No me importa. Por favor, ¿no puedes seguir conduciendo?

Y así fue como terminaron primero en casa de Duncan y luego en su cama.

Algunos detalles de aquella noche eran nebulosos. Por ejemplo, ella no recordaba el camino hasta Ponsoby, la zona en que estaba la casa, y sólo vagamente que había tomado una taza de té acompañada de algún dulce que él le había obligado a tomar, todo esto en una cocina ultramoderna y muy grande. Recordaba el pesado dolor de cabeza que le hizo agradecer su invitación a reposar en un cuarto en penumbra. Dormir era la escapada perfecta, tanto de su propio dolor como de la sutil presión que suponía la curiosidad de Duncan.

Mas luego despertó, sumida en la oscuridad, bañada en sudor y presa de violentos estremecimientos. Tenía la garganta seca y las piernas le dolían como si hubiera corrido la maratón el día anterior. Aparte de los zapatos, estaba completamente vestida, y la ropa arrugada se adhería a su piel húmeda.

Saltó de la cama y trató de orientarse. Se dio de bruces contra algo, cayó de rodillas y llamó a voces, como si algo terrible la amenazara. Y, de repente, Duncan apareció en la estancia y la recogió del suelo.

—Kalera… ¿Estás bien? Te he oído gritar.

—Me he despertado —dijo ella con un tono que a ella misma le pareció estúpido—. Yo… me he despertado y no sabía dónde estaba… ¿Qué hora es?

—Muy tarde.

Oyó un ruido y se encendió la luz. Duncan llevaba una bata negra mal anudada y estaba despeinado y con cara de sueño.

—Demasiado tarde como para que te preocupe volver a tu casa —dijo, con una voz confusa y de sueño, pero con una mirada afilada y brillante, pendiente de ella, que se abrazaba la cintura en un gesto de autoprotección—. Pensé que dormirías hasta el amanecer, por eso no te desperté para cenar.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que Kalera no dormía ininterrumpidamente durante toda una noche.

—Puedes volver a la cama —dijo Duncan—. Mi habitación está cruzando el pasillo, así que si quieres algo, no tienes más que llamarme.

Kalera se estremeció. ¿No sabía él que es cuando más segura te sientes cuando más vulnerable eres?

—¿Quieres que me vista y que te lleve a casa? —dijo Duncan.

Kalera sabía que lo haría, pero por eso mismo su ofrecimiento le hacía sentirse culpable y estúpida al mismo tiempo. No, no podía aceptar.

—No —dijo con un hilo de voz—. No, no tienes por qué… pero yo… —dijo agarrando nerviosamente su desastrado traje gris—. Tengo calor y me siento mal. Será por dormir vestida… Supongo que por eso me he despertado.

—Ahí tienes un baño. Date una ducha caliente y seguro que luego duermes muy bien. Yo siempre me ducho antes de acostarme —dijo Duncan, y dio un gran bostezo, estirando los brazos de modo que la bata dejó al descubierto uno de sus hombros, musculoso y bien formado—. Te he puesto una toalla limpia y algunas cosas. Espero que no te importe si vuelvo a la cama… Al fin y al cabo, no soy una compañía muy entretenida a estas horas de la madrugada.

Buenas noches, Kalera.

Dio media vuelta y se alejó de un modo que parecía que ya se hubiera dormido.

Las «cosas» que le había dejado en el baño estaban dispuestas sobre una toalla de baño y una toalla para las manos. Se trataba de champú, un gel de fragancia femenina, un cepillo de dientes con dentífrico Y un pijama de seda negro, con una «R» cosida en el bolsillo.

Kalera se lavó los dientes y luego, se protegió el cabello con la toalla de mano y se metió bajo el agua caliente y reconfortante de la ducha. El gel de color rojizo se deslizó sobre su piel formando burbujas que explotaban dejando un olor a fresa que le hizo pensar en el mucho tiempo que hacía que ella no compraba para su baño otra cosa que productos de limpieza neutros y cuyo único fin era utilitario. Desde la muerte de Harry había evitado todo lo que pudiera acentuar su feminidad. Querer Parecer atractiva o sexy parecía una traición a su amor perdido.

Puso la cara directamente debajo del chorro, incapaz de evitar los recuerdos que comenzaban a agolparse en se memoria. A Harry le encantaba unirse a ella en la ducha. Su tranquilo y amable marido había sido un amante secreto de la sensualidad y cualquier calificativo habría servido mejor que el de tranquilo para definir cómo era en la cama. Había sido gracias al desinhibido goce del lado físico de su relación como Kalera había descubierto su propia sensualidad.

Desde que descubriera lo que sus padres entendían por un «matrimonio libre», había desarrollado un natural rechazo a la promiscuidad y se había adherido a un sentido más tradicional del afecto y de las relaciones sexuales. Ella buscaba en realidad una relación especial, íntima y privada entre dos personas, no satisfacer los apetitos sexuales donde y con quien surgieran. Por miedo a seguir los pasos de su madre, durante su juventud había reprimido sus instintos, esperando que surgiera esa persona especial que fuera digna de gozar de ella.

Y fue Harry quien la liberó de sus inhibiciones. Él le había enseñado que disfrutar del sexo con el hombre al que se ama no significa una predisposición hacia la promiscuidad, que era posible ser activo y perder el control en la cama y aun así ser fiel. Después

de Harry ningún hombre la había tentado, ni siquiera en sus fantasías.

Mientras sus manos se deslizaban por su cuerpo Kalera comenzó a añorar las caricias de Harry, sus lentas y delicadas manos. Echaba de menos la parte de física de su relación casi con dolor, con una intensidad que la desconcertaba y dejaba exhausta, y al mismo tiempo le parecía tan egoísta lamentar lo que había perdido, cuando era Harry quien lo había perdido todo…

Cerró los ojos y deslizó las palmas de las manos por sus caderas y luego fue ascendiendo hasta cubrir con los dedos sus pechos, enjabonándolos con delicado y sensual cuidado. E imaginó que Harry estaba a su lado, que estaba justo detrás de ella, que eran sus manos las que la acariciaban, las que se deslizaban sobre su piel, las que se apropiaban de los valles y montes que formaba su cuerpo…

Gimió, y al oírse, fue consciente de la fantasía en la que estaba cayendo. Le temblaron las manos al cerrar la ducha y buscó la toalla para secarse rápidamente.

Todo su cuerpo estaba tenso, caliente y dolorido y una traicionera debilidad se apoderaba de sus miembros. Evitando su imagen en el espejo, lleno de vapor, se quitó la toalla de la cabeza y buscó el pijama, estremeciéndose al sentir la seda sobre su sensibilizada piel. La chaqueta del pijama, diseñada para el cuerpo de un hombre alto y musculoso, le caía hasta las rodillas y más parecía una bata negra.

Desde la calle llegaban algunos ruidos propios de la noche, como el de un solitario coche que cruzaba la calle con un ruidoso y viejo motor. El eco de las explosiones le pareció a Kalera disparos de pistola y su boca se inundó con el sabor metálico del miedo, viéndose catapultada a la peor de sus pesadillas.

En un esfuerzo por convertirse en el blanco más pequeño e insignificante posible, buscó un refugio donde esconderse. La puerta de Duncan estaba entreabierta, pero el interior estaba completamente oscuro y silencioso. Kalera trató de aguzar el oído, pero no podía escuchar nada aparte del agitado latido de su corazón.

Duncan había ofrecido su ayuda si ella la necesitaba, de modo que allí estaría. Porque si no estaba, ¿qué podría hacer ella? El miedo era como un puñal de hielo en sus venas. Si Duncan estaba

dormido, ¿oiría el ruido de su respiración? ¡Oh, Dios! Incluso las personas más jóvenes y saludables mueren a veces de ataques al corazón, en mitad de su sueño, sin razón aparente…

Empujó la puerta y la débil luz del pasillo proyectó su sombra sobre el suelo de la habitación. Vio un bulto inmóvil en el centro de la cama y un gemido de pánico se le escapó de los labios. Su corazón se detuvo un instante, sólo para reanudar su paso al ver que el bulto se movía. Luego, con un impulso, Duncan se apoyó en un codo. Su movimiento repentino significaba que estaba despierto, que no había sido ella quien lo había despertado.

—¿Kalera? ¿Qué ocurre?

Kalera sintió un alivio indescriptible. Nada ocurría, ya no, ahora que sabía que Duncan estaba allí, despierto, cuidando de ella. Su pecho y sus hombros desnudos brillaban en la oscuridad, como madera pulida. No cabía duda, Duncan era un hombre vigoroso, directamente conectado con la vida.

Lo curioso era, sin embargo, que ella nunca lo había visto como hombre hasta aquel instante. Nunca hasta entonces, y, sin embargo, allí estaba, evidente, ineludible, poderosamente masculino, como un potente símbolo de la pasión que había desaparecido de su vida por un revés del destino.

—¿No puedes dormir? —dijo él, incorporándose, y las sábanas cayeron a su regazo, descubriendo un musculoso abdomen.

Kalera se humedeció los labios y negó con la cabeza, acercándose a la cama con un impulso que no podía reprimir. Al hacerlo, soltó el puño que sostenía ambos bordes de la chaqueta del pijama y con el movimiento dejó al descubierto una franja de su pálida piel, desde su garganta hasta la base del vientre.

Duncan se puso tenso y los ojos le brillaron en medio de la oscuridad.

—¡Dios mío, Kalera! ¿Qué estás haciendo? —dijo con una voz grave y profunda por la sorpresa.

Kalera se apartó los bordes del pijama con las manos y éste cayó al suelo, con un silencioso roce.

Su silueta se recortaba contra la luz del pasillo y su cuerpo no parecía distinto al de una muchacha, pero al acercarse a la cama, el movimiento de su cuerpo reveló el tentador balanceo de sus dulces y redondos senos, y la femenina curva de sus nalgas.

—Tengo frío —dijo, metiéndose bajo las sábanas hasta que su cuerpo tocó el de Duncan. Su piel ardiente desmintió sus; palabras. Se aferró a él—. Abrázame, por favor… Necesito a alguien que me abrace, que me haga sentir bien otra vez…

Entrelazó las piernas entre las suyas y apretó el rostro contra el pecho de él, cubierto de vello, inhalando la fragancia masculina de su saludable cuerpo. Se había preguntado si llevaba algo puesto, y en aquel momento su curiosidad se veía satisfecha. Su cuerpo desnudo era un tapiz delicioso de distintas texturas y Kalera se estremeció al anticipar el éxtasis del que muy pronto disfrutaría. Besó uno de sus pezones y él gimió, para apartarla luego de su lado con sus poderosos brazos.

—Kalera, por todos los demonios…

Ella se arqueó, acercando su pelvis a sus poderosas caderas, y complacida por la ardiente virilidad que él no podía ocultar, como gloriosa confirmación de su maravillosa vitalidad. Ella se estremeció como respuesta y la inundó una oleada de un deseo dulce y amargo al mismo tiempo.

—Oh, sí… sí… —murmuró, metiendo un muslo entre sus piernas y girando su cuerpo de manera que sus pechos pudieran rozar el pecho de él. Duncan profirió un atormentado gemido.

—No, no podemos, no podemos..

Pero incluso mientras hablaba, sus manos la soltaron para deslizarse sobre su cintura y luego ascender a sus suaves pechos.

—Sí que podemos —dijo ella, con voz ronca, ardiente de deseo, mordiéndole suavemente el pecho y lamiéndole los pezones.

Duncan volvió a gemir y, agarrándola de nuevo por los brazos, la apoyó de espaldas contra la cama en un solo y enérgico movimiento.

—Maldita sea, Kalera, ¿no te das cuenta de que estoy tratando de comportarme con nobleza?

Con su último movimiento, las sábanas había caído al suelo, y gracias a la luz que entraba desde el pasillo, Kalera podía ver algo mucho más fascinante que su nobleza. Todo su cuerpo era una espléndida muestra de virilidad que ella quería absorber, dominar. Deseaba compartir el esplendor de aquel cuerpo con su propio

cuerpo, quería que aquel cuerpo formara parte de ella. Aquella noche, lo último que necesitaba de él era consideración, caballerosidad, lo último que quería era que se contuviera. No podía rechazarla, no debía.

—Por favor… —dijo y metió la mano entre sus cuerpos para buscar la más íntima de las caricias—. Necesito que me hagas el amor.

Duncan se arqueó y su aliento siseó entre sus dientes.

—No es a mí a quien deseas —dijo, en un último esfuerzo porque Kalera recobrase el sentido común—. Es a Harry.

—Pero a Harry no lo puedo tener —dijo ella, con una mirada atormentada y llena de pasión al mismo tiempo—. Así que, ¿por qué no puedo tener esto? —dijo, y agachó la vista mientras su mano acariciaba la punta de lo que era prueba del enorme deseo de Duncan. Y se dio cuenta de que él trataba de apartarse, de nuevo—. Estás tan lleno de vida —insistió, sin dejar de acariciarlo—. Quiero probarte, tocarte, sentirte dentro de mí, quiero que me llenes hasta que tenga que dejar de pensar y tan sólo sentir, tan sólo sentir..

—¡Dios mío! —dijo Duncan, estremeciéndose, y sus nobles intenciones sucumbieron ante el asalto del deseo. Hundió las manos en los rubios cabellos de Kalera, que había agachado la cabeza para probar con hechos lo que había dicho con palabras.

Al cabo de unos segundos, Kalera lo miró a los ojos, anegados por el deseo, y, sin embargo, con un brillo de desesperación.

—¡Muy bien, maldita seas! Si es sexo lo que quieres, lo tendrás. Pero lo haremos a mi manera, Kalera…

—Llámame cariño —dijo ella, febril, demasiado exultante por la victoria como para preocuparse por las condiciones de su rendición —. No nos hacen falta nombres, ni etiquetas, esta noche seremos tan sólo un hombre y una mujer…

Los nombres lo harían todo —más real, la apartarían de su fantasía.

Una oscura sombra cruzó la mirada de Duncan, como si advirtiera a Kalera que sabía bien lo que ésta se proponía, pero en vez de tomárselo como un insulto para él, esbozó una sonrisa, demostrando una vez más, una radiante confianza en sí mismo.

—Cariño… —dijo, obedientemente, y comenzó a mover las caderas, empujando, dejándose acariciar por la mano de Kalera,

abandonándose a la deliciosa fricción. Luego se tendió de espaldas y dejó que ella se pusiera encima de él, acariciando su cuerpo entero, desde el cuello hasta los pechos y descendiendo hasta su vientre para-volver de nuevo a los pechos, que finalmente lamió y besó delicadamente.

—Sí, oh, sí… —profirió Kalera con alivio al sentir que Duncan también la acariciaba entre los muslos, tentándola, torturándola, metiendo los dedos entre los cremosos, húmedos y ardientes pliegues de su cuerpo, separando los mojados pétalos para encontrar el punto más sensible de su cuerpo con tanta destreza que la hizo estremecerse de deleite.

—¿Te gusta, cariño? —murmuró—. Dime qué quieres que te haga y lo haré, te daré todo cuanto quieras—

Pero hacía tiempo que Kalera había perdido la capacidad para expresar sus pensamientos de una manera coherente. La abierta sexualidad de su poderoso amante hacia surgir, de las profundidades —de su soledad, una respuesta primitiva e instintiva que derribaba todas sus inhibiciones, que arrasaba todo lo que no fuera estar atenta y dedicada al gozo de aquellos momentos, dejándose llevar por las demandas del presente, de un presente físico y maravillosamente sexual.

Duncan, por otra parte, no tenía prisa. La seguía acariciando, como si quisiera ofrecerle pequeños sorbos del goce que más tarde la esperaba. Con cada una de sus caricias, además, la invitaba a unirse a él. Cada vez que Kalera cerraba los ojos, como si quisiera concentrarse en lo que estaba sintiendo, él se detenía y esperaba a que ella los abriera otra vez, obligándola a mirar lo que cada uno de ellos le estaba haciendo al otro, a compartir con él cada uno de los instantes del voluptuoso placer en el que se habían sumergido. Por su parte, los ojos de él brillaban triunfales, al saber que era él quien controlaba el arrebatado ataque de deseo de Kalera, un deseo que había reconducido hacia una tortura mutua y exquisita. Una y otra vez, él la acercaba al pináculo del placer tanto con sus manos como con la boca, pero sin llegar nunca al final.

Finalmente, sin embargo, acercándose de nuevo a la cima, la frustración de Kalera estalló en abierta rebelión. Lo que obtenía no era suficiente. Por debajo del placer seguía existiendo una sensación de ansiedad, de vacío, que sólo él podía llenar.

—Más, quiero más —rogó ella, que soportaba con gozo el peso del cuerpo de Duncan, rodeándolo con las piernas y arqueando la espalda para que él alcanzara los secretos pliegues de su feminidad, guiándolo con torpe y ardiente impaciencia.

—Espera…

Él parecía duro y enorme, preparado para ella, y ella no podía entender por qué no quería seguir adelante.

—No… hazme el amor ahora… por favor, necesito que me hagas el amor ahora.

Duncan se estremeció, y un profundo sonido gutural salió de su pecho. Sabiendo que su amante se encontraba al límite de su capacidad de auto control, Kalera susurró nuevas palabras, nuevos ruegos, llenos de sexualidad de urgencia de deseo. Y, sin embargo, una vez más, Duncan la eludió. Y aquella vez, no podría volver a reclamarlo.

—¡Oh! —exclamó, notando la sedosa humedad que le fluía, entre sus dedos. Perpleja, contemplando el cuerpo de Duncan, recorrido de estremecimientos, oyendo su largo y final gemido.

—¡Oh! —volvió a —exclamar, esta vez presa de una amarga decepción.

Duncan estaba cubierto de sudor, y el aroma de su cuerpo, de su sexualidad satisfecha, era un insulto añadido a su frustración.

—Eres… eres… —dijo con un hilo de voz, tratando de dominar el profundo rencor que hacia él sentía.

—Kalera… —su desesperado ruego, en el que pedía la comprensión de ella, poseía también un matiz de burla que convirtió el asombro de ella en rencor.

—¡Apártate de mí! —le dijo, tratando de golpearle en el pecho con los codos para liberar su mano, atrapada entre el bajo vientre de los dos.

Duncan se deslizó sobre una cadera, pero dejando una pierna sobre las rodillas de ella, manteniéndolas separadas y agachó la cabeza para besarla en un pecho, o más bien, en el delicado surco en el que uno de sus pechos se unía con su caja torácica. Kalera sintió su satisfecha virilidad al oírle decir.

—Lo siento. Me vuelves loco y he olvidado mis modales. Lo siento. Las mujeres siempre deben ser lo primero. ¿Dejarás que me redima?

Tomó la resbaladiza mano de Kalera y la condujo entre sus muslos, entre los de ella, y con ella hizo algo que la elevó a las alturas, que la hizo alcanzar en unos instantes el limite del planeta, aniquilando todas sus ideas preconcebidas acerca de la satisfacción sexual.

Oh, Dios, más de un año después seguía excitándose al recordar aquella noche, al recordar las caricias de Duncan, y sus miradas… como si estuviera haciendo aquello porque disfrutaba con ello, no para que ella disfrutara.

—¿Kalera?

Abrió los ojos, y se puso muy tensa, al darse cuenta-de que se encontraba en mitad de la pista de baile. Parpadeó, sorprendida al ver al hombre que la llamaba por su nombre, y que la miraba con cierta amonestación.

—Stephen.

Estaba detrás de Duncan, mirándola con tanta suspicacia que ella se preguntó si el ardiente calor de su cuerpo había hecho que se sonrojara, traicionando sus secretos recuerdos.

¿Cuánto tiempo llevaba sumida en la zona más culpable de su memoria? Demasiado, a juzgar por el hecho de que su prometido se había visto obligado a buscarla. De repente, se dio cuenta de que, en vez de girar por la pista como era los normal, Duncan y ella apenas se habían movido del mismo sitio, sus cuerpos apenas separados por unos centímetros, la barbilla de Duncan reposando sobre su cabeza. Desconcertada por su distracción, Kalera dio un paso atrás. Duncan, en vez de soltarla, la condujo a un lado sosteniéndola todavía por la' cintura, de manera que Stephen se vio obligado a seguirlos.

—Me parece que la dama no quiere que interrumpas, Steve —dijo Duncan, dirigiendo una maliciosa sonrisa a su rival—. ¡Ay!

Kalera le había pisado el dedo gordo con la punta de su tacón.

—Perdona, ¿te he hecho daño? —dijo, con un gesto de lo más inocente.

—Me duele hasta el hueso —dijo Duncan, como si no fuera culpable de nada.

—Pues será mejor que te vayas a casa y te pongas algo. de hielo —le sugirió ella dulcemente—, o acabarás por perder el dedo.

—Creéme, después de bailar contigo, ése es el menor de mis

problemas —le dijo Duncan al oído.

—¡Kalera!

El evidente enfado de Stephen le recordó que se había distraído del que debería ser su principal interés.

—No he venido aquí a bailar. El chef está esperando para flambear tus manzanas Triberg, dijiste que querías ver cómo las quemaban en la mesa.

—sí, claro que sí —dijo, liberándose del brazo de Duncan y evitando sus ojos—. Gracias por el baile.

El pendiente en el que había fijado la vista parecía burlarse de su buena educación.

—Oh, ha sido un placer —dijo, dejando que sus dedos resbalaran por el brazo de Kalera cuando ésta se separaba de él—, un verdadero placer —dijo, separando las palabras, como induciéndole a que pensara en un segundo significado de las mismas—. Sé que has disfrutado de nuestro baile tanto como yo. Se nota que gozas bailando. Envidio al hombre que logre bailar contigo regularmente.

Kalera se sonrojó. Sabía muy bien que las palabras de Duncan no se referían precisamente al baile.

—Pues entonces tendrás que envidiar a Stephen —dijo, aferrándose al brazo de su prometido.

—¿De verdad? —dijo Duncan, esbozando una de sus carismáticas sonrisas. Demasiado tarde, Kalera se dio cuenta de que todavía no había hecho el amor con Stephen. Durante un único y terrible momento, pensó que iba a hacer una alusión al asunto con otra de sus indirectas.

—Sí.

Duncan la miró a los ojos.

—Pues lejos de mi intención contradecir las palabras de una dama —dijo, y Kalera estuvo segura de que había adivinado sus pensamientos.

—¿Desde cuando te han importado las reglas sociales? —dijo Stephen—. Según recuerdo, siempre has preferido a las mujeres vulgares.

Duncan apretó los dientes, pero se contuvo.

—Supongo que eso depende de lo que se entienda por mujer y por vulgar. Personalmente, creo que la catalogación de las mujeres

en dos categorías: vírgenes o rameras: terminó con la revolución sexual.

—Eso es políticamente muy correcto, pero bastante

partidista, considerando tu atracción por las mujeres comprometidas —dijo Stephen, aferrando la mano de Kalera con un gesto tan posesivo que el nuevo anillo de compromiso de ésta le hizo daño—. Para ser un fanático de la lealtad, eres muy poco respetuoso con los votos de fidelidad de los demás. Esposa o prometida, no importa para ti, ¿verdad? Simplemente, si una mujer pertenece ya a un hombre te parece un reto interesante.

—¿Crees que Kalera te pertenece?

—Sé que sí —dijo Stephen con una sonrisa radiante.

Kalera tenía un intenso deseo de dar un golpe en la cabeza a los dos machos que se la estaban disputando.

—La verdad es que creo que sólo me pertenezco a mí misma —dijo. Incluso casada con Harry, había sido muy celosa de su independencia—. Una relación es un asunto de compañerismo no de posesión.

Los dos hombres la miraron, sorprendidos, como si su opinión no fuera más que una intromisión irrelevante, de modo que Kalera vio confirmadas sus sospechas: aquella disputa tenía poco que ver con ella. Ella no era más que una excusa para que los dos se pelearan.

—Yo me refería al sentido emocional de la pertenencia —intervino Stephen.

El ánimo de Kalera se apaciguó, pero la mirada burlona de Duncan ante el comentario de Stephen volvió a ponerla furiosa. ¿Cómo se atrevía a inducirla a dudar de la sinceridad de su prometido?

Se agarró al brazo de Stephen y le dirigió una sonrisa que suavizó parte de la tensión existente entre ellos.

—Me alegro de que hayas venido a buscarme. Bailar me pone de mal humor. Espero que ese postre sea tan delicioso como me has prometido… —dijo y los dos dieron media vuelta para volver a su mesa. Ella se despidió de su compañero de baile con una mirada desdeñosa—. Ah, buenas noches, Duncan.

Duncan se echó el flequillo hacia atrás.

—¿Significa esto que no me vas a ofrecer un trozo de tu

manzana? —dijo, poniendo los brazos en jarras—. Sabes muy bien que no lo rechazaría, puedo resistirlo todo excepto la tentación.

Su sonrisa estaba llena de malicia, era la sonrisa de un verdadero pecador.

—Qué pena, porque no pienso darte la oportunidad de probarla —replicó ella con un tono hiriente.

Cuando Duncan fue a responder, Stephen lo dejó con la palabra en la boca.

—¡Buenas noches, Royal!

Duncan, sin embargo, se las arregló para ser él el que decía la última palabra.

—No te acuestes demasiado tarde, Kalera, recuerda que tenemos una cita para desayunar…

—Tenemos una reunión mañana a primera hora, en el hotel de unos clientes —dijo Kalera, adaptándose al paso de Stephen. No se atrevió a mirar a Duncan por miedo a que él pudiera tomar su gesto como una invitación, porque temía que, por el puro placer de inmiscuirse en los asuntos de los demás para causar más problemas. Pero por una vez, pareció capaz de disolverse entre la multitud.

—Gracias por recomendármelo, parece delicioso —dijo Kalera con una sonrisa entusiasta que pretendía enmascarar su repentina falta de apetito. Las manzanas ardían y tenían un aspecto delicioso, pero de poco parecía servirle a ella, presa de una persistente sensación en la boca de su estómago.

Se sentía culpable y bajo la mirada expectante de Stephen, de modo que se obligó a tomar algunos bocados. Afortunadamente, al cabo de poco tiempo, Stephen se concentró en su propio postre, de modo que ella se limito a revolver su plato, a juguetear con el tenedor, dividiendo la manzana en trozos cada vez más pequeños, que distribuyó en los bordes de su plato.

Estaba furiosa con Duncan, y consigo misma también, por dejar que él hubiera conseguido alterar su tranquilidad. Más ella no quería tomar parte en sus juegos. Su intromisión en su vida privada era molesta e inaceptable, y pensaba decírselo bien alto y claro.

Giró la cabeza para echar un vistazo a la sala, mientras mentalmente trataba de imaginar la reprimenda que al día siguiente le dirigiría. Le diría que no tenía ningún derecho a entrometerse en su vida, ningún derecho a… ¡Duncan! No sólo seguía en el

restaurante, sino que estaba cenando con apetito envidiable en compañía de una morena con una esplendoroso permanente y que movía mucho las manos al hablar. Llevaba un vestido rojo fuerte y joyas, y daba una impresión agresiva y de gran confianza en sí misma.

La clase de mujer que satisfacía los gustos de Duncan, se dijo ésta. Por lo poco que podía ver, Duncan mantenía una animada conversación entre bocado y bocado. Kalera esbozó una sonrisa. Cuánto deseaba que la morena se lo hiciera pasar mal.

—¿Alguien que conocemos? —le preguntó Stephen, siguiendo la dirección de su mirada.

—Supongo que es pura coincidencia que Duncan esté aquí, debe haber venido a cenar por su cuenta —murmuró ella, señalando en la dirección hacia donde se encontraba la otra, pareja.

Stephen comenzó a hacer ruido con su tenedor, golpeándolo contra el plato. Kalera lo miró. Estaba pálido.

—¡Es un cerdo! —murmuró Stephen.

—¿Sabes quién es ella? —preguntó Kalera con curiosidad.

—Sí, sé quién es —dijo Stephen con desprecio, partiendo con rabia un trozo de manzana—. Duncan casi llegó a comprometerse con ella una vez, pero ella se casó con otro. Lo cual no les impidió tener una tórrida aventura, y por lo que estoy viendo, me parece que esa aventura no ha terminado, más bien lo contrario.

El amargo tono de Stephen hizo que Kalera recordara la disputa previa que ella había presenciado.

—Pero, ¿quién es ella?

Stephen la miró a los ojos.

—Creía que lo habías adivinado. Ésa, querida, es Terri, mi ex-esposa… y Duncan es el hombre con el que se estuvo acostando durante la mayor parte de nuestro matrimonio.

Capítulo 5

A la mañana siguiente Kalera fue a trabajar con un dolor de cabeza monumental.

Ni falta hacía decir que no se quedaron a tomar una última copa; durante todo el trayecto de vuelta a casa, Kalera tuvo que oír mucho más de lo que quería saber acerca del desafortunado matrimonio de Stephen. Mientras escuchaba lo que parecía una interminable lista de agravios, veía como se disipaba cualquier posibilidad de confesarle lo ocurrido entre Duncan y ella. Stephen jamás entendería una cosa semejante; si hubiera sido con cualquier otro, podría llegar a perdonarla, pero no con Duncan. Se tomaría su relato como un insulto personal, un baldón indeleble para su orgullo masculino. No podría soportar vivir con la idea de que su más encarnizado rival se había acostado con sus dos esposas.

Por suerte Stephen no pareció reparar en que ella apenas hacía comentarios a su airado relato. Admitió que su matrimonio llevaba tiempo sin funcionar, pero que siempre había esperado que las sospechas que en él despertaba la creciente frialdad de su esposa fueran infundadas. Con el único fin de zanjar tales sospechas contrató un detective privado; tras enterarse de que su confianza había sido traicionada, la amargura fue aún más grande cuando Terri se negó desafiante a darle explicaciones, sin mostrar el más mínimo de los arrepentimientos. Llegó incluso a culparle a él de romper su matrimonio por culpa de su desconfianza, y le espetó que no consentiría que hiciera lo mismo con su relación con Duncan.

Stephen le contó que la gota que colmó el vaso no fue enterarse de que Terri se había enamorado de otro, que aquello podía haberío entendido, aunque no perdonado, sino saber que su relación con Duncan había empezado muchos años atrás, en la época en la que

aún trabajaban juntos.

Aunque se sentía muy dolido por la conducta de su ex-mujer, Kalera se dio cuenta de que a quien realmente culpaba de lo sucedido era a Duncan.

—Me odia porque soy el único que le ha plantado cara, el primero que vio su lado más oscuro. Nunca quiso casarse con Terri, lo que pasa es que le fastidió que ella se casara contigo, así que se propuso corromperla, seducirla, sabiendo además que tarde o temprano yo acabaría enterándome. ¿Sabes lo que hice cuando por fin me enfrenté a él? Se echó a reír —dijo Stephen mortalmente ofendido—. Creía que me había ganado, que había conseguido demostrar que era superior a mí. Por eso se quedó de piedra cuando le dije que no pensaba seguirle el juego —continuó Stephen. La luz de una farola iluminó por un instante su rostro contraído en una cínica mueca de satisfacción—. Los muy idiotas pensaban que yo preferiría mantener la ficción de cara a la galería de, que seguíamos siendo una familia feliz antes que exponerme al ridículo, que evitaría que los demás se enteraran de que mi mujer me había puesto los cuernos con mi mejor amigo. Pero se equivocaron, como se equivocan ahora. ¿A mí qué me importa que vaya presumiendo por ahí con Terri del brazo? Estoy seguro de que ella le es tan poco fiel como él a ella… están hechos tal para cual.

A pesar de sus palabras, era evidente que estaba muy furioso, que le dolía revivir todo aquello. Por debajo de lo que le había contado subyacía además la angustia que le causaba seguir pleiteando con Terri por la custodia del pequeño Michael.

Su propia experiencia había sido tan turbadora que entendía bien porqué su prometido había mantenido en secreto los detalles de su relación con Duncan. Cuanto mayor era el dolor, más intensa la necesidad de esconderlo.

Seguramente le habría parecido una cruel ironía del destino que la primera mujer por la que se interesaba después de su divorcio trabajara precisamente para su rival. Aquello justificaba que se hubiera mostrado tan cauto y receloso durante sus primeras citas… por eso, antes de comprometerse, se había asegurado que su relación con Duncan era puramente laboral.

—Lo siento mucho. Creo que debería haberte contado todo esto hace mucho tiempo —dijo cuando llegaron a la puerta de su casa—.

No he sido muy justo al esperar que hicieras tu elección sin contarte nada antes. imagino que todo esto te pondrá las cosas aún más difíciles en el trabajo…

Kalera estuvo tentada de darle la razón, pero era tan testaruda que se negaba a ser manipulada, aunque fuera de forma tan sutil. Stephen era un hombre de opiniones muy firmes, y a veces le daba la impresión de que le gustaría pensar por los dos.

—Algo más complicadas quizás, pero no te preocupes —le tranquilizó, intentando sobreponerse al terrible dolor de cabeza— que se le empezaba —a levantar—. Quizá esto nos sirva para demostramos que no permitiremos que el pasado amenace nuestro futuro. Será cuestión de unas pocas semanas. No le tengo miedo a Duncan, y tú tampoco deberías temerle. No tiene ningún poder sobre nuestros sentimientos…

—No le tengo ningún miedo, sólo que… no confío en él —admitió Stephen tras un instante de vacilación.

—Pero supongo que confías en mí —dijo Kalera sin poder reprimir una sonrisa.

—Por supuesto —contestó tras sopesarlo durante una fracción de segundo.

—Yo no soy Terri —replicó Kalera muy seria—. Nunca podría serle infiel a mi marido.

—Lo sé —se daba cuenta de que le había herido y quería reparar su falta como fuera—. ¡Pero bueno! ¿Acaso dudas de mi buena fe?

Ella lo negó al momento, pero, a la mañana siguiente, mientras conducía hacia el hotel donde tendría lugar la reunión prevista se preguntó si no habría algo de verdad en aquella pregunta. Sin embargo enseguida desechó aquella idea: lo ocurrido en las últimas horas no había conseguido que se tambaleara su convencimiento de que Stephen era un hombre sensible y cariñoso. Sin embargo, sí que había cambiado considerablemente su opinión sobre su jefe.

Stephen le había dado a entender casi que Duncan se había propuesto a sangre fría seducir a Terri, pero, por lo que ella sabía, era el hombre menos calculador que conocía. El secreto de su genio residía en su inagotable pasión, la intensidad con la que lograba transmitir sus ideas a los demás. Siempre se dirigía a su objetivo lleno de entusiasmo, ya fuera el desarrollo de un nuevo producto de software o la conquista de alguna mujer.

Kalera no pudo evitar estremecerse al recordar con vívida precisión la noche que pasaron juntos, la rapidez y la intensidad con la que Duncan había alcanzado el éxtasis.

Aquellos recuerdos le turbaron tanto que a punto estuvo de chocar contra la pared del aparcamiento. Mientras sacaba la llave del contacto con dedos temblorosos tuvo que reconocerse a sí misma que la venganza a sangre fría no cuadraba en absoluto con la forma de ser de Duncan, quien gustaba sobremanera de asumir riesgos en la vorágine de la pasión.

Debía estar profundamente enamorado para hacer lo que había hecho. Puede que se hubiera sentido atraído por Terri antes de que ésta se casara, o puede que después, pero lo cierto es que lo único que le habría arrastrado a emprender tan arriesgada relación sería el convencimiento de que sus sentimientos eran correspondidos. Para complicar más el asunto, había un niño inocente de por medio. Sin embargo, la franqueza habitual de Duncan no cuadraba con una doble vida, así que debía haber sido Terri la que habría insistido para mantener todo el asunto en secreto, incapaz de decidirse entre herir a su familia o dejar al hombre que amaba…

Pero, si las cosas habían ocurrido de aquella manera, ¿por qué no se habían casado tan pronto como ella quedó libre? Stephen le había dado a entender que su relación era del dominio público, pero, sin embargo, ella no había oído el menor comentario en los años que llevaba en la empresa

Kalera iba tan distraída en estas elucubraciones que no se dio cuenta de que había adelantado a Duncan hasta que éste le dio una palmadita en el hombro.

—¿Nerviosa? —le preguntó.

—¿De qué? —replicó ella al punto, pero con voz temblorosa. No era de extrañar que no se hubiera dado cuenta de su presencia, porque para la ocasión se había puesto un traje de tres piezas muy serio, tanto que por comparación su sobrio vestido de lunares parecía frívolo—. Lo único que tengo que hacer —continuó un poco a la defensiva— es tomar notas de la reunión; ya lo he hecho cientos de veces.

—Miles diría yo —convino Duncan mientras la conducía al restaurante. Ella se quedó pasmada al reparar el pendiente con una perla que llevaba en la oreja y que hacía juego con el alfiler de

corbata; siempre le asombraría la capacidad de provocación de su jefe.

—Vamos a juego —comentó alegremente Duncan señalando los pendientes que ella llevaba. Harry se los había regalado en su tercer aniversario—.¡Qué casualidad! Debemos tener telepatía.

—No digas bobadas: me los pongo nueve de cada diez días.

—¿Y tú te crees que un jefe como Dios manda se entretiene fijándose en lo que lleva su secretaria? Por lo que parece, piensas que yo sí lo hago… ¿acaso tú también reparas en todo lo que yo hago? —preguntó maliciosamente.

—Tú no eres un jefe como Dios manda —fue su cortante réplica.

Duncan se detuvo ante la puerta del restaurante, cortándole el camino.

—Gracias. Me complace que admitas que nuestra relación es especial.

—Lo que yo quería decir es que eres… muy observador, y sueles tener memoria fotográfica para los detalles —sólo cuando ya era tarde se dio cuenta de las implicaciones de lo que acababa de decir: probablemente Duncan tenía una perfecta imagen mental de su cuerpo desnudo.

—Es cierto: esta mañana, nada más verte, me di cuenta de que tenías ojeras —comentó, y le alzó la barbilla con la punta de los dedos para verla mejor—. ¿Has pasado una mala noche? —aquella aparente amabilidad encubría una gran dosis de ironía.

—Nada de eso. He dormido como una criatura.

—No me refería a eso —le corrigió Duncan para mayor mortificación—. Steve me echó una mirada asesina cuando os marchasteis. Parecía que estaba de muy mal humor…

—Supongo que no estarás sugiriendo que me ha pegado o algo parecido —contestó Kalera dirigiéndole una mirada heladora— Stephen es un caballero, ¡jamás se le ocurriría semejante cosa! Por supuesto que estaba enfadado, ¿qué esperabas después de la forma en que te comportaste? Y para más inri, fuiste al restaurante con su mujer…

—Su ex-mujer.

—Eso he dicho.

—No, has dicho con su mujer, como si todavía estuvieran casados.

—Pues quise decir su ex-mujer —Kalera no iba a consentir que aquel desliz le diera pie para hacer absurdas interpretaciones freudianas. En cualquier caso, todavía era su mujer cuando tú… —se detuvo súbitamente, apartándose un poco para dejar pasar a un grupo de hombres de negocios.

¡Dios! ¿Cómo había consentido que la conversación llegara a aquel punto? Y pensar que aquella misma mañana se había prometido a sí misma que lo primero que haría sería prohibirle que se entremetiera en su vida privada… y ahora era ella la que discutía su conducta.

—¿Cuando yo qué? —preguntó Duncan impertinente.

—No tiene importancia —contestó, procurando aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir—. Escucha, Duncan, me parece que no es momento de discutir…

—Tienes razón —le interrumpió Duncan muy serio—, nuestros clientes nos esperan; lo único que quiero decirte es que sé que me pasé de la raya anoche. No debería haberte puesto en evidencia del modo en que lo hice.

—¿Cómo dices? —Kalera no salía de su asombro.

—Lo siento —se disculpó. Duncan con total sinceridad—. Si no hubieras venido esta mañana lo habría entendido perfectamente. Me comporté como un cerdo arrogante, y tienes todo el derecho del mundo a estar enfadada contigo. Te puse en un compromiso y lo lamento mucho: a Harry le habría parecido horrible lo que hice. Siempre decía que mi gusto por las escenas era algo deplorable… sostenía que eso era lo que impedía que le ganara al golf —divagó—. La verdad es que siempre acababa tirando mis palos al estanque…

Como siempre ocurría, la sola mención a Harry servía para ablandarla. Antes de que hubiera acabado de disculparse, Kalera ya, le había perdonado. Un poco más y hubiera acabado por creer que había sido ella la que se había pasado…

—Deberías haberte dedicado a la abogacía —gruñó.

—¿Como mi viejo? No, gracias: no soporto los aburridos precedentes. Me matriculé en derecho después de dejar medicina, pero enseguida vi que aquello no era lo mismo —sonrió al evocar sus vacilaciones juveniles—. La verdad es que no había nada que me gustara realmente hasta que el padre de Terri me contrató para

organizar la Copa de América y descubrí el mundo de los ordenadores.

A Kalera no le sorprendió enterarse de que su jefe no había seguido el camino convencional. Para entonces, además de fama y fortuna, tenía un doctorado conseguido con las máximas calificaciones, por lo que su mal comportamiento en la escuela al que se había referido Stephen debía ser interpretado como la expresión de una mente brillante que todavía no había encontrado en qué centrarse.

Durante el largo desayuno Duncan cerró el trato con una pequeña empresa para crear un programa de seguridad y manejo de datos que estaría listo en un mes. Con su astucia habitual, intuía que aquella modesta compañía muy pronto sería líder en su sector, por lo que trabajar con ellos desde él principio le aseguraría unos sustanciosos beneficios a medio plazo.

Al verle exponer con todo entusiasmo el proyecto a sus clientes, Kalera se dio cuenta una vez de cuánto amaba Duncan su trabajo, y de lo duro que le resultaría dejarlo en tan poco tiempo.

Cuando más tarde Duncan reunió a sus empleados para contarles lo sucedido, Kalera se sintió por vez primera completamente ajena a la atmósfera de celebración que reinaba en la oficina. Estaba casi segura de que cuando llegara el momento de desarrollar el proyecto ella ya no estaría allí para verlo. De hecho, ni siquiera sabía muy bien dónde estaría. Semejante perspectiva le causaba cierto temor: durante su infancia había cambiado de domicilio demasiadas veces, y vivido con frecuencia entre extraños, por lo que contemplaba con aprensión cualquier cambio. La repentina y traumática muerte de su marido había contribuido, además, a atizar sus temores.

Se consoló pensado que, por suerte, había encontrado a Stephen. Él también buscaba seguridad emocional, y sus necesidades en este campo casaban tan perfectamente que parecía natural que su mutuo deseo de compañía hubiese derivado hacia el amor. Sin embargo, ambos eran demasiado cautelosos como para dejarse llevar. Comprometerse había sido un gran paso; de hecho, Kalera no se había dado cuenta de su verdadera magnitud hasta tropezar con la feroz oposición de Duncan.

Y su jefe no era el único que protestaba: las noticias de su polémico noviazgo se extendieron por la empresa como la pólvora,

y durante los siguientes días, sus compañeros la abrumaron con todo tipo de bienintencionados consejos. Sólo unos pocos, mujeres en su mayoría, la felicitaron sin reservas, pero la reacción de los demás iba desde la decepción hasta la franca desaprobación por el paso que iba a dar.

—Sí, supongo que está muy bueno —admitió Anna Ihaka cuando las dos coincidieron en el baño para retocarse el maquillaje. Kalera siguió su mirada hasta detenerse en la foto de Stephen pegada frente al espejo que alguien se había entretenido en escanear del Financial Star, colocándole encima una señal de prohibido de color rojo brillante. Habían aparecido como de la nada un montón de aquellas fotos por toda la oficina justo después de que Duncan confirmara su dimisión, y aunque Kalera había hecho lo imposible por desenmascarar al bromista, en cuanto quitaba una de las fotos aparecían dos en su lugar.

—Gracias —dijo, mientras se empolvaba la punta de la nariz—, pero no me caso con él porque sea guapo.

—Sí, claro… pero no me digas que te hubieras enamorado de un tipo monstruoso —replicó Anna, que solía cambiar de novio como de camisa, por lo que se consideraba a sí misma una experta en el tema de las relaciones sentimentales—. Tendrás que reconocer que un tío con un cuerpo estupendo tendrá algo de ventaja al lado de otro canijo. Lo primero que hacemos cuando entramos en un —restaurase, por ejemplo, es mirar el tendido y decir «¡Vaya, qué tío más bueno!», no «¡Menuda personalidad debe tener ese!» —Anna no paró de hablar ni siquiera mientras se aplicaba el colorete y el pintalabios.

. —Estoy de acuerdo, pero Stephen es atractivo y también tiene carácter —sin embargo, tenía que admitir que, al principio, se había sentido muy ufana porque un hombre tan guapo y sofisticado la invitara a salir.

—He oído por ahí que os conocisteis en una orgía —comentó Anna con convicción.

Kalera sospechaba quién era el que estaba esparciendo semejantes rumores. Duncan había contratado a Anna hacía cinco años, poco después de que la chica acabara el instituto, sólo por la buena impresión que le causó al conocerla en un chat de Intemet. Agradecida, y pesar de que a veces fuera un poco contestona, solía

creer en la palabra de su jefe como en el evangelio.

—Pues fue durante una cena bastante tranquila. Estuvimos hablando, nos gustamos mutuamente…

—No parece muy emocionante —la interrumpió Anna despectivamente.

—Ninguno de los dos estaba buscando emociones —contestó Kalera mientras se aplicaba el lápiz de labios—, pero al final éstas salieron a nuestro encuentro —añadió, reuniéndose más bien a la forma en que habían reaccionado sus compañeros al enterarse de su compromiso.

—Er… sí… bueno —empezó Anna mientras guardaba sus cosas en el bolso—. La verdad es que yo siempre pensé que si te decidías a salir con alguien sería con el jefe.

A Kalera se le cayó el pintalabios en el lavabo del susto. Se apresuró a agacharse para buscarlo con la esperanza de ocultar así su turbación.

—¿Y qué es lo que te ha hecho pensar semejante cosa? —gruñó.

—Porque ha estado loco por ti durante años, supongo —respondió su compañera con toda tranquilidad mientras se atusaba los rizos.

—¡No seas ridícula! —Kalera se sentía presa de la confusión—. Él… yo… Harry…

Sorprendentemente, Anna entendió a la perfección lo que quería decir con aquellos balbuceos.

—¡Ah! Lo que pasa es que se contentaba con adorarte, te tenía mucho respeto, por lo que pasó con Harry y todo eso… Aún así, te tienes que haber dado cuenta de que te trata de forma muy distinta al resto de las mujeres. No intenta flirtear, y siempre es muy amable, como si se hubiera propuesto acomodarse a tu ritmo, ¿sabes?

—¡No, no lo sé! —estalló Kalera. A decir verdad, el único ritmo que conocía en Duncan sólo podía calificarse de frenético—. ¡Por Dios santo, Anna, no seas ridícula! ¡Oh, no! —exclamó, asaltada por un súbito presentimiento—, ¿no me dirás que todo el mundo piensa como tú?

—¡Claro que no! —replicó Anna muy digna—. Como soy la ayudante personal de Duncan paso mucho más tiempo que los demás con vosotros, y por eso he notado ciertas cosas en las que los

demás no han reparado.

—Menos mal, porque esa teoría tuya no se sostiene por ninguna parte. Duncan y yo somos como dos polos opuestos: no tenemos absolutamente nada en común.

Pero la fértil imaginación de Anna era inasequible al desaliento.

—Es verdad, por eso todo el mundo dice que los opuestos se atraen.

Kalera salió del baño tan precipitadamente que por poco cayó al suelo al chocarse con Duncan en el pasillo.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado al ver su rostro congestionado—. Espero que no hayas pillado la gripe —comentó, aplicando los nudillos sobre su mejilla para ver si tenía fiebre.

—Estoy bien —bufó Kalera, repentinamente incómoda ante aquella caricia, temiendo que Anna saliera del servicio y juzgara que aquel gesto era la prueba que confirmaba sus especulaciones.

—¿Acaso te lo están haciendo pasar muy mal? —murmuró Duncan, señalando la puerta que daba a las oficinas—. ¿Quieres que les diga algo para que te dejen en paz?

Por debajo de aquella aparente amabilidad, Kalera detectó cierta maliciosa satisfacción. En el fondo, a Duncan le complacía la actitud de su gente.

—Puedo arreglármelas —contestó, alzando la barbilla—. Al fin y al cabo, sólo me quedaré unas cuantas semanas más —apostilló intencionadamente sólo para fastidiarle.

Justo en aquel momento salió Anna del baño y se les quedó mirando divertida.

—Perdón, ¿interrumpo algo?

—¡Por supuesto que no! —dijo Kalera, mucho más enfáticamente de lo que hubiera querido.

—¿En el pasillo? —intervino Duncan burlonamente—. ¡Tú estás loca, Anna! Ya me conoces… soy la discreción en persona.

—Son los estúpidos comentarios como ese los que ponen en marcha esos absurdos cotilleos —le recriminó Kalera mientras se dirigían a la oficina—. Todo el mundo sabe que eres un exhibicionista.

—Ser un poco desinhibido no tiene nada que ver con tener la lengua muy larga —murmuró—. Te recuerdo que he levantado mi empresa gracias, entre otras cosas, a ni¡ capacidad para guardar

secretos. Cuando se trata de algo importante, soy como una tumba. ¿Acaso alguno de esos tontos rumores te preocupa de verdad?

Kalera desvió la mirada, sin saber muy bien qué decir. No pensaba repetir lo que le había dicho Anna en el baño.

—Ya sabes que a mí me puedes contar lo que quieras, Kalera —insistió Duncan persuasivamente—. Ya sabes que no tengo prejuicios, y que soy muy abierto. No creo que vaya a escandalizarme…

Ella le fulminó con la mirada. Se trataba de su propia tranquilidad mental, no de la de él. Incluso la mera perspectiva de contarle que se rumoreaba que estaba loco por ella le ponía los pelos de punta. ¡Cualquier mujer que fuera amada por Duncan Royal estaba condenada a una vida de constantes aprensiones!

Por desgracia fue incapaz de librarse de aquella loca teoría, que siguió rondando por su mente haciendo que se sintiera muy culpable. Eso sólo sirvió para que se reafirmara en su deseo de mantenerse lo más alejada posible de Duncan.

La cosa hubiera funcionado si se hubiera limitado a cumplir estrictamente con lo establecido en su contrato, pero Duncan se mostró con muy pocas ganas de colaborar. Un punto especialmente espinoso fue el asunto de la contratación de su sustituta.

—¡Pero Duncan, si no tiene la menor idea de ortografía! —protestó exasperada cuando estaban repasando los méritos de la última candidata entrevistada.

—Para eso se inventaron los correctores de los procesadores de texto —contestó su jefe tan tranquilo.

—¡Mira esto! ¡Si hasta ha escrito mal el nombre de la empresa dos veces!

Duncan ni se molestó en echar un vistazo al documento que ella le presentaba tan indignada.

—Es porque estaba nerviosa. A cualquiera le costaría concentrarse contigo acechando.

—¡No estaba haciendo semejante cosa! —bufó disgustada.

—Pues no se puede decir precisamente que fueras muy amigable…

—Estaba haciéndole una entrevista de trabajo, no invitándola a

pasar el día en el club de campo.

—Bueno…, sí… Ya sabes lo que yo opino de las formalidades. A mí me parece que Lara es muy divertida.

Kalera tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar. Duncan estaba fastidiándola aposta. Lo llevaba haciendo varios días, y se ponía especialmente insoportable cuando ella le presionaba para que tomara una decisión.

—No estamos buscando gente divertida, sino competente —le recordó crispadamente.

Duncan se repantigó en el sillón colocando los pies encima de la mesa. Kalera no pudo menos que fijarse en los zapatos tan chillones que llevaba. Duncan era la única persona que conocía capaz de ponerse un día un traje de Armani y al siguiente un par de vaqueros viejos y una camiseta. ¿Por qué se empeñaría tanto en ser diferente? Parecía casi una especie de superstición…

—Tenemos que contratar a alguien bien cualificado; no vale con que sólo sea «gracioso».

Duncan flexionó los brazos por detrás de la cabeza y ese movimiento hizo que su camiseta se pusiera tirante contra el torso, revelando una sombra negra allí donde el pelo del pecho se hacía más espeso. Kalera sabía muy bien lo suave y fragante que era, recordaba su tacto contra el de su piel…

—Lara tiene otras cualidades…

—¡Dime sólo dos! —le desafió Kalera.

Duncan simuló pensarlo durante un instante.

—Sus piernas —contestó al fin con una sonrisa gatuna.

Aunque era cierto que la candidata en cuestión había llevado una sugerente minifalda, Kalera sabía perfectamente que su jefe le estaba tomando el pelo.

—¡No se escribe a máquina con las piernas! —sentenció fríamente—. De hecho, a juzgar por esta carta —continuó señalando el examen—, no tiene la menor idea de mecanografía. Que yo sepa, tú no eres de los que contrata a sus empleadas sólo por su aspecto…

—Bueno, te contraté a ti, ¿no?

—Pero yo suponía que lo hiciste porque mi currículum era el mejor.

Había conseguido las mejores notas en sus estudios de secretariado, para desesperación de sus padres, que consideraron

aquel éxito casi una traición, por no decir una afrenta.

—Pero en una oficina no podrás hacer nada realmente creativo —había protestado su madre casi llorando cuando se enteró de que era eso lo que quería estudiar—. Acabarás siendo esclava de la rutina, prisionera de la tecnología

Sin embargo, para Kalera la fanática sumisión de sus padres a cualquier gurú bienintencionado era la peor de las esclavitudes.

—Es verdad —reconoció Duncan—, pero te contraté por mi primera impresión: en cuanto te vi entrar por esa puerta decidí que eras justo lo que quería… Fue una cuestión de puro instinto, ni siquiera había leído tu currículum.

—Y ahora es tu instinto el que te dice que tienes que contratar en mi puesto a una rubia negada para la gramática pero con piernas hasta las orejas y un tipazo escultural, ¿no?

Kalera se mordió la lengua en cuanto se dio cuenta de que sus reproches parecían los de una esposa celosa. Sin embargo, sabía que tenía razón: Lara podía ser una persona muy agradable, nadie se lo negaba, pero lo que Duncan necesitaba era alguien maduro y responsable que le ayudara a dirigir la empresa, alguien con la cabeza bien puesta que supiera enfrentarse a sus temperamentales arranques. Lo último que le hacía falta era otra admiradora.

—A decir verdad, pienso que tu mejor sustituta… serías tú misma —dijo Duncan sorprendentemente—. ¿Qué te parece?

Ella decidió ignorar aquella provocación.

—Aunque no encontremos a nadie antes de que me vaya, te advierto que no pienso quedarme ni un día más de lo estipulado —le avisó muy seria. Tenía la sospecha de que lo que pretendía Duncan era retenerla el mayor tiempo posible con cualquier disculpa.

—En ese caso, será mejor que dejemos de perder el tiempo y volvamos al trabajo —dijo Duncan animadamente, sin que su voz delatara la menor sensación de culpa o remordimiento—. Espero que no hayas quedado para comer, porque me temo que tendremos que quedarnos… Pediré que nos suban unos bocadillos… ¡Ah! Tengo que pedirte que te quedes esta tarde también…

Kalera abrió la boca para protestar, pero cambió de idea en el último momento. Stephen le había dicho que a lo mejor la llamaba para quedar a comer, pero era ya casi mediodía y no lo había

hecho, así que, seguramente, él también habría tenido que quedarse en la oficina. Podía ahorrarse sus protestas sin necesidad de ofender a nadie por obedecer a su jefe.

Capítulo 6

Algo después, aquella misma tarde, Kalera descubrió su error, al detenerse en el mostrador de recepción, para responder al teléfono, y encontrar a un airado Stephen al otro lado de la línea.

—He intentado dar contigo todo el día, pero esa maldita recepcionista no deja de decirme que no puede localizarte.

Kalera se mordió el labio.

—Deberías haberme dejado un mensaje.

—Lo he hecho, varias veces, pero tú no respondías. Supongo que no te habrán dicho nada —dijo Stephen, elevando la voz cada vez más—. Y cuando he pasado a buscarte para ir a comer, el gorila de Royal me ha dicho que no podía subir a buscarte, ni siquiera llamarte.

—Oh, querido —dijo Kalera, que no tenía la menor duda de que era Duncan quien había ordenado que no le pasaran ningún mensaje de Stephen. Y así parecía entenderlo él.

—Dile a Duncan que no vas a tolerar sus intromisiones

en tu vida privada.

—Bueno, supongo que podría decir que está en su derecho al restringir las llamadas personales de sus empleados durante el horario de trabajo… —dijo Kalera, con la única intención de ser justa. Antes de su compromiso, Stephen nunca la había telefoneado al trabajo y ella no podía evitar pensar que suponía una falta de tacto por su parte esperar que los fieles trabajadores de Labyrinth se adhirieran súbitamente al enemigo.

—¿No lo estarás defendiendo?

—No, claro que no —se apresuró a decir ella, viendo que Kirsty Seymour volvía al mostrador de la recepción, su puesto de trabajo, con una taza de café en la mano.

—Stephen, tengo que colgar. Siento lo de la comida, pero la verdad es que de todas formas no podía salir de la oficina, hemos tenido mucho trabajo.

—¿Nos vemos esta noche? Me ha invitado mi madre, pero puedo llamaría y decirle que tú también vienes.

—Me temo que esta noche también tengo que quedarme trabajando —dijo ella, sintiéndose culpable de alegrarse por evitar la cena con la madre de Stephen. Madeline Prior y, ella se toleraban por el bien de Stephen, pero Kalera nunca se había sentido cómoda en compañía de su futura suegra. Sabía que Madeline se llevaba muy bien con la ex-esposa de Stephen, hasta el punto de seguir en contacto con ella, sobre todo cuando acudía a cuidar del pequeño Michael. Kalera, por su parte, con su procedencia y su educación, suponía una adición extraña al cerrado y cultivado círculo de amistades de Madeline. Por otro lado, y a pesar de que nunca había hecho la menor insinuación al respecto, sabía que Madeline la culpaba del alejamiento de Stephen con respecto a su propio hijo.

—¿Otra vez?

—Pero no durará mucho —dijo ella, cruzando los dedos. Era imposible que Duncan la obligara a quedarse noche tras noche, porque de ese modo su vida social, es decir, la del propio Duncan, acabaría por resentirse. Duncan pronto se cansaría de aquel juego, sobre todo ella seguía fingiendo que sus intentos de sabotear sus noches no le importaban.

—En cuanto empiece a enseñar a mi sustituta, será ella la que se quede.

—Así que ya he encontrado una…

—Todavía no, estamos en la fase de entrevistas —confesó Kalera, y luego se mordió el labio, temiendo que con aquella frase hubiera revelado demasiado.

—Ya, supongo que sigue tratando de convencerte de que te quedes —dijo Stephen, y, sin esperar respuesta, añadió—: Bueno, al menos eso significa que todavía hay alguna oportunidad de que sea mi topo quien consiga el trabajo.

Kalera tardó unos segundos antes de reírse del sardónico comentario de Stephen. Por supuesto, sólo se trataba de una broma. Aun en el improbable caso de que estuviera pensando en introducir un espía en la empresa de su competidor, jamás lo diría por

teléfono.

A pesar de todo, tras colgar el teléfono, no pudo evitar cierta incertidumbre al respecto.

—Gracias por responder al teléfono —le dijo Kirsty.

—Oh, no tiene importancia. Era Stephen.

—¿Stephen? Esto… yo…

Kalera se apiadó.

—No te preocupes, sé que has recibido órdenes —dijo, y se dirigió directamente al despacho de su jefe.

Duncan, al pedirle explicaciones, se aferró a su excusa. Se trataba de una simple cuestión de seguridad, dijo. No quería que su principal competidor tuviera un fácil acceso al sistema de comunicación de Labyrinth.

—¿Fácil? Creía que habías dicho que el nuevo código era impenetrable sin la clave apropiada —le dijo Kalera con indignación.

Duncan se balanceó sobre su silla.

—En este momento, sí. Pero afrontemos los hechos. Dentro del ciberespacio siempre hay alguien que aparece con algún invento más moderno que lo más moderno, alguien con la habilidad, voluntad, tiempo y recursos para idear una fractura en cualquier sistema. Y siempre existe el posible error humano, que dé pie a que se abran todas las puertas.

—Si no confías en mí, ¿por qué quieres que siga trabajando aquí?

Duncan siguió hablando con —voz grave.

—Cariño —dijo inclinándose hacia delante, cubriendo con la suya la mano que Kalera había apoyado en su mesa—, sabes muy bien que a ti te confiaría los secretos de mi alma hasta en el último confín de la tierra.

El tono de aquellas palabras transmitía tanta sinceridad, que Kalera se estremeció, confundida. Se le hizo un nudo en la garganta y fue consciente de que Duncan la miraba con admiración y al mismo tiempo con familiaridad. Por un breve instante se vio transportada a una oscura habitación en la que ella lo había invitado a gozar y él había aceptado el reto.

Dando un respingo, retiró la mano de la mesa y trató de sonreír.

—Es en él en quien no confío —concluyó Duncan.

Kalera resopló para mostrar su desprecio por aquel comentario y asumió una actitud distante durante el resto del día. Una actitud que sólo cesó al volver de hacer unas fotocopias y tropezarse con Bryan Eastman, jefe del departamento de investigación, que salía del despacho de Duncan y al verla la miró con una desacostumbrada frialdad.

Bryan era lo más parecido a una rata de la informática que había en la empresa. Era bajo y delgado como un raíl de tren y tenía el pelo lacio y fino, lo que le hacía parecer mayor de lo que era. Estaba dedicado en, cuerpo y alma a su trabajo, aunque un sentido del humor muy juvenil y un gran repertorio de chistes lo salvaban de convertirse en un auténtico obseso de los ordenadores.

Al ver a Kalera esbozó una débil sonrisa, pero la frialdad de su mirada no le podía pasar desapercibida a ella. En lugar de preguntarle por Anna, por que se una inclinación más que evidente, Bryan trató de eludirla lo más rápido que pudo, y frunció el ceño tras despedirse apresuradamente.

Cuando ella volvió a entrar en el despacho de Duncan, éste estaba mirando por la ventana. Parecía muy seno, algo raro en él, lo que le hizo olvidar su intención de castigarlo con su desdén.

—¿Qué ocurre con Bryan? ¿Hay algún problema con «Tom y Jerry»? —le preguntó, y dejó las fotocopias que Duncan le había pedido sobre su mesa.

Prácticamente, se podría decir que Bryan vivía en la empresa, de modo que no podía imaginar ninguna otra preocupación en su vida que las relacionadas con el trabajo. Aunque no conocía los detalles técnicos, sí sabía que el departamento de investigación estaba ultimando los detalles de un programa de reconocimiento de voz multilenguaje al que todos llamaban por el nombre codificado de la famosa serie de dibujos animados.

Duncan dio media vuelta y la miró a los ojos. Su expresión era extraña, se hubiera dicho que ni siquiera la veía. Al cabo de un instante parpadeó, volviendo de su momento de abstracción.

—Nada que no pueda solucionar.

Kalera esperaba que aclarase aquella escueta afirmación con algún comentario, como correspondía a su expansiva personalidad, pero no lo hizo.

—Bryan parecía muy preocupado. ¿Significa eso que el proyecto

se está retrasando? —insistió Kalera. Sabía que Duncan tenía una gran confianza en «Tom y Jerry», y que confiaba en que se convirtiera en uno de los programas punteros de Labyrinth, superando a todos los programas de reconocimiento de voz de sus competidores. La inversión, en dinero y en recursos, era ciertamente enorme, y en aquel estadio del proyecto el tiempo era esencial.

—No necesariamente.

—¿Quieres decir que mi preciosa cabecita no tiene por qué preocuparse de ese tema? —dijo Kalera impacientándose.

Duncan inclinó la cabeza y por fin la miró a los ojos.

—No estarás aquí cuando acabemos el proyecto, así que no creo que tenga mucho sentido que te preocupes por él —murmuró Duncan, esbozando una amplia sonrisa. Su mirada, sin embargo, era hueca y sombría. Se acercó a la mesa, recogió las fotocopias y se las dio a Kalera—. Archívalas.

La impaciencia de Kalera se tomó en asombro.

—Pero si ni siquiera las has mirado.

—¿Y? No las he mirado, pero quiero que las archives.

Mascullando entre dientes, Kalera recogió las fotocopias. De repente se le ocurrió que Duncan le había pedido que fuera a hacer las fotocopias justo después de recibir una breve llamada por su línea interna directa. Una llamada a la que había respondido con monosílabos.

¿Habría sido Bryan el autor de tal llamada? ¿Era necesario que ella no estuviera cerca cuando se reuniera con Duncan?

Cerró el cajón del archivador de un golpe y se le hizo un nudo en la garganta. En realidad, no debería sorprenderla verse excluida de los círculos de información más privilegiada, pero era doloroso ver cómo Duncan le iba retirando poco a poco su confianza. Quizás no estuviera tan preparada para afrontar cambios definitivos en su vida como ella pensaba.

Sintió un vacío en el estómago al darse cuenta de las consecuencias de lo que se proponía hacer. No se trataba sólo de adoptar una nueva vida que modificaba la que ya tenía, con su matrimonio con Stephen estaba en realidad cortando los lazos con el mundo en que Harry y ella habían habitado. Al vender la casa y trasladarse al hogar de Stephen, evitaba todo contacto siquiera casual con sus antiguos amigos y compañeros, y sobre todo con

Duncan…

Aquella idea le dio pánico. Por su propio bien, debía concentrarse en el futuro. Muy pronto, Stephen y ella estarían construyendo un nuevo presente que formaría los recuerdos del mañana, recuerdos más fuertes que las poderosas imágenes que desde el pasado la perturbaban.

Desgraciadamente, todavía quedaba mucho tiempo para que llegara aquel futuro lleno de serenidad. Por el momento, ella seguía aferrada al presente, presa de una barrera de sentimientos conflictivos, algunos de los cuales no tenían lugar en la mente de una mujer comprometida.

Con gran alivio advirtió que las dos últimas entrevistadas del día eran dos competentes secretarias más interesadas en las condiciones de trabajo y en la remuneración que en los encantos de su posible nuevo jefe. No obstante, al ver que se trataba de mujeres con excelentes currículos no pudo evitar pensar en la estúpida broma de Stephen al aludir a un posible topo infiltrado en la empresa de Duncan. Una de ellas era ya abuela y la otra una elegante mujer de treinta años que antes de finalizar la entrevista había confesado sin tapujos que era lesbiana.

—No quiero que más tarde eso se convierta en un problema.

—No veo por, qué habría de haber ninguno —dijo Duncan—. No suelen preocuparme las preferencias sexuales de mis empleados. Mi única preocupación al respecto sería si eso sería motivo de que pudieran chantajearlos, pero su franqueza resuelve ese problema.

—Es la mejor con diferencia —dijo Kalera cuando la mujer se hubo marchado.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque es lesbiana? —No, claro que no. Lo digo por su currículo. —Que no es mejor que el de algunas otras a las que has rechazado. Me parece que de repente has desarrollado ciertos prejuicios hacia tu propio sexo. ¿Te has dado cuenta de que los únicos candidatos que has aprobado sin reservas son hombres, están casadas o son lesbianas?

—Yo… tú… —vaciló Kalera—. ¿Y qué hay de esa chica, Gatherfeld?

—Fea como un pecado y más seca que una pasa —dijo Duncan, apoyando el codo en la mesa y la barbilla en la mano—. Admítelo, Kalera, no quieres que una mujer joven y atractiva sea mi

secretaria. Y como no tengo en mi historial ninguna denuncia por acoso ni nada parecido, me parece que no es que trates de proteger a esas jovencitas indefensas… Así que supongo que es… otra cosa.

—¡Tonterías! —espetó ella, recogiendo las notas de la entrevista con dedos temblorosos y tratando de sujetar las hojas, demasiadas, con un enorme clip.

—¿Ah, sí? ¿Estás segura de que no has dejado que los celos interfieran en tu juicio profesional?

—No seas tonto —replicó Kalera, evidentemente nerviosa porque sabía que en las alegaciones de Duncan había parte de razón. Se puso en pie de un salto, con el fin de interrumpir una conversación que se tornaba peligrosa—. No tengo ningún motivo para estar celosa…

—No, la verdad es que no —dijo Duncan, poniéndose en pie a su vez—. Por muy atractiva que sea mi nueva secretaria, nunca sentiría por ella lo que siento por ti. Y gracias a Dios que es así.

Aquel comentario sólo sirvió para que Kalera se pusiera más nerviosa, con lo que se aferró a los papeles por buscar algo a lo que agarrarse. Al hacerlo, se pinchó en un dedo con el extremo retorcido del clip.

—¡Ay!

—¿Qué pasa? A ver, deja que te vea —dijo Duncan, rodeando su mesa.

Sacó del dedo de Kalera el arma afilada que se había clavado, dejó los papeles encima de su mesa y los dos se quedaron mirando la burbuja de sangre que se estaba formando en la yema del dedo de Kalera.

—Trae, déjame.

Kalera, que esperaba que le limpiara la sangre con un pañuelo, se quedó boquiabierta al ver que se metía el dedo entero en la boca y absorbía mientras parecía rodearle el dedo con la lengua. Se quedó helada y sus pensamientos entraron en el territorio del caos.

Trató de tirar de la mano, pero advirtió que Duncan le clavaba ligeramente los dientes en la base del dedo, era el dedo pulgar, impidiendo que lo retirase. Le puso los dedos en la muñeca para aferraría con fuerza mientras la lengua seguía recorriendo su dedo, arriba y abajo, absorbiendo cada vez con más fuerza, arrastrando a Kalera hacia una intimidad y sensualidad cada vez mayores.

—Duncan, ¿qué te parece si…? ¡Uf! —Se trataba de Anna, que dio media vuelta en cuanto vio la escena, antes de volver a cerrar la puerta, y sin mirar, añadió—: Volveré cuando no estés tan… ocupado…

Kalera estuvo a punto de desmayarse de vergüenza y de algo más que no estaba dispuesta a examinar.

—¡Mira lo que has hecho! ¡Estate quieto! —dijo, poniendo rectas sus rodillas, que mostraban una peligrosa tendencia a doblarse. Dobló los dedos y le clavó las uñas en la mejilla, causándole unos pequeños arañazos.

—Deja que me vaya.

Duncan, sin que sus ojos se apartaran de ella en ningún momento, fue separando los dientes poco a poco, dejando que rozaran la piel a medida que Kalera iba retirando el dedo.

—Sólo quería asegurarme de que la sangre fluyera lo suficiente para limpiar la herida —murmuró él con aspecto inocente—. No quiero que se te infecte.

—Pero si sólo ha sido un pinchazo, por todos los demonios —protestó Kalera—. ¡Imagina lo que debe estar pensando Anna! —dijo y recordó la conversación que había tenido con ella en los lavabos. Hacía falta muy poco para estimular la imaginación de Anna.

—¿Y qué importa lo que piense?

Kalera lo miró fijamente a los ojos. Su mirada era incendiaria.

—Puede contarle a todo el mundo lo que ha visto.

—No nos estábamos besando —dijo Duncan, aunque según Kalera un beso no habría sido un acto más íntimo—. Tenías un dedo metido en mi boca, ¿qué tiene eso de malo? Menos mal que sólo era un dedo.

Kalera se puso como un tomate.

—Duncan!

Él la besó en la muñeca, que dejó resbalar entre sus dedos.

—Bueno, podrían haber sido los dedos el pie —dijo con una sonrisa burlona—. La verdad es que eso sí habría sido difícil de explicar —dijo, y añadió, ante a expresión de perplejidad de Kalera —. No, Kalera, no soy un fetichista, nunca le he sorbido el pie a una mujer en mi vida… aunque siempre estoy abierto a nuevas experiencias.

—No lo comprendes —dijo Kalera retirándose, y protegiendo el dedo dentro del puño—. Tienes que hablar con ella, porque da la casualidad de que ya cree que tú… que tú…

—¿Que yo qué? —dijo Duncan, sentándose en el borde de la mesa e inclinando la cabeza hacia un lado, con la mirada fija en el sonrosado rostro de Kalera.

—Ya sabes… que… que tienes… una cosa…

Duncan sonrió.

—¿Una cosa? ¿Qué yo tengo una cosa?

—Sí —dijo ella apretando los dientes y cruzándose de brazos.

—Eso es algo que tiene un montón de significados. ¿No puedes ser algo más concreta? ¿Qué clase de cosa es esa que yo tengo?

—Una cosa conmigo —dijo ella, entre dientes.

—¡Oh! —exclamó él, fingiendo haber hecho un gran descubrimiento—. Te refieres a esa clase de cosa. Ella cree que tú eres el objeto de mis apasionados deseos, ¿no es eso?

—Más o menos —murmuró Kalera, encogiéndose de hombros, como si con aquel gesto quisiera protegerse de sus burlas.

Tan preocupada estaba por evitar su mirada que no vio su triste expresión al decir:

—Muy lista. Y yo que creía que con mi actitud de despreocupado playboy había engañado a todo el mundo.

Kalera lo miró a la cara y su delicado cuerpo se crispó al ver la desnuda emoción que cruzaba la mirada de Duncan. Sintió una familiar calidez que enseguida se disipó. Fue como si el miedo hubiera disparado una alarma con el fin de extinguir definitivamente aquella sensación de calidez, una sensación tal vez demasiado peligrosa, y pensara que aquella mirada sorprendida no era más que fruto de su imaginación.

—No te preocupes, me aseguraré de que Anna comprenda la situación —dijo él, y ella estaba tan ocupada tratando de negar lo que acababa de ocurrir que no se dio cuenta de que Duncan no había especificado qué situación le aclararía a Anna.

—Bueno, ¿por qué no compararnos nuestras notas sobre los entrevistados de hoy y luego pensamos en las estrategias para la lista de mañana? Además, quiero que esta noche prepares las cartas para todos los que no han pasado la primera selección. No es justo tener esperando a la gente más de lo necesario cuando puede que

estén pendientes de otras ofertas de trabajo. Ah, y que sean cartas personales, nada de formularios que hacen que los candidatos se sientan como algo menos que individuos.

Se fijó en que Kalera consultaba el reloj.

—También necesito que imprimas algunos archivos para Bryan, ya que no queda nadie… —dijo, y se levantó—. Ya te avisé de que podía necesitarte esta noche.

A Kalera le dieron ganas de retroceder ante su imponente presencia.

—En efecto, lo hiciste —dijo ella, con aquella serena indiferencia que sabía que lo ponía tan furioso.

—Así que… si Steve y tú pensabais salir esta noche, será mejor que llames para cancelar la cita. Dile que no sabes a qué hora terminarás —dijo, y ofreció su mesa con un gesto—. Puedes llamarlo desde aquí si quieres, y dale mis disculpas por mantener a su prometida alejada de su lado.

Kalera lo miró con un gesto de sorpresa.

—Creía que no podía llamar a Stephen desde aquí.

—Bueno, no voy a dejar que lo dejes plantado sin más, ¿no? El pobre hombre merece saber por qué se ha arruinado su romántica noche. Adelante, no pienso escuchar —dijo con magnanimidad, cuando ambos sabían que sus oídos no estarían pendientes de otra cosa.

—La verdad es que esta noche no habíamos quedado —diio Kalem frustrando las esperanzas de su jefe— Stephen va a cenar con su madre.

—Oh, Madeline… —dijo Duncan, entrecerrando los ojos—. ¿Y cómo es que tú no pensabas ir? ¿No te han invitado?

Kalera lo miró con altanería, que no bastó para burlar la curiosidad de Duncan, ni sus poderes de percepción.

—Ajá, así que te han invitado, pero tú no has querido ir él, con una mirada maliciosa—. No te culpo, yo tampoco conseguí llevarme bien con Madeline. Ella pensaba que yo era una mala influencia para su hijo, un pecador que mancillaba la pureza de su rubio angelito, cuando en realidad era yo el que cargaba con las culpas de sus errores.

—Madeline y yo nos llevamos muy bien —contrapuso Kalera.

—Mientras no transgredas sus rígidas reglas de educación —

adivinó Duncan, revelando un profundo conocimiento de la materia —. E incluso entonces puede que ella se aguante y sonría, al fin y al cabo eres la elección de su angelito, que es incapaz de equivocarse. ¿Te ha enseñado ya sus vídeos familiares, esos que muestran los logros infantiles y juveniles de Steve? Ah, ya veo que sí. Y si Madeline sigue siendo Madeline, te habrá enseñado el álbum de fotos de su boda, para poder contarte el pedigrí de todas sus amigas de la alta sociedad. Pero dime, ¿cómo has evitado la cena con mami? ¿Por eso te ha estado llamando Steve todo el día? ¿Qué le has dicho? ¿La vieja excusa de que tenías mucho trabajo?

—Ya que da la casualidad de que es verdad —dijo Kalera con dignidad.

—Ahora me explico por qué no te has quejado de mis exigencias, que alguien podría calificar de esclavistas —sonrió Duncan—. Te salvaban de un destino peor que la muerte, así no tenías que mentir si Steve sospechaba y te interrogaba.

Kalera se puso furiosa.

—Él no haría una cosa así. No sé por qué iba a sospechar.

Duncan se encogió de hombros con cinismo.

—Eso nunca ha sido motivo para que se detuviera —dijo, e hizo una pausa antes de añadir: Apuesto a que cuando le dices que sales con alguien te llama a casa para comprobar a qué hora vuelves.

—Porque es un caballero —dijo Kalera, preguntándose por qué se ponía tan a la defensiva con respecto al comportamiento de Stephen—. Le preocupa que viva sola y le gusta saber que he vuelto y estoy bien.

—Apuesto a que algunas veces te deja mensajes en los lugares donde le has dicho que ibas a estar.

Kalera se daba golpecitos en la barbilla.

—A muchas mujeres les parece muy romántico que un hombre esté pensando en ellas cuando están separados. Y es mutuo, ¿sabes? Stephen siempre me dice dónde está y qué está haciendo…

—¿Te ha regalado ya una de esas increíbles agendas de bolsillo para que puedas anotar todas tus citas y los teléfonos de todos tus amigos para que cuando queráis comparar vuestros compromisos lo podáis hacer al instante?

Kalera recordó la elegante agenda de cuero, grabado con sus iniciales, que era el primer regalo de Stephen

—Sí, y es muy útil —dijo, queriendo olvidar la incómoda sensación de responsabilidad que la había hecho rechazar las prendas de ropa y las joyas que Stephen habla querido regalarle en otras ocasiones, en lugar de limitarse a los tradicionales regalos de flores y bombones.

—Teniendo en cuenta el negocio en el que está metido, me sorprende que no te haya regalado una agenda electrónica. Pero supongo que en ellas es fácil borrar las citas sin que nadie lo sepa. Una agenda manuscrita es mucho más indiscreta, por no decir más accesible al mirón que por casualidad la consulta.

Kalera lo fulminó con la mirada al escuchar aquel comentario, pero se contuvo y no dijo nada. Estuvieron trabajando juntos durante la mayor parte de la tarde. Cuando todos se marcharon, Duncan se levantó para amonestar a unos empleados que jugaban al baloncesto con dos papeleras por canasta.

¿Qué os pasa muchachos? —le oyó decir—. ¿Qué os creéis que es esto, un polideportivo? ¿Es que no tenéis ganas de iros a casa?

—Sí, pero allí no nos pagan por jugar al baloncesto —respondió una voz con insolencia.

—Son más de las cinco, así que aquí tampoco os pago por ello. De todas formas, no creo que ningún equipo del mundo quisiera a un jugador con un brazo tan enclenque como el tuyo, Digby. Vete a hacer el ridículo a otra parte. Aun hay gente que intenta trabajar en esta oficina.

—Que lo intenten con más interés —dijo alguno. Era una de las frases favoritas de Duncan cuando alguien se quejaba de que algo no podía hacerse.

—Oh, vamos señor Royal, por qué no le dice a Duncan que salga a jugar —suplicó otro.

—Dejad en paz al jefe. Debe seguir enfadado por fallar aquel tiro que hizo que su equipo perdiera el partido la última vez que jugarnos.

Kalera suspiró. Sabía que a continuación vendría una serie de divertido forcejeo y de pullas al final de los cuales estallaría un rumor victorioso. En efecto fue así, y ocultó una sonrisa al ver que Duncan volvía, con la respiración agitada y dos leves manchas de sudor en las axilas.

—Yo creía que habías ido a decirles que no se podía jugar, no a

jugar con ellos —dijo, dándole otra carta de rechazo.

Duncan la miró con una sonrisa torcida.

—Si no puedes unirte a ellos, derrótalos —dijo, estampanando en la carta su extravagante firma.

—Algún día aceptarás un desafío que no puedas vencer —dijo ella

—Soy tan elegante en la derrota como en la victoria —dijo Duncan, y se rió al ver la mirada de incredulidad de Kalera—. De acuerdo, me subo por las paredes cuando pierdo… pero se me pasa enseguida.

En efecto, siendo un hombre lleno de energía, siempre había en su mente algo que sustituía con rapidez a lo que acababa de pasar, de manera que sus enfados, tormentosos siempre, no duraban mucho.

La ancha banda de luz que entraba por la ventana había adquirido unos tonos anaranjados antes de irse oscureciendo poco a poco hasta llegar a un intenso azul oscuro. Duncan consultó su reloj y dejó la pluma sobre la mesa.

—¡Dios mío! ¿Tan tarde es?

—El tiempo vuela cuando lo estás pasando bien —dijo Kalera, mientras depositaba el último de los, para ella incomprensibles, archivos del programa «Tom y Jerry» en el cajón de seguridad de la mesa de Duncan, y le daba a éste la llave.

Según su opinión, la mayor parte de lo que habían hecho aquella tarde podría haber esperado al día siguiente y una vez que Duncan había averiguado que ella no había quedado con Stephen, de modo que no podía causar tanto fastidio como seguramente había pretendido, sólo su terca negativa a aceptar que era éste el verdadero motivo de su insistencia fue causante de que tuvieran que quedarse hasta tan tarde. Kalera, al menos, sentía que había logrado cierta victoria en su sutil batalla de voluntades, al fingir que no le había importado mucho quedarse. No obstante, su estómago comenzó a traicionarla.

—¿Tienes hambre?

A la vista de su sonoro aparato digestivo, la respuesta era innecesaria, de modo que contraatacó con otra pregunta.

—¿Hemos terminado? —preguntó, por si acaso él sólo quería que el descanso fuera una excusa para encargar comida a su

restaurante favorito.

Aunque en muchas otras ocasiones había aceptado su invitación, cosa que le parecía muy lógica teniendo en cuenta que él le había pedido que trabajara más allá de su horario, aquel día la experiencia le parecía revestida de una intimidad muy peligrosa.

Duncan le dirigía aquella mirada ligeramente soñadora y reconcentrado que tantas veces la hacía estremecerse. Una mirada con la que parecía decirle que compartía con ella secretos que no compartía con nadie más. Kalera sin embargo, le devolvió la mirada serena que la protegía de un mundo impredecible. No obstante, bastaba aquella mirada para revelar en ella sensaciones que creía sofocadas desde hacía mucho tiempo.

—Supongo que sí. Al menos, en lo que se refiere al trabajo —dijo Duncan. Hasta qué punto su voz profunda parecía haber desarrollado la habilidad de insinuar otros significados y emitir una sutil vibración ante la que ella se estremecía como un diapasón ante una nota musical.

Duncan se levantó y apagó la luz de la lámpara de su mesa.

—Vámonos —dijo, recogiendo del perchero la cazadora de cuero y colgándosela a la espalda—. Estarás cansada y seguro que tienes hambre. Te invitaré a cenar antes de que vuelvas a casa. Es lo menos que puedo hacer. Voy a llamar a la brasserie que hay enfrente para pedir una reserva.

—Oh, no —dijo ella, sacudiendo la cabeza tan violentamente que perdió una horquilla y uno de los adornos de su collar, una pluma de oro, cayó sobre su pecho. La recogió apresuradamente y volvió a colocarse el cabello sin preocuparse por la horquilla. Imaginó el restaurante, viernes por la noche, una mesa para dos, iluminada con velas… De verdad, no hace falta.

—Claro que hace falta. Según las normas del sindicato, tengo la obligación de invitarte a cenar cuando has trabajado más de doce horas sin que te haya avisado de ello con al menos veinticuatro horas de adelanto.

Kalera, que ni siquiera sabía que perteneciera a ningún sindicato, lo miró con incredulidad.

—No me apetece cenar fuera.

—A mí tampoco —dijo Duncan, disfrutando con la impaciencia de Kalera. Si había esperado hasta ese momento, bien podía

prolongar el tormento de su secretaria un poquito más—. Pero a los dos nos hace falta comer, preferiblemente algo más apetitoso que comida rápida o un bocadillo, y la verdad es que yo no tengo ganas de andar rebuscando en la nevera a estas horas…

—Pues yo sí —se opuso Kalera—. Tengo la nevera bien provista y cuando llegue a casa no creo que tarde mucho en hacerme una buena cena.

—Mmm, me parece una idea fantástica —saboreando las palabras—. No recuerdo la última vez que alguien me ofreció genuina comida casera. ¿Por qué no vas tú delante? Yo te sigo en mi coche.

Perpleja ante su cara dura, Kalera le dijo que no era su intención invitarlo.

—Harry no dejaba de decir lo buena cocinera que eres —dijo Duncan—. ¿Sabes que tus recetas eran parte de su técnica para enseñar a jugar al golf? Cuando yo iba de banco de arena en banco de arena sin dejar de maldecir, Harry trataba de tranquilizarme contándome los platos exóticos que preparas. Se ponía muy poético. No hay duda de que Harry amaba la comida.

Kalera sonrió, complacida de saber aquel detalle y de recordar la gran amistad que existiera entre su marido y su jefe.

—Eso es verdad —dijo—. Siempre solía regalarme un libro nuevo de cocina en nuestro aniversario.

—Tu Harry era un hombre muy sutil.

—¿Eso crees? —dijo Kalera, complacida por lo que parecía sincera admiración de Duncan hacia su marido—. Me regalaba libros de cocina porque sabía que me gusta cocinar, ¿qué tiene eso de sutil?

—Te regalaba libros de cocina porque le gustaba comer comida exótica, pero no le gustaba cocinar —dijo Duncan sonriendo—. Querida, te diré que, Harry era una de las personas que mejor sabía juzgar a los demás de cuantas he conocido. Me quito el sombrero ante su habilidad para conseguir lo que quería complaciendo al mismo tiempo a los demás.

Media hora después contemplaba cómo Duncan se ponía cómodo en su propia casa mientras se preguntaba cómo demonios

la había persuadido para que cambiara de opinión. ¿O es que ella había cambiado de opinión por su cuenta?

¡Y era él el que hablaba de cómo Harry conseguía lo que quería sin que los demás se dieran cuenta!

Capítulo 7

Tiene que ser algo sencillo y rápido —reiteró Kalera por tercera vez en mucho rato, abriendo el frigorífico y sacando una bolsa con conchas de pasta y un paquete de bacon.

—Las cosas sencillas son las mejores de la vida —dijo el hombre que personificaba la definición de complejidad del diccionario.

Su aspecto fatigado parecía haber desaparecido nada más entrar por la puerta de la casa de Kalera, y en aquellos momentos parecía muy enérgico, mientras su incansable mente llevaba a cabo un inventario de los bienes de Kalera, investigando el contenido de unos cuencos de cerámica o examinando sin rubor la pila de cartas que había sobre la mesa de la cocina.

Dejó de husmear y sus ojos se detuvieron sobre la falda verde y la blusa amarilla de algodón de Kalera, dos prendas que habían empezado el día inmaculadas, pero que en aquellos momentos estaban tan arrugadas como una hoja de lechuga. Había habido bochorno durante todo el día y en el interior de la casa hacía mucho calor.

Kalera solía soltarse el pelo en cuanto entraba por la puerta, y ponerse ropa más cómoda, pero quizás, pensó, hacer eso significaría enviar el mensaje equivocado a su invitado. De modo que tendría que sufrir la incómoda armadura que se ponía para acudir a la oficina hasta que Duncan se marchara, pensaba mientras metía en el horno la fuente con los ingredientes de la cena.

—¿Te ayudo en algo?

—No… si.

Kalera cambió de opinión ante la idea de que Duncan no tuviera otra cosa que hacer que seguir husmeando y observándola. Mejor darle una ocupación, algo con lo que tuviera las manos y los ojos

ocupados.

—Puedes cortar la cebolla y el bacon mientras yo preparo el pepino y los tomates —dijo, dándole la tabla de cocina y un cuchillo.

Duncan no profirió el menor quejido a pesar de correr con la peor parte del trabajo.

—Es un placer, señora —dijo, uniéndose a ella junto a la encimera, en lugar de retirarse a la mesa, que era lo que ella pretendía.

Inesperadamente, verle cortar, por el rabillo del ojo, el bacon supuso una gran diversión para ella. De modo que había algo que el señor «genio» no sabía hacer, se dijo, viéndole esgrimir el cuchillo con tanta torpeza.

—Me da la impresión de que no sueles cocinar —murmuró, al oír que Duncan maldecía mientras cortaba el bacon, tarea dificultada porque las tiras se pegaban al cuchillo.

—Puedo hacer un maravilloso filete —se defendió él—. Y me han dicho que n-ú ensalada está de morirse.

Kalera imaginaba a una de aquellas delgaduchas modelos con las que salía moviendo sus falsas pestañas y alabando su ego con algún comentario elogioso sobre cualquier plato insípido.

—Yo no me fiaría de las opiniones de tus Barbies. Por su aspecto, se diría que un trozo de apio les parece ya una gran cena.

Duncan pensó que era su tumo de burlarse de ella.

—¿Debo inferir de tus palabras que no apruebas mis relaciones con esas bellezas?

—Puedes salir con quien te plazca —dijo ella, cortando los pimientos con rabia.

—No, no puedo, ése es el problema —murmuró él. Se movió a un, lado para alcanzar la cebolla y rozó el brazo con el hombro desnudo de Kalera. Se dio cuenta de que ella lo estaba mirando de reojo—. No te preocupes, Kalera. Conozco muy bien la diferencia entre una muñeca Barbie y una verdadera mujer.

—Vaya, me alegro.

Duncan sonrió con ironía.

—Las Barbies sólo sirven para jugar, las mujeres de verdad son para amarlas.

¿Como Terri Prior? ¿Era esa su definición de una verdadera

mujer?, se preguntó Kalera. Desde luego, su amor había sido lo bastante serio como para romper un matrimonio, a pesar de que no hubiera sido lo bastante fuerte como para dar pie a otro.

Quizás lo que hubiera ocurrido era que la excitación provenía exclusivamente de una relación prohibida y secreta, o puede que la culpa supusiera una carga tan pesada que les resultaba imposible comenzar una vida juntos. O puede que Duncan fuera tan reacio al compromiso que la falta de compromiso era la cualidad que para él definía principalmente a una «verdadera mujer».

—¡Maldita sea, cómo pica!

El ácido de la cebolla hacía que le saltaran las lágrimas y Duncan tuvo que limpiarse los ojos con el borde de la camiseta. Kalera entrevió una franja de su musculoso abdomen dividido en dos por una pequeña hilera de vello sedoso y rizado que ascendía desde el botón de sus vaqueros.

—Si te frotas es peor, lo mejor es que dejes que salgan las, lágrimas —le aconsejó Kalera, tratando de no volver a mirar su precioso estómago.

—He de decirte que eres la única mujer capaz de hacerme esto —dijo él, dejando caer la camiseta y parpadeando furiosamente para aclarar la visión.

—¿Que cortes una cebolla?

Duncan la miró. Tenía los ojos enrojecidos.

—Hacerme llorar.

En el silencio que siguió, el chisporroteo del aceite en la sartén fue muy bien recibido. Kalera, apartando los ojos, echó las verduras cortadas y las sazonó a su gusto. Cuando vio que empezaban a dorarse, añadió la pasta, ya cocida, el tiempo suficiente para que se calentara y luego el queso parmesano que guardaba en el congelador. El vapor que despedía la sartén se sumó al calor causado por la ropa incómoda que llevaba, de modo que decidió desabrocharse dos botones de la blusa.

Como había decidido tomarse aquella cena del modo más informal posible, se quedaron en la cocina. Tras unos minutos, Kalera se dio cuenta de que comenzaba a perder la batalla contra la creciente tensión que gradualmente iba sofocando la conversación. Tenia la vista concentrada en su plato, pero era consciente de cada uno de los movimientos de Duncan, de los bocados que tomaba, de

cómo movía las piernas debajo de la mesa, de cómo bebía.

—¡Esto está delicioso! —dijo Duncan, y ella se vio obligada a mirarlo para darle las gracias por el cumplido. Vio cómo se metía el tenedor en la boca y el movimiento de su boca mientras saboreaba la comida. Masticaba muy despacio, como si aquella acción puramente biomecánica fuera un acto lleno de sensualidad. Luego, cuando se llevó el vaso de agua a los labios para tragar con más facilidad la comida, a Kalera le dieron ganas de inclinarse y lamer las gotas que resbalaron por sus labios.

Nerviosa, se sonrojó al ver que caía sobre el plato una concha de pasta que ya casi tenía en la boca, salpicándole el brazo con la salsa de queso. Sin pensar en lo que hacía, se lo limpió con el dedo y se llevó éste a la boca, una falta de educación que ni siquiera podía soñar con cometer cuando comía con Stephen.

Miró a Duncan y se quedó helada, con el dedo todavía en la boca. Su expresión se concentraba en ella, y sus pupilas parecían dilatadas, como presa de la excitación. Cuando Kalera se quitó el dedo de la boca, separó los labios y pasó la lengua por su parte interior, en un gesto instintivo. Kalera supo que, como ella, estaba reviviendo lo que había sucedido en su despacho.

—Sabes de una manera única e inolvidable —dijo, con voz profunda, indicando que tal vez sus pensamientos iban algo más lejos en su pasado. Sus ojos descendieron para posarse sobre el escote de Kalera y ella sintió que una gota de sudor comenzaba a formarse entre sus pechos—. Algunas veces cuando me levanto, lo recuerdo tan vividamente que me doy la vuelta esperando que estés a mi lado, húmeda y pegajosa, como aquel día…

A Kalera le palpitaba la sangre, como si luchara por su libertad, pero el sonido del teléfono ahogó su respuesta antes de ni siquiera llegar a formularla. Salió corriendo para contestar.

Duncan ocultó el rostro entre las manos en un gesto de frustración. Maldijo la llamada, casi la había conseguido. Ahora ella tendría tiempo de levantar sus defensas y estaría más alerta a sus ataques que nunca.

Se preparó para lo peor, pero aun así el golpe fue muy doloroso, cuando ella volvió al cabo de unos minutos, pálida y mordiéndose el labio.

—Stephen —adivinó, con la voz teñida de frialdad. Era el único

modo de controlar sus emociones—. Ya te dije que llamaría. ¿Le has dicho que estábamos cenando?

Kalera negó con la cabeza mientras recogía su plato para llevarlo a la pila.

—Será mejor que te vayas.

Duncan apretó los puños, y no pudo evitar una mirada llena de hostilidad, que Kalera no vio, porque estaba de espaldas.

—Todavía no he terminado.

Kalera dio media vuelta.

—Vete, por favor.

—¿Te lo ha dicho él? ¿Se ha enfadado porque me hayas invitado? ¿Te ha amenazado con venir para asegurarse de que me había ido?

—¡No! —exclamó Kalera, provocada por la furia que advertía en él—. ¡Por Dios Santo, ni siquiera le he dicho que estabas aquí!

Se llevó las manos a la cara, que le ardía. Duncan se levantó de un salto.

—Y ahora temes lo que pueda ocurrir si se entera —dijo, suavizando el tono de su voz al ir acercándose a Kalera.

Sus palabras, sin embargo, sólo sirvieron para echar más sal a la herida de Kalera.

—No no se trata de eso…

Trató de apartarse, pero Duncan llegó a su lado y la sujetó por un hombro, apoyándose en ella.

—Ni siquiera sé por qué lo hice —dijo ella tristemente.

Duncan la obligó a levantar la barbilla.

—Sí que lo sabes —dijo, con tanta seguridad que sus palabras brillaron en la conciencia de Kalera como un hierro candente.

—Sólo estábamos cenando —dijo ella.

—Un hombre y una mujer disfrutando de su compañía, inocentemente —dijo él. Tenía el don de que la frase más inocua pareciera llena de malicia. Apretó con el pulgar el pequeño hoyuelo de su barbilla—. Sólo que no era del todo inocente, ¿verdad, Kalera?

—No estábamos haciendo nada —dijo ella.

—Pero lo deseábamos —murmuró Duncan, tomando en su mano la mejilla de ella—. Queríamos hacer esto… —recorrió con el pulgar la boca abierta de Kalera, humedeciéndolo en la parte

interior de los labios—. Y esto —dijo, e inclinó la cabeza para besarla, primero en los labios, y luego deslizando la lengua entre ellos—. Y por encima de todo, queríamos hacer esto…

La fuerza de su tercer beso hizo que ella se echara hacia atrás, mientras él, sin dejar de besarla, recorría su garganta con la mano, que fue descendiendo por su piel hasta rodear uno de sus pechos. Kalera abrió los ojos, impulsada por el resorte de una repentina excitación. Bajo el algodón de su blusa, el fino tejido del sujetador no era más que una frágil barrera que no podía ocultar su endurecido pezón que Duncan tocó con el pulgar. Le mordió el labio con los dientes, ligeramente, y la tomó por la cintura con el otro brazo, atrayéndola hacia sí, metiendo luego esa mano bajo la falda, buscando la suave piel con dedos urgentes.

Abrumada por aquella tormenta de repentinas sensaciones, Kalera renunció a toda resistencia y se dejó caer en brazos del placer. Metió las manos bajo la camiseta de Duncan para acariciar la piel que ya la había tentado y ascender luego hasta su musculoso pecho.

Duncan gimió al sentir sus dedos, que acariciaron sus pequeños pezones, pero el sonido que surgía de su garganta se ahogó al fundirse sus labios con los de Kalera. La elevó en el aire, de manera que los centros de sus cuerpos quedaron a la misma altura y ella pudo sentir un bulto en sus pantalones que se apretaba contra su pelvis. Kalera se dio cuenta de que la echaba hacia atrás, todo esto sin que sus bocas se separaran ni un instante, y abrió los ojos al notar un tacto metálico en la espalda. La había apoyado contra el refrigerador para poder acariciarla mejor.

Al tener los ojos abiertos y ver el rostro de Duncan, que con los ojos cerrados se cernía sobre ella, sin dejar de besarla, llegó a intuir la locura que estaba cometiendo, pero luego sintió las manos de él desabotonándole la blusa. ¿Por qué preocuparse?, se dijo. La fragancia de sus cuerpos la hechizaba y se le subía a la cabeza como si fuera vino, de modo que cuando Duncan interrumpió su beso interminable para maldecir un botón que se le resistía, no pudo evitar una risita.

Excitado por el atractivo sonido de su voz, Duncan perdió la paciencia y abrió la blusa de un tirón, posando las manos sobre las copas del sujetador y tirando de ellas hacia abajo para dejar al

descubierto los rosados pezones de Kalera.

Agachó la cabeza y los besó. Kalera echó la cabeza hacia atrás y lo agarró por los hombros.

—Cuando te chupaba el dedo —dijo él entre suspiros—, me imaginaba que te besaba como ahora te beso —dijo, contemplando el delicado temblor de sus pechos. Sopló sobre los pezones y estos reaccionaron al instante—. Recuerdo cuánto te gustó que jugara con ellos, cómo te inclinaste sobre mí y me los metiste en la boca como si fueran cerezas…

Kalera se estremeció.

—Por favor…

—Por favor qué —dijo él, rodeando los pechos con las manos, apoyando los pulgares en los pezones y arrodillándose—. ¿Que te complazca, que haga todo lo que quieras? Claro que lo haré, es mi misión en la vida, cariño —dijo, mientras la sumergía en un fuego húmedo que le derretía la piel y le hacía crujir los huesos.

Perdida en un mundo camal donde todo estaba subordinado a las caricias de su boca, Kalera llegó a la máxima excitación con sorprendente rapidez. De repente la dolorosa —delicia que estaba experimentando se vio impelida por la urgencia y comenzó a frotar las caderas contra el pecho de Duncan.

Duncan colocó las manos en sus incansables caderas y la apoyó contra el frigorífico antes de volver a ponerse de pie—

—Oh, no —gruñó, dejándola sentir el bulto de su excitación—. Esta vez no, esta vez no tengo que reprimirme. Esta vez, cuando tengas el orgasmo, quiero estar dentro de ti.

«Esta vez». La frase resonaba en la cabeza de Kalera, despertando en ella un pánico dormido. Pero él siguió hablando.

—Esta vez haremos el amor como iguales, y nos llamaremos por nuestros nombres, Kalera y Duncan. Esta vez ningún fantasma se unirá a nosotros…

Fantasma. Hablaba como si hubiera sido el espíritu de Harry lo único que se había interpuesto entre ellos para que no mantuvieran una relación amorosa. Y sin embargo, estaba equivocado, muy equivocado, porque había muchos, muchísimos motivos que impedían que tuvieran una relación, y el primero de ellos, desde luego, no era ningún fantasma…

Como si hubiera invocado su nombre, el teléfono comenzó a

sonar. Kalera giró la cabeza y Duncan golpeó el refrigerador.

—¡No, maldita sea! ¡No contestes!

—Tengo que ir… —dijo ella, y apresuradamente, volvió a ponerse el sujetador y se abrochó la blusa.

—No, no tienes por qué.

Con cada sonido, el timbre parecía más fuerte.

—Pero puede que sea importante —protestó ella, tratando de escapar del abrazo de Duncan.

Pero éste no la dejaba escapar.

—Es otra vez Prior, ¿verdad? —preguntó, mirándola a los ojos —. Sabes que es él. ¿Siempre te llama dos veces cuando sabe que estás despierta?

¿Cómo podía ella haber olvidado aquella costumbre de Stephen? ¡Porque cuando Duncan la besaba, ella se olvidaba de todo!

—Si se ha olvidado de decirme algo…

—Y para asegurarse de que no has vuelto a salir —dijo Duncan con frialdad.

Era cierto que los motivos de que Stephen volviera a llamarla carecían por lo general de importancia y que nunca hablaban durante mucho rato, pero ella prefería pensar que se debía a un exceso de afecto, a que quería volver a escuchar el sonido de su voz.

—Estoy segura de que no es por eso por lo que…

—Claro que lo es. Te está probando, Kalera. Quiere controlarte y tú le dejas. Estoy seguro de que si fuera yo el que te llamara, no tardarías mucho en mandarme al cuerno.

¿Cuánto tiempo iba a continuar sonando aquel maldito teléfono?

—Pero tú no eres mi prometido —replicó ella—. Simplemente, trabajo para ti…

—¿Simplemente? ¿Simplemente? Vaya, me parece que trabajar para mí no es simplemente lo que haces por mí, Kalera..

Kalera tragó saliva.

—Escucha. Sabe que estoy en casa, si no contesto, mañana me preguntará por qué.

—Puedes decirle que estabas en la ducha.

—No suelo ducharme por las noches.

—Lo hiciste la noche que estuviste en mi casa. Cuando viniste a mi cama, olías a recién duchada. Durante las semanas siguientes, cada vez que me duchaba, me frotaba con la misma pastilla de

jabón que tú utilizaste..

—¡Déjalo! Por favor, déjalo. ¡Y deja que vaya a contestar el maldito teléfono!

Los ojos de Duncan brillaron de satisfacción al ser testigo de aquella demostración de carácter.

—Puede que Steve no sea feliz hasta que confirmo sus sospechas. Puede que imagine que si llama lo bastante, podrá aplicar la ley de probabilidades para sorprenderte una noche en que tu amante, accidentalmente, conteste al teléfono —dijo y se apartó de Kalera—. Puede que sea yo quien tenga que contestar para que se quede tranquilo de una vez —dijo, y se dirigió a la puerta.

Tras un momento de pánico, Kalera reaccionó.

—¡No!

Lo agarró por la camiseta y no lo soltó. No sabía si hablaba en serio o sólo esgrimía aquella amenaza para atormentarla. Al cabo de unos segundos de tirar con todas sus fuerzas de aquella camiseta, se dio cuenta de que el teléfono había dejado de sonar.

Con un suspiro de alivio, lo soltó y Duncan retrocedió. La implacable luz de la cocina fue testigo de su furia.

—Que te sirva de lección —dijo—. Si te sientes culpable ahora, espera a que te presione de verdad. ¡Acabarás pidiéndole perdón por respirar sin su permiso!

Kalera suspiró, furiosa con Duncan por manipular sus opiniones para demostrarle algo.

—Cuando estemos casados, será distinto.

—¡Y un cuerno! —exclamó Duncan, presa de una rabia incontenible—. ¡Después de lo que acaba de suceder entre nosotros, tienes que acabar con esa farsa de compromiso!

Aquellas palabras confirmaban su sospecha de que lo que para ella sólo había sido una espontánea pérdida de control, para Duncan había sido un asalto cuidadosamente planeado y ejecutado. La habían probado y ella había fracasado miserablemente. Pero eso no significaba que debiera ceder y dejar que la pasión gobernara su vida. Abandonar los sueños de su infancia por los frágiles placeres del momento sólo podía ser el mayor de los fracasos.

—No sé por qué —dijo, desafiante.

—¡Porque no lo quieres, maldita sea, por eso!

—Eso no es más que tu opinión.

—No es una opinión, es un hecho evidente. Dime, ¿habrías reaccionado así conmigo si yo hubiera aparecido cuando estabas comprometida con Harry?

Kalera se puso pálida y luego se sonrojó.

—Dejemos a Harry al margen —dijo, presa del desprecio. Por fin se había dado cuenta, cada vez que Duncan pretendía que ella hiciera algo que iba en contra de lo que quería, invocaba al espíritu de Harry con el fin de ablandarla y valerse de sus sentimientos para distraería del tema que estaba tratando.

—No, no lo vamos a dejar al margen —replicó él—. Dejaste de fijarte en otros hombres cuando encontraste a Harry. Yo no tuve la menor oportunidad cuando él vivía, pero con Stephen es distinto. Sea lo que sea lo que sientes por él, es evidente que no te atrae sexualmente. Si lo hiciera no te estarías valiendo de mí para tener orgasmos…

Kalera le soltó una bofetada, con tal fuerza que hizo que Duncan girase la cabeza. La única intención de Kalera era hacer que se tragase sus insultantes palabras. Cuando él se recobró de la sorpresa, ella estaba junto a la puerta, que tenía completamente abierta.

—¡Vete!

Duncan se acercó a ella muy despacio, palpándose la mandíbula dolorida.

—¿Sabe Steve cómo pegas, o soy yo el único que provoca esos ataques de pasión?

Ella sabía que era un comentario hecho a ciegas, sin calcular las consecuencias, pero resultaba bastante eficaz. Gracias a Dios era viernes y tenía dos días por delante para contemplar aquel humillante episodio desde la perspectiva apropiada.

—¡Vete! —dijo, señalando la oscuridad, e inmediatamente se arrepintió de aquel gesto tan dramático al ver que una irreprimible chispa de humor surgía en la profunda mirada de Duncan.

—Te pones tan guapa cuando te enfadas. Como un hada surgiendo de una noche llena de estrellas. ¿Me vas a echar de tu casa más a menudo?

Kalera se mordió los dientes.

—No me tientes.

—¿Por qué? ¿Temes que no puedas volver a resistir… otra vez?

—Si quieres verme en la oficina el lunes, no digas ni una palabra más —dijo ella, destilando veneno con cada una de sus palabras.

Duncan echó los brazos al cielo.

—De acuerdo, de acuerdo, me voy —dijo y descendió lentamente los escalones, girándose al llegar al último, incapaz de resistirse a decir la última palabra—. Buenas noches, cariño —dijo con una voz profunda y agradable desde la oscuridad de la noche—. Si me necesitas, con urgencia, ya sabes dónde encontrarme, sólo tienes que marcar un «4». Ya he visto que el pobre Prior sólo está de momento en el «9».

«Tendría que haberío imaginado», se dijo Kalera. «De manera que su oferta de ventilar la casa mientras yo revisaba el correo no era tan generosa como yo pensaba.»

—Eso es porque Harry te metió en el codificador del demonio y yo no tengo ni idea de cómo funciona ese cacharro —dijo, mientras él se alejaba—. Te borraría si fuera capaz de encontrar las instrucciones.

Cerró de un portazo y momentos después oyó el potente motor del Ferrari.

¿Por qué permitía que la provocara de aquel modo? Nunca había conseguido afectarla ni lo más mínimo y ahora parecía que no podía librarse de él, ni de su pensamiento. Gracias a Dios era de noche, si no, todo el barrio se habría quedado de piedra al ver a la viuda del 43 gritando como una amante despechada al apuesto demonio moreno del deportivo rojo, mientras que ella estaba prometida con el simpático rubio…

Ah, sin duda, las habladurías se habrían extendido como la pólvora, distorsionando los hechos mientras estos pasaban de boca en boca entre una reunión para tomar el té y la siguiente.

Sí, tal vez lo mejor sería mencionarle a Stephen la visita de Duncan, no fuera a ser que la oyera luego de una fuente poco fidedigna.

Capítulo 8

Kalera esperaba pasar una mala noche, maldiciéndose a sí misma por su incalificable debilidad, pero, para su sorpresa, se quedó dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada. A la mañana siguiente se levantó sintiéndose extraordinariamente bien y llena de energía.

Había planeado pasar el día limpiando y escogiendo con calma las cosas que iba a llevarse cuando se fuera a vivir con Stephen, ya que no quería hacer el traslado con prisas.

Como sea que sus humildes muebles no quedarían muy bien en la elegante casa de Stephen, sólo tendría que empaquetar sus cosas personales. Sin embargo, había un montón de libros, papeles y recuerdos de la época de su matrimonio con Harry que quería examinar antes de decidir si se los llevaba consigo o los dejaba en un guardamuebles.

Harry había sido muy aficionado a los puzzles, por lo que había un montón almacenados en el armario del cuarto de invitados. Habían pasado muy buenos ratos con ellos, aunque dudaba que Stephen encontrara divertido un entretenimiento tan simple, se le ocurrió que Michael era ya lo suficientemente mayor como para empezar con los más sencillos. Stephen no le había contado muchas cosas acerca del carácter de su hijo, pero sí sabía que era un niño muy listo y que leía mucho mejor de lo que le correspondería por su edad. Ayudarle a hacer los puzzles sería una buena forma de empezar a conocerse mejor, pensó Kalera.

Hacia el final de la mañana había terminado con la peor parte de la tarea: no sólo había ordenado los armarios, sino que también

había seleccionado los papeles importantes y apartado algunos puzzles que pensaba donar al Hogar del Jubilado. Decidió que después de comer emprendería la desagradable tarea de limpiar los cristales. La última vez que Stephen fue a visitarla, se había dado cuenta de que se sentía un poco molesto por lo sucios que estaban; a decir verdad, había estado tan atareada en el trabajo desde que anunció su marcha que lo último de lo que tenía ganas al volver a casa era de ponerse a fregar.

Cuando estaba pensando qué prepararse para comer, llamó Stephen para preguntarle a qué hora le venía mejor que pasara a buscarla para llevarla con él a la cena benéfica y al concierto a los que les habían invitado. Ella le comentó su idea de llevarle los puzzles a Michael, pero se quedó muy decepcionada al ver que él se mostraba tan evasivo como de costumbre cuando hablaba de su hijo.

—Como su madre se niega a aceptar el hecho de que voy a casarme de nuevo, creo que está poniendo al chico en mi contra. Preferiría no confundirle más…

Siempre se refería a Michael como «el chico», cosa que a Kalera le dolía mucho. Quizá fuera esa su forma de distanciarse del dolor que le producía saber que su hijo ya no formaba parte de su vida cotidiana.

—Por cierto, cambiando de tema —continuó Stephen, más animado—; te llamé ayer por la noche y no estabas.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y Kalera se levantó para abrir con el inalámbrico en la mano.

—Ya sé que Royal te está haciendo trabajar como una esclava, pero no creo que te quedaras dormida tan pronto, ¿no? Cuando te llamé la primera vez me dijiste que estabas acabando de cenar…

Mientras abría el cerrojo, Kalera se dijo que era perfectamente natural que le hiciera aquella pregunta, que ella en su lugar sentiría la misma curiosidad… entonces, ¿por qué le costaba tanto contestar?

Antes de dormirse había decidido que, llegado el caso, le contaría una versión bastante libre de la visita de Duncan, pero, llegado el momento, no se atrevió a hacerlo.

—Supongo que fue cuando estaba en la ducha —dijo justo cuando abría la puerta. Para su horror se encontró con el

mismísimo Duncan Royal, sonriendo de oreja a oreja.

Enrojeció hasta la raíz del pelo cuando él la saludó en voz muy baja, lo que le dio a entender que había oído, y entendido, perfectamente lo que acababa de decirle a Stephen

—Pues lo dejé sonar bastante rato —dijo su prometido mientras ella hacía ímprobos esfuerzos por cerrar la puerta. Demasiado tarde: por la puerta entreabierta asomaba la puntera de una bota de piel de cocodrilo hecha a mano.

—Er… Me estaba lavando el pelo —mintió—; ya sabes que siempre tardo muchísimo.

Se puso a un lado de la puerta con el fin de impedirle a Duncan el paso.

—¿Estás bien? Te noto un poco rara.

—Es que están llamando a la puerta: será mejor que salga a abrir. Supongo que será un vendedor de esos pesados —dijo, dirigiéndose directamente a Duncan—. Sí, Stephen, sí, tendré cuidado. Adiós, adiós…

—Has sido un poco cortante con él —dijo el intruso en cuanto ella hubo colgado—. ¿Te habrá creído?

Kalera se quedó plantada delante de él con los brazos en jarras.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Llevaba unos vaqueros blancos y un chaleco multicolor sobre una camisa de algodón blanca sin cuello: ante aquella combinación tan atrevida el sencillo atuendo de Kalera —unos pantalones azules y un suéter rosa— parecía muy soso. Algo, en realidad, a lo que ya estaba acostumbrada.

La novedad, sin embargo, fue la forma en que empezó a latirle el corazón en cuanto lo vio aparecer, no debido a la aprensión, sino anticipando otra de sus tormentosas disputas.

Duncan sacó el pie de la puerta y, cuando se dio cuenta de que Kalera no pensaba echarlo con cajas destempladas, adoptó cierta gravedad en la expresión.

—He venido a disculparme por mi comportamiento de anoche —dijo, muy tranquilo—. Perdí los nervios y dije cosas que no debía haber dicho, tenías todo el derecho a despreciarme por eso. Abusé de tu hospitalidad y mancillé un precioso recuerdo, lleno de dulce pasión, echándotelo en cara como un insulto. Mi única explicación, y sé que no me sirve como excusa, es que estaba poseído por unos

sentimientos demasiado sinceros y demasiado intensos como para que pudiera controlarme…Espero que puedas perdonarme y me des otra oportunidad. No quiero perder tu amistad…

Kalera, que seguía pensando en aquel precioso recuerdo de dulce pasión, se vio atrapada por aquellas palabras. Generalmente no confiaba en la sinceridad de un Duncan tierno y humilde, y, sin embargo, lo conocía lo bastante bien como para saber que en aquella ocasión sí estaba siendo sincero. Era una sinceridad que le llegaba al corazón, a pesar de que sabía que no se estaba disculpando por 1 sus actos, sino tan sólo por sus palabras.

Se cruzó de brazos. Había perdonado tantas veces sus accesos de temperamento, que quizás él tenía razón al pensar que le bastaba con pedirlo para que lo perdonara.

—Pensaré en ello.

Duncan volvió a meter la puntera de la bota en el vano de la puerta.

—¿Qué te parece si entramos y lo hablamos? A Kalera le entró un extraño pánico. —Iba a salir.

Duncan agachó la mirada y no pudo evitar una sonrisa al ver que Kalera iba descalza, y con las uñas pintadas de rosa.

—¿Así?

—Estaba a punto de e cuando sonó el teléfono.

—¿Adónde vas? ¿De compras? —insistió él, a pesar de que sabía que Kalera estaba inventando una excusa.

—¿Por?

Duncan se encogió de hombros.

—Por ir contigo y hablar.

—No, no podemos hablar. Voy a casa de mis padres… a comer —dijo Kalera, sorprendida de su capacidad para mentir.

—Ah —dijo Duncan, apartando la vista de ella—. Me acuerdo de ellos. Los saludé en el funeral de Harry. Si quieres te llevo. ¿Dónde viven?

—No muy lejos. —No quería darle la dirección, sabía que era capaz de presentarse allí por su cuenta—. Pero prefiero ir en mi coche. Mira, si no me voy ya, voy a llegar tarde

—dijo, Kalera, consultando el reloj.

Duncan se apoyó en el marco de la puerta.

—Está bien. Te espero mientras te calzas.

—¿Me esperas? ¿Para qué? —dijo Kalera, cada vez más inquieta.

—Mi madre me enseñó que un caballero siempre debe acompañar a una dama a su coche. Anda, ve a calzarte, te prometo no colarme en cuanto me des la espalda.

Si sospechaba que estaba mintiendo, desde luego la había atrapado, pensó Kalera. Lo único que podía hacer era seguir con el juego e interpretar el papel de devota hija, dijo, mientras buscaba en el bolso las llaves de su coche.

Duncan le ofreció el codo y sonrió al ver que ella desdeñaba su oferta. Ni siquiera Stephen era tan puntilloso como para insistir en acompañarla a su coche, en plena luz del día, cuando tenía que salir.

No tenía garaje y su Toyota estaba aparcado bajo un porche. Al acercarse al coche, se dio cuenta de por qué Duncan había puesto tanto interés en esperarla. Una de las ruedas de atrás estaba pinchada. No dijo nada, esperaba acontecimientos. Sin embargo, al rodear el coche, vio que también la otra rueda estaba pinchada, de manera que de poco servía la única rueda de repuesto que llevaba el coche.

—Mala suerte —dijo Duncan agachándose para examinar los neumáticos—. ¿Has pasado por algún sitio donde hubiera clavos o cristales rotos?

Kalera se fijó en el blanco trasero de su jefe y le dieron tentaciones de darle un buen puntapié.

—¿Tan estúpida te parezco? —estalló—. ¡Voy a decirte lo que creo! ¡Creo que necesitas de un buen psiquiatra que te cure de tu complejo napoleónico, eso es lo que creo! Creo que eres la persona más egoísta que conozco, capaz de matar a tu propia madre con tal de conseguir lo que te propones.

Duncan se levantó, pero ella siguió amonestándole, dándole con el índice golpecitos en el pecho.

—¿Creías que te iba a salir bien un truco tan bajo como éste? Estoy harta de tus patéticos juegos, de tus sórdidos intentos de manipulación. Y esto, este comportamiento infantiloide, es la gota que colma el vaso…

—Esto… Señora Martin… Kalera.

Kalera, en medio de su ataque, dio media vuelta. Por la acera aparecía su vecina, con sus dos hijos, de ocho años y de rostro

angelical.

—Perdón por la interrupción… —dijo la mujer, y suspiró—. Bueno, supongo que se imagina por qué estoy aquí… Jeremy, Shane —les dijo a sus hijos, dándoles una enérgica palmada en la espalda al ver que no decían nada.

Kalera trató de sonreír. Le encantaban los niños, se llevaba muy bien con todos los del barrio y aquellos dos no eran una excepción.

—¿Qué ocurre, niños?

—Te pedimos perdón por haber desinflado las ruedas de tu coche —dijeron al unísono los querubines de sonrosadas mejillas.

Kalera se quedó de piedra.

—Sólo lo han hecho por imitar a algún personaje de la televisión, creo que ni siquiera se daban cuenta de que estaban haciendo algo malo —se apresuró a decir su madre, malinterpretando la perpleja mirada de Kalera—. Nada más levantarse, se han puesto a jugar a policías y ladrones y yo estaba tan contenta de que nos dejaran dormir a mi marido y a mí, que no me he preocupado por lo que hacían. Han ido desinflando ruedas a todo lo largo de la calle. ¡Cuando me lo han contado…! En fin… Lo lamento mucho.

—Sólo son unos niños —intervino Duncan, al ver que Kalera no decía palabra.

—Lo siento muchísimo —repitió la mujer, agradeciendo la sonrisa comprensiva de Duncan—. Don ha ido a comprar un inflador y en cuanto vuelva vendrá a inflar las ruedas de su coche. Y de todos los demás.

Cuando el trío se encaminaba hacia su siguiente confesión, Duncan miró a Kalera con una sonrisa maliciosa.

—¿Decías…?

—No me vengas ahora con historias. Según te has estado comportando últimamente, no puedes culparme por pensar que habías sido tú.

—Bueno, tenías razón. Ha sido algo infantil —dijo Duncan, con una indulgencia que sólo consiguió que ella se sintiera más culpable todavía al recordar sus acusaciones.

—Supongo que estarás esperando que me disculpe.

—Es como si hoy nos tocara hacerlo, ¿no? —dijo Duncan alegremente—. Pero no te preocupes, tendrás tiempo de pensar en

cómo hacerlo por el camino.

—¿Por el camino?

Duncan señaló su coche.

—Me parece que al final voy a tener que llevarte. No querrás decepcionar a tus padres.

Como quiera que Kalera llevaba decepcionando a sus padres toda su vida, primero debido a su timidez infantil, luego a su introspección al ser adolescente y finalmente con su terquedad de adulta, estaba acostumbrada a la sensación de no satisfacer sus deseos. Pero, sin saber por qué, en aquella ocasión se sentía tentada de aparecer en su casa, con Duncan, lo que tal vez encontrara su difícil aprobación.

—¿Sueños de Cristal? —repitió Duncan, leyendo el letrero en letras de color púrpura que colgaba sobre la desvencijada barandilla del descuidado edificio de madera, y volvió a fijarse en el número de la tienda, empotrada entre un comercio de antigüedades y un restaurante vegetariano. Una tienda dedicada, por lo que parecía al echar un primer vistazo al escaparate, a la venta de ropa ya pasada de moda, ropa hippie en su mayor parte—. ¿Es aquí donde viven tus padres?

A diferencia de la reacción de Stephen, al visitar por primera y última vez aquel lugar, Duncan no parecía sentir la menor aversión. Al contrario, parecía intrigado e interesado por todo cuanto veía. Se fijó en el piso de arriba, con una barandilla de madera tras la cual había macetas con las más diversas plantas y muchos adornos de cristal. Luego se fijó en los numerosos artículos de cristal que llenaban el escaparate del piso de abajo. También había collares, pulseras y adornos de los más diversos tipos, y en una esquina medicinas naturales, así como libros y carteles de temática New Age, de quiromancia y tarot.

—¿La tienda es suya y además viven en ella?

Gracias por traerme —dijo Kalera, bajándose del coche—, mis padres me llevarán de vuelta.

Duncan, ignorando sus palabras, salió de su McLaren a su vez.

—¿Tus padres tienen un estilo de vida… alternativo? —dijo, y se dirigió al escaparate—. ¡Me gusta!

Ni una manada de caballos salvajes le habría impedido entrar para explorar las abarrotadas estanterías de la tienda, ni un grupo

de elefantes lo habría alejado de allí cuando los padres de Kalera salieron de la parte trasera de la tienda para darles una calurosa bienvenida. Su madre, alta y morena, llevaba el cabello recogido en una larga trenza, y su padre, muy robusto y con barba muy poblada, lucía una larga y canosa coleta.

—¡Hija! Tendría que haberme imaginado que vendrías hoy… Las estrellas predecían que alguien muy cercano haría un viaje para verme —dijo Silver, la madre de Kalera, abriendo sus delgados brazos para recibir a su hija. Llevaba un largo vestido gris con cuentas plateadas.

—Sólo vivo a diez minutos de aquí, me parece que no se puede decir que haya hecho un viaje para veros —dijo Kalera, secamente, una vez que su madre la liberó de su sofocante abrazo—. Hola, Kris —saludó a su padre.

—¡Oh, siempre eres tan prosaica! La astrología no tiene en cuenta los pequeños detalles. Dile lo que te dije anoche, Kris, cuando leí las estrellas. Dije: me pregunto si eso significa que nuestra hija vendrá mañana. Y tú debes ser Duncan, el hombre de los ordenadores, ¿no es verdad? Kris y yo estuvimos hablando contigo en el funeral de Harry. ¿Has venido acompañando a Kalera o es que te interesan las curas mediante el cristal?

—He venido con Kalera —dijo Duncan—, pero no me importaría aprender algo acerca de ese tipo de curas —añadió, educadamente.

—¿Te refieres a cómo funcionan? —le dijo Kris.

Duncan no podría haber dicho nada mejor para romper el hielo y muy pronto los dos Donovan empezaron a hablar de la cuestión, no, sin embargo, sin discutir también sus distintos puntos de vista. Muy pronto, la conversación se trasladó a temas más personales y Kris comenzó a recordar la vida que habían llevado en una comuna, cuando Kalera aún vivía con ellos.

—Sentimos una gran añoranza por los viejos tiempos, ¿verdad, amor? —dijo Kris—. Nunca habíamos vivido en el mismo sitio tanto tiempo desde que nació Kalera. Pero la tienda sólo está alquilada, así que podemos plegar velas cuando queramos, cargar toda la mercancía en una caravana y viajar por las ferias unos cuantos años.

—¡Qué buena idea!

Kalera imaginó la posible reacción de Stephen, obligado a visitar

a sus padres en una caravana, y le entraron escalofríos. Siempre se había mostrado educado con ellos, pero desde luego muy frío y sabía que se alegraba de que su relación con ellos fuera tan distante. Duncan, por su parte, se mostraba muy amable… tanto que Silver no tardó en proponer que cerrasen la tienda para ir a comer a un restaurante vegetariano que había a la vuelta de la esquina.

Una hora después, revolvía la ensalada con un tenedor, mientras su madre le decía que trabajaba para un hombre maravillosamente comprensible —el hombre en cuestión estaba saboreando un estofado de berenjenas mientras trataba de ocultar su satisfacción ante aquellas palabras.

Y fracasaba.

—Es tan receptivo a las nuevas ideas… Trabajar para él debe ser tan estimulante para una imaginación creativa —decía Silver—. Es una pena que te vayas.

Kalera dejó el tenedor sobre la mesa.

—Cuando empecé a trabajar en Labyrinth me dijiste que allí se ahogaría mi «pequeña voz interior» y que la radiación de los ordenadores apagaría mi aura —le recordó.

Silver era incansable.

—Sí, bueno, eso fue antes de conocer a Duncan dándole una palmada en el brazo.

—Pero sí sólo lo conoces desde hace una hora —insistió Kalera.

—Sí, pero me doy cuenta de que su aura es muy positiva —dijo Silver con una enorme sonrisa—. Kalera, te lo digo en serio, su karma es bueno… y es muy liberal —dijo, lo cual constituía su calificativo favorito—. Mucho mejor para ti que ese estirado de Stephen. Me acuerdo muy bien de que cuando lo trajiste estabas en tensión, temiendo que dijéramos algo que pudiera avergonzarte, y mírate ahora, feliz y contenta, y tan relajada…

Eso era porque sabía que no podía hacer nada, pensó Kalera, aunque estaba claro que no tenía por qué preocuparse por Duncan, que parecía aceptar de buen grado todas las excentricidades de sus padres. Éste, no obstante, había dejado de comer al oír el nombre de Stephen, concentrándose en las palabras de Silver

—Escucha, Silver…

—Ya sé, ya sé, no es asunto mío —dijo Silver, con un gesto de las manos—. Es tu vida, así que haz lo que te parezca… Pero

perdóname, Kalera, ese hombre es muy triste. Por lo menos Harry, aunque era demasiado tranquilote, tenía sentido del humor. Me parece que con Stephen no te vas a divertir mucho, Kalera, los dos sois demasiado serios. Supongo que es atractivo, pero tampoco lo imagino demasiado excitante en la cama, es demasiado inexpresivo ¿O me equivoco y el sexo es su gran atractivo?

Kalera se sonrojó.

—Silver —dijo con impaciencia—, me voy a casar con él…

—Antes deberías vivir con él… ver si quieres seguir con él cuando el sexo deje de ser lo más importante.

—Stephen no puede hacer eso, tiene que pensar en Michael.

—Pues por eso deberías vivir con él, así conocerías al chico. No sé que tiene de malo que sepa que te acuestas con su padre. Para los niños el sexo es una parte intrínseca de la vida siempre que lo trates de una manera abierta y normal, no como un secreto inconfesable. Tú nos viste a Kris y a mí con muchas parejas distintas y nunca te molestó.

Kalera, con grandes esfuerzos, se las arregló para que su rostro no traicionara sus pensamientos. Silver no se daba cuenta de hasta qué punto le había molestado aquella conducta, que en realidad nunca había llegado a entender, y menos cuando muchos de los amigos de sus padres también se habían acercado a ella buscando una relación sexual, incluso cuando ella estaba por debajo de la edad legal.

—¿Estás comprometida con Stephen y todavía no te ha presentado a Michael? —intervino Duncan—. ¿Y a qué está esperando, a que estéis casados y presentarte ante el niño como su madrastra?

—No, claro que no —dijo Kalera, que ya no sabía si no era eso lo que pretendía Stephen, aunque eso no lo hiciera tan insensible como Duncan quería sugerir—. Terri está poniendo las cosas muy difíciles negándose a que su padre vea solo a Michael, y Stephen no quiere que el niño se sienta presionado.

—¿Terri está poniendo las cosas difíciles? —espetó Duncan.

Kalera lo miró a los ojos. Cómo no iba a ponerse del lado de su amante.

Aunque afortunadamente su padre sacó otro tema de conversación que les distrajo, Kalera no pudo dejar de pensar en lo

que había dicho Duncan. Éste insistió en ser él quien la llevara a casa, oferta que, para su sorpresa, sus padres aceptaron encantados.

—Qué pareja tan interesante —comentó nada más emprender el camino de regreso—. Por lo que veo, creciste alejada de la civilización, criada por un par de hippies.

—Sí, ¿pasa algo? —contestó ella a la defensiva. Aunque no le gustara mucho la forma en que había transcurrido su infancia, no pensaba avergonzarse de sus padres.

—No, no… sólo que eso explica muchas cosas… Pero, ¿te gustaban? Como personas, me refiero…

—En general, se puede decir que sí —contestó Kalera con sinceridad—, pero repartían su afecto con tanta liberalidad entre los que les rodeaban que nunca me sentí especial, o muy querida por ellos. A veces creo incluso que pasaban bastante de mí… Ya has oído a Kris: cuando se aburren se marchan. A veces paso años sin verlos…

—Pues a mí me han gustado mucho… y creo que yo a ellos también, así que creo que somos mayoría: les gusto a tus padres, a la gente que trabaja en mi empresa, incluso a ti te gusto. Stephen es el único que no comparte la opinión general.

—¿No tendrá algo que ver con eso tu affaire con su mujer? —preguntó irónicamente Kalera.

—No me odia porque haya tenido un lío con ella, sino porque cree que lo tuve.

A Kalera le costó un poco entender las implicaciones de lo que Duncan acababa de decir.

—¿Acaso quieres decir que nunca estuviste liado con Terri? —preguntó atónita.

—Sí, claro que lo estuve —admitió Duncan desapasionadamente, sin dejar de mirar la carretera—. Los dos éramos jóvenes y sin compromiso, y estuvimos saliendo durante algún tiempo. Pero ya habíamos roto cuando se comprometió con Stephen: para mí era solamente la mujer de mi amigo, y nuestra relación era puramente amistosa. Me dio mucha pena que su matrimonio fracasara por culpa de los celos enfermizos de Stephen.

Sin embargo, pensó Kalera, sus sentimientos pudieron ser malinterpretados, no sólo por Stephen, sino también por Terri.

—Pero quizá tuviera motivos para mostrarse celoso —arguyó—.

Duncan se volvió hacia ella con una expresión hecha a partes iguales de amargura y resignación.

—Sí, había un motivo: ¡su propia obsesión! Siempre le ha gustado controlar a los demás, pero con Terri esa tendencia rayaba en lo patológico. Siempre quería saber dónde había estado y con quién, y no le hacía ninguna gracia que ella tuviera otros amigos o aficiones.

Kalera tragó saliva: aquello empezaba a sonarle muy familiar.

Duncan volvió a fijarse en la carretera.

—Y cuando, no pudo verificar ninguna de sus ridículas sospechas y Terri me pidió consejo y ayuda, me convirtió en el blanco preferido de su desconfianza.

Cuando el semáforo se puso en verde' aceleró con rabia y Kalera se hundió todavía más en su asiento.

—Destruyó nuestra amistad y destruyó su matrimonio, y todo por nada. Y ya hacia el final, Terri lo sorprendió leyendo su diario y abriendo su correo. Hasta la siguió con el coche y presentándose en su casa de improviso con la intención de sorprendernos. Ella le dejó porque ya no podía soportarlo más, pero también me culpó por eso. Terri le dijo que lo seguía queriendo, pero que no volvería con él si no se podía en manos de un psicólogo. En vez de ello, los salpicó a los dos con sus obsesiones pidiendo el divorcio. Ni siquiera ahora, que te tiene a ti, puede dejarla en paz…Tampoco admitirá su culpabilidad, o el hecho de que la sigue queriendo.

Se había detenido. Kalera, saliendo de la nube de confusión que se cernía sobre ella, se dio cuenta de que habían llegado a su casa. Pronto estaría a salvo del torbellino emocional que la convulsionaba en aquel momento, pensó. Se quitó el cinturón y buscó la manecilla de la puerta con mano temblorosa. Antes de que se bajara, Duncan la detuvo por el brazo.

—Abre los ojos, Kalera —le dijo, impaciente, casi furioso—. Está enfermo, y en lugar de tratar su enfermedad, trata de sustituir una obsesión por otra. Ya ha empezado a hacerlo, te está enseñando a que aceptes su intrusión en cada faceta de tu vida.

Kalera se debatía por encontrar una lógica entre sus desatados pensamientos.

—Tiene derecho a cierta intromisión, voy casarme con él.

Duncan resopló.

—Eso es lo que quiere que pienses. Sé que necesitas seguridad y que probablemente por eso te casas con él, pero lo que él tiene en mente es una prisión de máxima seguridad. Y con Stephen de poco sirve el buen comportamiento.

—Así que esto es sólo la advertencia de un amigo, ¿no? —dijo Kalera, desesperada por sanar sus heridas en privado—. Tú no sientes respecto a él ningún deseo de venganza por llamarte adúltero en público, ¿verdad?

En sus deseos por escapar, sabía que sus palabras daban la impresión de que no le había creído, pero lo había hecho. Al menos, pensaba que tenía razón en lo esencial, aunque probablemente, como siempre, exageraba los defectos para conseguir el mayor impacto emocional. Stephen era un hombre muy inteligente y dirigía un negocio complejo con gran éxito. Quizás tuviera algunos problemas emocionales, pero Duncan hablaba de él como si fuera un psicópata.

Duncan se maldijo, con rabia.

—Al decirte todo esto, rompo una promesa, pero sólo trato de que no cometas una estupidez.

Una promesa, pensó Kalera con un arrebato de celos, que probablemente le había hecho a Terri.

—Muchas gracias, pero prefiero hacer nuestros propios juicios basados en información de primera mano y no en opiniones de segunda mano —dijo, y por fin consiguió abrir la puerta. Quiso apartar a Duncan, y, éste, tras un momento de resistencia, la dejó.

—En ese caso —dijo él, no obstante, cuando ella ya estaba fuera y se alejaba—, ¿por qué no le preguntas por la verdadera razón de que no te deje ver a Michael? No es porque Terri no le deje, sino porque su retorcida mente lo ha convencido de que Michael no es su hijo, sino el mío. Y a no ser que alguien lo convenza de lo contrario, va a conseguir apartar a ese niño de su vida definitivamente.

Capítulo 9

Kalera se alisó nerviosamente los rígidos pliegues de su traje de tafetán de seda rojo, mientras observaba a la brillante multitud que había respondido a las invitaciones de Stephen. A muchas de aquellas personas no las había visto en su vida y dudaba mucho de que los reconociera en el caso de que volviera a verlos. Estaban reunidos en la sala de baile, decorada con pilares de mármol, cerca de la pista junto a la que había toda una orquesta. En uno de los lados de la sala había un espléndido bufé y en el otro altas puertas de vidrio que conducían al jardín.

Kalera había creído que estaba preparada para la tensión de su fiesta de compromiso, pero la experiencia le demostraba lo contrario. Y la razón principal eran las insidiosas dudas que llevaban atormentándole una semana, llenándola de una dolorosa incertidumbre acerca de su futuro.

Pero estaba orgullosa de que, a pesar de que Duncan seguía esforzándose por atemorizarla acerca de lo desastroso que podría ser su matrimonio con Stephen, ella no se había precipitado en nada. Tras la confrontación del último sábado, no había acudido a Stephen con una retahíla de furiosas e infundadas acusaciones, que era, obviamente, lo que Duncan esperaba que hiciera. Tampoco había hecho nada por suspender aquella fiesta a la que Stephen había dedicado tanto tiempo y energía. Fuera lo que fuera lo que Stephen había hecho en el pasado, no merecía un trato tan cruel.

Tal vez a Duncan le gustara enfrentarse a los problemas de una sola vez y solucionarlos definitivamente, pero ella no era así. Ella prefería retirarse en sí misma y examinar todos los puntos de vista cuidadosamente antes de decidir qué camino tomar. Muchas veces, al menos esa era su experiencia, los problemas se disolvían al

negarse a tomarlos seriamente y los temores se hacían fuertes cuando se les daba un poco de espacio.

Ojalá no fuera aquella una de esas veces.

—¿Más champán?

Kalera se sobresaltó, a punto de tirar el contenido de la copa que tenía en la mano.

—Oh, sí, por favor —dijo, y le ofreció su copa al elegante camarero con guantes blancos que se había acercado a ella—. Gracias —dijo, y se sonrojó ligeramente, al recordar que Stephen le había dicho que no era necesario darle continuamente las gracias al servicio. Bastaba con no prestarles atención y tomarse su excelente comportamiento como algo natural.

Volvió a la sala, disfrutando del momentáneo respiro que le ofrecía la barrera de flores de un carmesí tan intenso como el de su vestido. Sabía que su papel consistía en irse presentando a los amigos de Stephen, a los amigos y a aquellos que pertenecían a su mundo profesional, capaces de mezclar el placer con los negocios. Sin embargo, llevaba dos horas haciéndolo y le dolía la garganta de tanto hablar.

Casi sin excepción, los hombres vestían de etiqueta, casi todos de negro. Las mujeres, por el contrario, lucían una miríada de colores y estilos; no obstante, había en ellas una uniformidad que resultaba bastante deprimente. Bueno, quizás no hubiera tanta uniformidad, se dijo, recordando que Kris y Silver también se encontraban allí. Desde luego, su interpretación de «ropa de etiqueta» era de lo más libre; pero se alegraba por ellos, que parecían disfrutar discutiendo sus posturas revolucionarias con el stablishment local. La pobre Madeline casi se había desmayado al ver el elegante caftán azul con que había aparecido Kris, pero había ocultado sus pensamientos con una perfecta educación y mitigado la impresión que podría causar sus invitados presentándolos como excéntricos recalcitrantes. Kalera podría haberse sentido incómoda por la situación, pero en realidad sólo le había divertido. No podía librarse de la sensación de que era una mera espectadora en su fiesta de compromiso.

En el momento en que estaba dando un largo trago de champán, vio a Stephen entrar desde una de las terrazas mirando a ambos lados. Evidentemente, la estaba buscando. Estaría molesto de ver

que se había retirado durante unos minutos en vez de seguir presentándose a todos sus invitados, pero ella atemperaría su desaprobación. Tenía que aceptarla como lo que era… o renunciar a ella.

Se fijó en la alta y apuesta figura, que irradiaba un encanto infantil, disfrutando sin duda de ser el centro de atención de la fiesta. Sí, lo cierto era que Stephen tenía cierto aire infantil, un elemento narcisista que quizás ella había pasado por alto cegada al ver que disfrutaba de la seguridad de su afecto y reviviendo el gozo de ver que alguien la necesitaba. No obstante, a pesar de las advertencias de Duncan no sentía ninguna amenaza ante la excesiva actitud de Stephen. Irritante e incómoda quizás, pero no amenazante. Aunque, y esto era algo que había averiguado en sus últimos días de reflexión, eso tal vez fuera porque entre ellos no había aquella intensidad de emociones que pudiera generar tal amenaza. Quizás nunca existiría entre ellos tal intensidad. Igual que Kalera lo veía como un seguro refugio para las sensaciones que volvían a despertarse en ellos, ella era para él un bálsamo para su propia extremidad emocional.

Y Kalera había visto por sí misma, aquella misma mañana, la diferencia entre el Stephen que ella conocía y el que Duncan le había descrito.

Habían quedado en que ella iría a casa de Stephen a primera hora de la tarde para darse una ducha y ponerse en manos del peluquero de Madeline, que la peinaría y maquillaría. Pero Kalera, siguiendo un impulso irrefrenable, había llegado con un par de horas de antelación para darle su regalo a Stephen, por si más tarde no encontraban la intimidad necesaria para intercambiarse los regalos.

Así pues, antes de entrar en la finca, llegando en su coche, vio al trío que salía por la puerta principal. Presa del temor, avanzó un poco más y aparcó discretamente a la sombra de un enorme sauce, en la acera opuesta a la finca, agachándose para ver sin ser vista…

Desde allí vio al niño, vestido muy elegantemente con un polo verde y unos pantalones cortos de color caqui, que salía de casa junto a su padre. El niño era moreno y Stephen rubio, pero aparte de esa diferencia, incluso a la distancia en que ella se encontraba, era evidente que sus facciones eran muy parecidas y que el niño

tenía la misma constitución que su padre. Si ella había albergado alguna duda acerca de la paternidad del niño, en aquel momento se disipó.

Stephen levantó una mano y Kalera contuvo la respiración, pero en lugar de una palmada en el hombro o de una caricia en el pelo, lo que hizo Stephen fue estrechar la mano de su hijo. El chico parecía evidentemente decepcionado cuando descendieron por las escaleras hacia el BMW plateado aparcado sobre el camino de grava.

La mujer delgada y morena que había permanecido a dos metros de distancia de Michael y de Stephen, tiro la colilla al suelo y siguió al niño, pero con un movimiento impulsivo, dio media vuelta y se dirigió a Stephen con un torrente de palabras, acompañados de furiosos y violentos gestos con las manos.

Fuera lo que fuese lo que le había dicho, fue como una mecha para encender el temperamento de Stephen que le devolvió sus palabras con gestos rabiosos. Durante algunos minutos mantuvieron un violento intercambio de frases y gestos que terminó con Terri echando los brazos al cielo y dando media vuelta con expresión de disgusto. Pero en aquel momento, Stephen la tomó por una mano, la hizo girar y le dio un violento beso en la boca. Reducida al papel de espectadora secreta, Kalera sintió una gran vergüenza, al ver cómo sus cuerpos se debatían en una pasión hostil.

Sólo mucho después de que el BMW plateado desapareciera, Kalera se atrevió a entrar en la casa. Sorprendido por su temprana llegada, Stephen estuvo cortante, aunque se relajó en cuanto ella le dio los gemelos y el pasador de corbata de oro que le había comprado como regalo de compromiso. Ya más relajado, Stephen llegó a mencionar la visita de su ex-esposa.

—¿Y Michael? ¿También ha venido? —preguntó Kalera con gesto inocente.

—Sí, pero han estado poco tiempo. Terri sabía que nuestra fiesta de compromiso era hoy, así que ha insistido en que yo cumpliera hoy con mis deberes paternales. Sabía que no tendría tiempo de ocuparme del niño, sólo quería causar problemas.

—¿Y lo ha conseguido?

Stephen esbozó una sonrisa muy forzada.

—Sólo si nosotros empezamos a discutir por su culpa, y créeme

si te digo que toda discusión sobre Terri me resulta muy incómoda —dijo. Las mismas palabras que pronunciaba cuando ella trataba de hablar con él de aquel tema, aunque él le había dicho que no había razón, para que estuviera celosa—. Olvídate de Terri. Se supone que éste es nuestro día…

Cuando llegó el decorador encargado de los preparativos de la fiesta, mencionando algunos cambios de última hora que en realidad había pedido Madeline, Kalera se sintió no ya innecesaria sino como un estorbo. Stephen volvió a llevarla a su casa, aconsejándola que durmiera un poco para estar fresca y radiante aquella noche.

—Kalera —dijo Stephen, al encontrarla por fin detrás de las plantas—. ¿Qué haces aquí? Te he estado buscando.

—Bueno, pues aquí estoy —dijo ella, dejándose conducir al centro de la fiesta.

Una señora mayor la golpeó accidentalmente en el codo y le cayeron sobre el vestido algunas gotas de champán.

—Oh, no, espero que no queden marcas en la seda —murmuró con inquietud.

—Como no vas a volver a ponerte ese vestido, yo no me preocuparía demasiado por ello —dijo Stephen con aspereza. Kalera se mordió el labio, qué otra cosa podía hacer.

El vestido era otro de los malos presagios de aquella noche.

Aquella mañana, cuando se lo llevaron a su casa, guardado en una caja de cartón con la marca de uno de los diseñadores más conocidos, se quedó de piedra. Llegó acompañado de una nota:

> Sé que ya te habías comprado uno, pero vi éste y supe que estaba hecho para ti. No quiero que me des las gracias porque no es mi regalo de compromiso, pero, por favor, póntelo para mí esta noche, para que todos puedan apreciar la riqueza de tu belleza como yo…

Ella se había comprado un vestido azul de lentejuelas muy elegante, pensando además en que encajaba dentro del estilo elegante, pero discreto que a Stephen le gustaba.

Al ver aquel vestido de tafetán rojo, se dio cuenta de que, sin embargo, Stephen tenía una idea muy distinta de ella. Nunca había

vestido de rojo, pero aquel vestido, por encima de las rodillas y con un generoso escote, suponía un perfecto contraste con su rubia melena. Y —el detalle más romántico y atento— también le había enviado un par de zapatos a juego. Al probarse aquel conjunto, todas sus dudas sobre el compromiso se disiparon. El tacto de la seda era muy sensual, porque aquel modelo era muy sexy, además de lleno de clase. Bastaba ponérselo para sentir una exultante confianza en sí misma, de modo que no le costó mucho devolver el vestido azul a su armario.

Sin embargo, al descender las escaleras para presentarse ante algunos de los mejores amigos de Stephen, el rostro de este no fue precisamente de admiración.

—Creía que te ibas a poner un vestido largo —le murmuró él al oído en cuanto le fue posible.

—Pero supondrías que no me iba a resistir ante algo así —dijo ella, desconcertada—. Sobre todo después de leer tu nota.

—¿Qué nota? —dijo Stephen, que no podía evitar desviar la mirada hacia el generoso escote de Kalera—. Nunca te he visto con este color —dijo, arrimándose a ella para que nadie pudiera escuchar su conversación— ni con un escote que es casi indecente. ¿Qué diablos te ha hecho pensar que era lo apropiado?

Kalera se quedó atónita ante la violencia de aquellos comentarios, tan poco apropiados. del Stephen que ella conocía. Pero era otra cosa la que más la sorprendía.

—Oh, Dios mío —dijo—. ¿No me lo has mandado tú? —¿El vestido? No, no te lo he yo —dijo Stephen apretando los dientes—. ¿Quieres decir que te lo ha comprado otro?

—Me lo han traído esta mañana, con una nota sin firmar. Yo… bueno, era natural pensar que era un regalo tuyo —protestó Kalera, consciente de que eran el blanco de las miradas de los amigos de Stephen, que sin duda pensaban que estaban contemplando un dulce intercambio de frases románticas.

—¿Un vestido tan escandaloso y creías que te lo regalaba yo?

—¡No es escandaloso! Es de un disecador muy conocido —dijo, sin atreverse a mencionar los zapatos. Como tampoco mencionó a la única persona capaz de regalarle un conjunto así dejando que pensara que era un regalo de su prometido.

No obstante, a Stephen no le hizo falta tal mención.

—Tiene que ser del maldito Duncan —dijo con desprecio—. ¡No quiero que vuelvas a ponerte nada que te regale ese cerdo! ¡Tienes que subir a cambiarte!

—No puedo, no he traído otro. Además, tus amigos ya me han visto con éste.Y de todas formas, ¿qué importa? Nadie sabrá que…

—Yo lo sé.

Kalera no podía culparle por que se sintiera resentido. En realidad, a medida que transcurría la velada se sentía cada vez peor, porque muchas mujeres alababan la prenda, diciendo que le sentaba muy bien, llegando a preguntarle dónde lo había comprado.

Trató de limpiarse las gotas de champán que se habían derramado sobre él; brillaban sobre la seda como rayos bajo la luz de las arañas. Hielo y fuego, pensó. Dos elementos que podían anularse. El fuego podía derretir el hielo y el hielo apagar el fuego.

—Stephen, ¿estás seguro de que estamos haciendo lo correcto? —dijo, sin detenerse a reflexionar.

—Por amor de Dios, Kalera, ¿lo dices por el maldito vestido? —dijo él con aspereza—. Yo puedo comprarte cien como ése —dijo, y consultó el reloj—. Cuando acabe la próxima canción, haremos el anuncio formal —dijo, y sacó una cajita del bolsillo interior de la chaqueta para meterla en el exterior.

En aquel momento, se produjo un inesperado silencio en la sala. Kalera dio medía vuelta para ver qué ocurría.

. Duncan Royal estaba en la entrada de la sala, resplandeciente con un esmoquin con pajarita blanca y un chaleco bordado en dorado.

Pero no era Duncan el que causaba el silencio, sino la mujer que estaba a su lado, quizás más resplandeciente, con un vestido dorado de raso que se adhería perfectamente a su cuerpo escultural.

Era Terri.

Kalera sintió un arrebato de furia, seguido de unas violentas ganas de reír.

Stephen estaba atónito y boquiabierto, pero sólo durante unos instantes. Agarró a Kalera por la muñeca y la arrastró hacia la pareja. El champán de su copa se derramo sin remedio.

—¿Cómo demonios habéis entrado?

Duncan, mientras se aproximaban, no había apartado a vista de los ojos de Kalera. Su mirada era triunfal, no se concentró en sus

ojos, sino que recorrió su entero. Era la clase de mirada penetrante y llena deseo que conmovía su corazón con un delicioso temor

—Con esto —dijo, y mostró una invitación, que pareció sacarse de la manga, como un mago en uno de sus trucos. Stephen soltó a Kalera para arrebatarle la invitación, rompió en mil pedazos.

—Muy listo, pero es una falsificación.

Duncan se encogió de hombros.

—Pruébalo —dijo Duncan, con una sonrisa desafiante—. vamos, Stephen, como suele decirse, tenemos la tecnología necesaria. Hoy en día, se puede probar cualquier osa en un laboratorio… siempre, claro está, que queramos aprobar algo que pudiera echar por tierra nuestras especulaciones.

Sólo ellos cuatro reconocieron en aquellas palabras un velado desafío a demostrar la paternidad de Michael. Stephen ignoró a Duncan, acercándose a su ex-mujer. Kalera recordó lo que había visto aquella tarde.

—¿Cómo te atreves siquiera a pensar que puedes entrar salir de aquí cuando te plazca? —dijo, vibrante de furia—. no vives aquí, ¿recuerdas? ¿Cómo te atreves a traerlo í y hacemos una escena?

—Eres tú el que está haciendo una escena, cariño —dijo Terri—. Hola —dijo, dirigiéndose a Kalera con una sonsa—. Soy Terri, como habrás supuesto, y tú eres Kalera o, tendiendo una mano que Kalera estrechó—. ¿Nos s perdido el gran discurso de Stephen?

—Estábamos a punto de anunciar nuestro compromiso o Stephen entre dientes—. Pero tú no te vas a quedar para verlo. Tu comportamiento carece de la mínima educación.

Terri se encogió de hombros, Y su vestido ascendió y descendió como una cascada de oro.

—¿Qué puedo perder? —dijo, Y sacudió su melena—. ¿No vas a bailar conmigo?

Kalera estaba fascinada por la escena. Nunca habría esperado que Stephen demostrara tanto temperamento en público

—¡No!

—¿Ni siquiera por los viejos tiempos?

—Si quieres bailar por los viejos tiempos, ¿por qué no se lo pides a Royal?

Duncan, por primera vez desde que había entrado, apartó los ojos de Kalera.

—Prefiero evitar que tu prometida se sienta sola mientras vosotros dos recordáis los buenos tiempos con un vals.

—Tú cállate, cerdo, a no ser que estés buscando un puñetazo en la boca.

Terri le dio con el dedo en el pecho.

—Dios mío, Stephen, lo único que te estoy pidiendo es que te portes como un hombre civilizado. Ya has llamado la atención de todo el mundo, ¿qué quieres que vean ahora, un combate de boxeo?

Stephen sabía que no tenía elección, de manera que Kalera se vio muy pronto junto a Duncan, contemplando cómo bailaba su violento prometido con su resplandeciente ex-esposa.

—Sabe cómo manejarlo —dijo Duncan con admiración—. Ojalá él supiera hacerlo la mitad de bien… —se interrumpió para añadir —. Una pareja muy atractiva, ¿verdad?

Duncan se empeñaba en echar más sal a las heridas-Ex-pareja — le corrigió Kalera, con una mirada fulminante.

Duncan tomó la mano de ella que sostenía la copa y bebió de ésta, sin dejar de mirarla a los ojos.

Era probable que también los estuvieran mirando a ellos, de modo que Kalera hizo todo lo posible por no alterarse. Luego trató de escabullirse, pero él la siguió.

—Me alegro de que te hayas puesto tú regalo —dijo él, cuando ella, copándose con una columna, no pudo retroceder más—. Temía que resistieras la tentación y te enfadaras en algo bonito, pero poco excitante —dijo, apoyándose en la columna, con la mano por detrás de Kalera.

—Lo llevo por Stephen, no por ti.

—Lo llevas por el hombre que te lo ha regalado, aunque tú pensaras que era otro… pero he sido yo —dijo Duncan, con satisfacción, aceptando la copa de champán que le ofrecía un camarero—. Llevo días buscando el que mejor te fuera… uno que destacara tu piel y tu cuerpo como una rosa a medio abrir… perfumada, suave como el terciopelo, sensual y atractiva.

Dios mío, ¡qué bien hablaba! Duncan posó sin disimulo su mirada en el escote de Kalera.

—Casi puedo ver cómo te late el corazón —murmuró, fascinado —. Ver sus pequeños latidos, bajo ese pequeño lunar..

A Kalera le sorprendió que el corazón no le saltara del pecho

—¿Quieres dejar de mirarme así? Todo el mundo va a darse cuenta.

—Sólo estaba charlando.

—¡Pues charla, pero mira a otra parte!

Duncan sonrió.

—¿No querrás que de verdad lo haga? Me quedaría mirando durante horas ciertas partes de tu cuerpo. Partes como tu precioso…

—¡Duncan! —exclamó, esbozando una débil sonrisa a un camarero y deseando que no hubiera oído a Duncan.

Él tocó su pelo ligeramente, como si no pudiera evitarlo. Luego tocó su pendiente de perlas, y el lóbulo de su oreja.

—Bueno, entonces, ¿bailamos? —la invitó con voz grave—. Así no podré mirar a ningún otro sitio que no sean tus ojos. 0 también podemos cerrarlos y dejamos llevar, abrazados.

La idea la llenaba de pánico. Las pocas veces que había estado en sus brazos había perdido la cabeza por completo cayendo en un torbellino de culpa y desprecio.

—Escúchame bien, sé que sólo estás desempeñando el papel de provocador…

—¿De verdad es eso lo que crees de mí? ¿Crees que te tentaría a que cometieras actos ¡legales sólo con el fin de perderte?

Parecía sinceramente dolido.

—Ilegales no, pero sí inmorales —dijo Kalera, conmovida ante la idea de poder causarle daño.

—El amor no tiene nada de inmoral, es una de las cosas más hermosas de la vida…

A Kalera se le nubló la vista al pensar en la seductora idea de ver a Duncan enamorado. Pero hablaba de algo físico, no de un profundo compromiso emocional entre dos personas, se recordó. Pero esa era una actitud que ella nunca compartiría.

—Hay un sentido personal del bien y del mal que gobierna todos nuestro actos…

—dijo, apartando la mirada, escapando de los intensos ojos de Duncan, su cuerpo tenso, alarmado.

—¡Oh Dios mío! —exclamó al vera Stephen y a Terri, enfrentados otra vez, esta vez en mitad de la pista de baile.

—¡Oh, no!

Duncan la agarró por el codo. —¿Adónde crees que vas?

—¡Míralos! Tenemos que detenerlos…

—No te metas. Ésa no es tu lucha, no te metas.

—¿Que no me meta? —dijo Kalera, mostrándole el anillo de compromiso—. ¿Qué crees que es esto? ¡Estoy metida en esto hasta el cuello!

—No, en esto no. Míralos. Están tan concentrados el uno en el otro que ahora mismo les importa un bledo cualquier otra cosa. ¿Sabes lo que ocurre cuando tratas de separar a dos perros que se están peleando?

Kalera ignoró su retorcido consejo. Probablemente a él le encantaría que Stephen se comportara como un completo idiota, por eso debía haber llevado a Terri. No sabía lo que se estarían diciendo, pero Stephen no se merecía hacer el ridículo, no se merecía que ella lo abandonara en medio de un ataque de furia, porque él nunca se perdonaría convertir aquella velada de supuesta celebración en una tragicomedia doméstica.

Se abrió paso hasta ellos. Justo al llegar al anillo de invitados que los rodeaba, Terri le soltó a Stephen una bofetada y salió corriendo por las puertas de la terraza, desapareciendo en la noche.

—¿Terri? ¡Ven aquí! ¡Ven aquí, Terri! —exclamó Stephen, corriendo tras ella sin la menor vacilación, ignorando el intento de Kalera de hablar con él, mirándola por un instante como si no la reconociera.

Al quedarse allí de pie, Kalera sintió la amarga sensación de la humillación. Podía oír los murmullos, sentir las penetrantes miradas de compasión. Dio media vuelta y, con la espalda erguida, demostrando el mayor orgullo de que era capaz, volvió sobre sus pasos.

En algún punto de su interminable trayecto, Duncan se acercó a ella y la rodeó por la cintura. Y fue capaz de encontrar las fuerzas suficientes para sonreír y seguir hablando como si nada hubiera ocurrido.

—Muy bien, lo estás haciendo muy bien, ya casi hemos llegado —dijo mientras atravesaban el vestíbulo en dirección a las enormes puertas de roble.

—¿Adónde hemos llegado? —dijo ella, a punto de desfallecer.

—Nos vamos.

Mientras el guardia de seguridad abría la puerta, y

aunque seguía aturdida, replicó:

—No puedo abandonar mi propia fiesta de compromiso.

—¿Por qué no? Stephen ya lo ha hecho. Dejando que tú te enfrentaras con todos.

Kalera revivió la vergüenza que había sentido tan sólo hacía unos minutos, pero teñida de rabia y de rencor.

—Además, ¿de verdad quieres quedarte aquí, como la perfecta anfitriona, pidiendo disculpas a todos los invitados, a todos sus amigos, mientras te preguntas cuándo se le ocurrirá pensar que es tu prometido?

Kalera buscó las llaves de su coche.

—No, no quiero —dijo—. Vámonos. ¡Pero esta vez conduzco yo!

Duncan hizo una mueca llena de humor que consiguió atemperar la amargura de Kalera. Su vida se había vuelto completamente absurda, así que, por qué no reírse de ella, si nada tenía ya sentido.

Capítulo 10

>Al llegar a la oficina el lunes por la mañana, tras la desastrosa fiesta de compromiso del sábado, Kalera se encontró con un verdadero torbellino. En un principio pensó que tanto alboroto sólo podía deberse a que se había disparado la alarma contra incendios.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Luke, uno de los ingenieros informáticos, que iba por el pasillo cargado de cartuchos de impresoras y de disquetes.

—Nos mudamos —dijo éste, sonriendo.

¿Mudarse? —preguntó ella con incredulidad. El edificio era propiedad de Duncan, de modo que no podían echarlos—. ¿Todo el mundo?

—No, sólo el equipo A.

Es decir, el equipo de Bryan Eastman.

—¿A dónde vais?

—No lo sé, primero al tejado, luego nadie sabe nada. A una galaxia muy, muy lejana, supongo.

—¿Al tejado?

Kalera se apresuró a su oficina, sumida en el mismo caos, aunque nadie parecía trasladarse.

—¿Qué ocurre Bettina?

—No lo sé, nadie me ha dicho nada —dijo la jovencita de veintiún años que Duncan había elegido como su sustituta—. Oye, ¿has visto el disco Bredon? Lo dejé por aquí el viernes.

—¿Has buscado por la «b»?

Bettina se la quedó mirando con los ojos en blanco y ella desapareció antes de ceder a su impulso de darle una bofetada. Se dirigía al despacho de Duncan. No había necesidad de prolongar aquella confrontación por más tiempo.

Duncan paseaba de un lado a otro, hablando con alguien, a quien insultaba, por el móvil. Llevaba un traje gris que habría parecido de lo más neutro de no vestir además una camisa verde y una corbata con motas naranjas. Al levantar la vista y ver a Kalera, algo brilló en sus ojos. Finalizó su conversación y metió el teléfono en el 'cajón de la mesa.

—¡Llegas tarde!

No era el saludo que ella esperaba, pero sí servía para que se diera cuenta de que pisaba terreno conocido.

—Se me ha estropeado el coche.

—Pensaba que no ibas a venir por aquí —gritó él. Aquello parecía explicar su mal humor. Miró a Kalera, vestida con el tipo de ropa habitual, tan lejos de la Kalera que había visto el sábado por la noche, y sonrió—. ¿No habrán sido esos niños otra vez?

—No, me he quedado sin gasolina.

Duncan se quedó muy sorprendido.

—¿Viniendo a trabajar? ¿Tú? ¿Miss organización en persona?

—Este fin de semana he utilizado el coche demasiadas veces, y tenía otras cosas en qué pensar.

—Sí. ¿Dónde estuviste ayer? Te llamé a casa y llamé a tus padres, quería asegurarme de que estabas bien.

i Y hablaba de Stephen!

—Estoy bien —dijo Kalera, con tanta seguridad que Duncan se dio cuenta de que mentía—. Fui a dar una vuelta.

—¿Que duró todo el día y toda la noche? Incluso llamé a casa de Steve, pero no había nadie. Pensé que estaríais en alguna parte.

—Pues no. Pasé la noche en un hotel. Así me libraba de llamadas de apoyo, de consejos y de cualquier clase de presión. Quería pensar.

Duncan hizo un gesto con las cejas.

—¿Y? —dijo, acercándose a ella, palpitante de expectación—. ¿Has aclarado las cosas con Steve?

Kalera negó con la cabeza.

—Apenas hablamos unos minutos y él se iba corriendo al hospital porque parece ser que Michael se había caído por unas escaleras y se había roto un brazo. Puede que pasase allí todo el día, no lo sé.

Quizás, se dijo ella, aquel pequeño accidente había servido para

que él se diera cuenta de que el niño era verdaderamente hijo suyo. Al menos eso esperaba ella, por el bien de todos.

Duncan tomó su mano derecha y comenzó a acariciar el anillo de compromiso.

—No llegó a anunciar el compromiso, ¿verdad? Así que, formalmente, no estás comprometida, ¿verdad?

—Tampoco hemos roto el compromiso —dijo Kalera.

Notó que Duncan se ponía tenso.

—Pero pronto lo haréis, ¿no?

Kalera lo miró a los ojos, reconociendo en ellos una familiar mirada llena de terquedad y resolución.

—No puedo decirlo. Primero necesito ver a Stephen.

De hecho, pienso hacerlo esta noche —dijo.

—¡No puedes!

Aquella orden la dejó perplejo.

—¿Cómo dices?

Anna se asomó por la puerta.

—Eh, jefe, Bryan dice que será mejor que se dé prisa. Cero menos diez y seguimos la cuenta atrás.

—De acuerdo, de acuerdo… —dijo Duncan, despidiendo a su empleada con un gesto y comenzando a recoger cosas de su mesa.

—¿Qué está pasando?

Duncan metió lo que le hacía falta en la cartera e hizo girar la combinación.

—Ven conmigo. Y tráete tu ordenador portátil.

—¿Para qué? —preguntó Kalera, agradecida de abandonar una conversación tan personal.

Solo hazlo, ¿vale? —dijo él con impaciencia.

—¿Adónde vamos?

—Cuando lleguemos lo sabrás, como todos los demás.

Kalera se contentó con la respuesta. Cuestiones de seguridad, se dijo.

—¿Estaremos fuera mucho tiempo?

—Es posible.

—¿Y vas a dejar a Bettina a cargo del despacho todo el día?

—Anna la ayudará. y ahora, ¿podemos irnos? Nos están esperando.

La condujo al ascensor y apretó el botón que conducía al último

piso.

A llegar al tejado, Kalera vio, con temor, el helicóptero en el que ya estaban Bryan y su equipo, cuatro personas. Todos ellos llevaban maletas de viaje.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar fuera? —volvió a preguntarle a Duncan.

Él se encogió de hombros.

—El que sea necesario. Mira… —dijo él, cortando en seco la protesta de Kalera—…tu futuro ex-prometido ha empezado a hablar de que va a sacar un programa de reconocimiento de voz sospechosamente parecido al nuestro, así que quiero impedir cualquier contacto con nosotros. Voy a llevarme a este equipo a una fortaleza a prueba de filtraciones y, sin distracciones, podemos acelerar el proceso y dar a la luz al nuevo nene a tiempo de

ser los primeros.

—¿Y por qué voy yo y no Anna?

—Porque Anna está trabajando en otros programas prioritarios y prefiero tenerte allí donde Pueda vigilarte

—¿Me acusas de tener algo que ver con la filtración?

—Si creyera que es así, no vendrías con nosotros.

—Entonces, ¿por qué se lo has dicho a todo el mundo antes que a mi—? —dijo, señalándole las maletas de los demás.

—Porque con ellos sí pude hablar ayer.

—Pero nadie sabe que me voy. ¡Ni siquiera llevo una muda de ropa! ¡Y el coche, y la casa!

—Anna se ocupará de todo. Puedes mandarle un mensaje diciéndole qué cosas quieres y el helicóptero volverá a buscarlas.

El viento le revolvía el cabello, echándolo hacia atrás.

—Mis padres por lo menos deberían saberlo.

—Ya lo saben.

Kalera vaciló, palpando el anillo de compromiso. Por su tranquilidad y por la de Stephen, no podía marcharse sin decirle nada…

—Tengo que hacer una llamada.

Las hélices del helicóptero se pusieron en marcha.

—No hay tiempo —dijo Duncan—. Lo siento —dijo, cuando, en realidad no lo sentía, como advirtió Kalera—. Y ahora, ¿vas a subir a ese helicóptero o voy a tener que empujarte?

Kalera se agachó y se agarró la falda para subir a la cabina, dando un respingo al notar que Duncan no había podido resistir la tentación de ayudarla a subir.

Se sonrojó y se sentó en un sitio que quedaba libre. Duncan subió tras ella y la aplastó contra el manparo antes de indicarle al piloto que podía despegar. Las hélices comenzaron a girar más deprisa y el helicóptero no tardó en elevarse. Kalera cerró los ojos, por el miedo, y no tardó en notar una mano sobre su mano. Tardó varios minutos en atreverse a abrir los ojos y mirar por la ventana todo esto, sin que Duncan hubiera soltado su mano. La vista del puerto de Waitemata era magnífica y muy pronto fue superando el miedo para fijarse en los puntos que Duncan le señalaba. Bryan y su cohorte de apóstoles: Matthew, Mark, Luke y Brendan, se habían puesto a jugar a las cartas, compitiendo en bullicio con el ruido de los motores.

Tardaron una hora en Regar a su destino secreto, atravesando Firth of Thames hacia un lugar aislado al sur del estuario del Coromandel. Cuando el helicóptero comenzó a descender, para aterrizar en un claro rodeado de un denso bosque, Kalera se fijó en una casa blanca de una sola planta.

Giró la cabeza y miró a Duncan.

Éste asintió, inclinándose hacia ella para hacerse oír.

—Yo lo llamo el Laberinto.

—¿Es tuya?

—Lo construí hace cuatro años. Es mi escondite secreto.

A Kalera le pareció un nombre ridículo para una construcción tan simple hasta que entró en ella. El interior estaba formado por una serie de habitaciones cuadradas de varios tamaños comunicadas por varios pasillos entrelazados en los que había muchas estanterías y armarios. Todas las puertas eran correderas, y, cerradas, se disimulaban con la pared.

Cuando Duncan dio paso a su tropa de invitados a aquel laberinto amueblado en muchos colores, Kalera murmuró:

—Parece un…

—Laberinto, sí, ya lo sé, así lo proyecté —dijo Duncan con una sonrisa indulgente—. Os enseñaré las habitaciones para que os pongáis cómodos y empecemos cuanto antes. A propósito, el guarda es un cocinero fantástico, así que cualquier cosa que queráis,

pedídsela a Jed.

Primero les mostró sus dormitorios a los hombres. Cuartos para dos personas situados cerca de una sala llena de ordenadores que pronto se completo con los equipos que ellos habían llevado.

A Kalera le había reservado un cuarto en el extremo opuesto de la casa, en una habitación muy espaciosa que estaba al lado de la de Duncan.

Miró a su alrededor, evitando la gran puerta corredera que debía dar a la habitación de él y la cama de matrimonio cubierta con una colcha verde.

—¿No sería mejor estar con los demás? —preguntó.

—Prefiero tenerte cerca —dijo Duncan, y ella sintió un escalofrío—. Por si te necesito.

Kalera le dirigió una mirada penetrante.

—Para trabajar, quieres decir, ¿verdad?

Duncan le devolvió una sonrisa.

—Siempre puedo confiar en ti para que me digas a qué me refiero, ¿no?

Poco después, el helicóptero se marchó de vuelta a Aukland para ir a buscar la maleta de Kalera, una absurda extravagancia que ella aceptaba como mínima compensación por las molestias de aquel viaje.

Los tres días siguientes, Kalera apenas vio a lo otros cinco hombres, que parecían comer y dormir en la sala de los ordenadores, pero a Duncan lo veía constantemente. Su único objetivo en la vida parecía ser volverla loca con una dedicación que no le pedía. Ella, sin embargo, estaba pendiente de él cada minuto que pasaba, de sus movimientos, de sus gestos, de su respiración.

. Duncan por otro lado, no la ayudaba mucho a sentirse mejor. En lugar de trabajar, parecía haber ido allí a flirtear con ella. No paraba de bromear, de reírse, de dirigirle largas e intensas miradas que le recordaban la pasión que habían compartido.

La situación era cada vez más insostenible cuando, una mañana, tuvo la suerte de toparse con Bryan en la cocina. Éste s estaba sirviendo un vaso de leche antes de irse a dormir después de otra noche en vela. Gracias a la conversación que mantuvo con él, averiguó algo que le hizo precipitarse a la habitación de Duncan. El enfado le hizo olvidarse de que no llevaba más que su camisón

blanco.

Duncan gruñó al oírla y giró sobre la cama, incorporándose al ver al torbellino rubio que irrumpía en sus sueños.

—Todo esto no es más que un montaje, ¿verdad? —le gritó ella—. ¡No hacía falta que viniéramos aquí! Bryan acaba de decirme que no ha habido ninguna filtración, sólo una campaña de desinformación por parte de Stephen.

¡Y tú lo sabes desde el viernes!

Aquella nueva información, además, arrojaba las más serias dudas sobre su comportamiento en la fiesta, un comportamiento que podría tener motivos muy distintos a los que ella había sospechado.

Duncan cerró los ojos y ella se enfadó más aún al verle fingir que sus acusaciones lo aburrían.

—¡Levántate! Quiero que me lo digas tú. No hace falta que estemos aquí, ¿verdad? —dijo, agarrando el extremo de la sábana que tapaba a Duncan—. ¡He dicho que te levantes!

—Yo que tú no haría eso —dijo Duncan, que seguía sin abrir los ojos.

Su desafío bastó para que Kalera hiciera todo lo contrario, tirando de la sábana y arrojándola fuera del alcance de Duncan. Pero nada más hacerlo se quedó de piedra, igual que si la hubieran metido en una caldera de agua helada.

—Como ves, ya estoy levantado —dijo Duncan, mirando su miembro excitado. Luego, rodó a un lado, mirando a Kalera—. En realidad, siempre estoy levantado cuando tú andas cerca. Lo mismo ocurrió la última vez que entraste a mi habitación, ¿te acuerdas?

Kalera lo recordaba muy bien. Se estremeció, incapaz de apartar la mirada, excitada súbitamente.

—No…

—¿Que no qué? ¿Que no te desee? Demasiado tarde. Mírame. Esto es lo que siento por ti. Te deseo… continuamente. Y he esperado largo tiempo a que vinieras a mi habitación…

Kalera dio un respingo y se dio media vuelta para salir corriendo, pero Duncan saltó de la cama y la alcanzó con facilidad. Cerró la puerta y, levantándola en el aire, la devolvió al cama, evitando como podía sus furiosas patadas al aire.

—¿Quieres que termine esta charada? Muy bien, de acuerdo,

pues se acabó —dijo—. Bryan quería terminar el proyecto cuanto antes y este era el lugar perfecto para hacerlo, pero no, tú y yo no hacíamos falta. Tú y yo estamos aquí por esto…

Agarró la mano derecha de Kalera y le sacó el anillo de compromiso, tirándolo al suelo. Luego la obligó a poner la mano sobre su cuerpo y la besó en la boca. De repente, Kalera sintió que todos los sentimientos que había estado reprimiendo rompían sus barreras de contención y se sumergió en un apasionado combate, besándolo ardientemente, arqueando el cuerpo para ofrecerle sus pechos, colgándose de él para recibir sus furiosas acometidas, hasta alcanzar la ardorosa unión que unía sus dos mitades en una sola unidad. Sintió el más inmenso placer al recibirlo, un placer que se repitió una y otra vez. Luego, apretándose contra él, se estremeció, profiriendo un grave gemido que se mezcló con el de Duncan, manifestando los dos su perfecta unión.

—No quería que esto sucediera —dijo Duncan, con voz grave, mezclados los dos en un ovillo de sudorosa gloria, y sintió que Kalera se ponía tensa—. No, no me refiero a hacerte el amor, cariño, sino a hacerlo así, tan salvajemente. Al menos no la primera vez. Quería seducirte poco a poco, con amor, para que por la mañana me respetaras, no como aquella vez…

«Con amor». A Kalera el corazón no le cabía en el pecho.

—Aquella vez todavía no estaba preparada para ti —recordó. Eras demasiado…

Duncan la miró a los ojos.

—¿Demasiado qué?

—No sé, demasiado —dijo ella, conmovida por su interés—. Demasiado excitante, demasiado atractivo, demasiado… vivo. En todos los sentidos, demasiado hombre para mí, en aquel momento de mi vida.

—Y por eso buscaste a Stephen.

Kalera se sonrojó.

—Él era… confortable. Creía que era eso lo que quería.

—¿Y qué es lo que quieres ahora?

Kalera hizo acopio de todas sus esperanzas. A ti.

La mirada de Duncan se inundó de alegría.

—Yo sí estaba preparado para ti —dijo con calma—. Y llevo preparado mucho tiempo. Más del que imaginas. Sabía que sentías

que habías traicionado a Harry al pedirme que te hiciera el amor, pero yo no me sentía culpable. Me encantó, Y, qué demonios, me imaginé que Harry me lo debía.

—¿Que Harry te lo debía? Yo creía que erais amigos.

—Harry era amigo mío porque yo le daba lástima. Kalera se quedó perpleja.

—¿Que le dabas lástima?

Duncan le acarició el pelo antes de proseguir.

—Sabía que tú le querías y yo le daba lástima porque sabía lo que yo sentía por ti. No me preguntes cómo, porque yo nunca se lo dije, pero lo sabía. Pero no desempeñó el papel del marido celoso. No, Harry, no, todo lo contrario. Después de aquella fiesta en que bailamos juntos, me llamó para pedirme que fuéramos a jugar al golf, a pesar de que sabía que yo no jugaba. Sin embargo, sabía que aceptaría, sabía que yo sentiría curiosidad por saber cómo era el marido de Kalera. Yo hubiera preferido que fuera un cerdo insensible que no te mereciera, pero era un tipo estupendo, con una enorme confianza en sí mismo. No le importó que yo fuera mejor educado o más rico, y quizás más atractivo, sabía que tenía sobre mí una ventaja, algo que yo nunca podría alcanzar: que tú lo querías. Y se convirtió en amigo mío, cuando la mayoría de los hombres habrían hecho todo lo posible por anular a un posible adversario.

Se detuvo por un instante, pero no podía dejar de hablar.

—¿Y sabes qué otra cosa hizo? Confió en mí. Sabía que no haría lo que yo deseaba hacer con toda mi alma… seducir a su esposa y apartarla de él para siempre. Yo quería que me quisieras tú, no él, que llevaras mi anillo con el orgullo que llevabas el suyo, que fueras la madre de mis hijos…

—Oh, Duncan… —dijo Kalera, anegada de amor.

—Y yo lo quise por eso, Kalera —dijo él con orgullo—. Por devolverme el honor que Stephen me había quitado. Y lo quería porque tú lo encontrabas digno de tu amor… porque lo que tú amas yo también lo amo.

—Entonces debes quererte mucho a ti mismo —dijo Kalera con una sonrisa, sabiendo que la seguridad emocional también se encontraba en el amor de un hombre turbulento y apasionado—. Pero siempre he sabido que eres un egoísta.

—Empezaba a pensar que jamás admitirías que me amas —dijo él, acariciando el cuerpo de Kalera, que volvía a excitarse por ello —. Espero no volver a despertarme para darme cuenta de que esto no es más que otro sueño…

—Pero lo es —dijo ella—. Tú eres mi sueño, mi sueño eterno. Nunca dejaré de creer en ti… en nosotros…



SUSAN NAPIER (nacida un 14 de febrero en Auckland, Nueva Zelanda). es una popular escritora de más de 30 novelas románticas para Mills & Boon desde 1984.

Trabajó como reportera en el periódico «Auckland Star», donde conoció a su marido, Tony Potter, reportero jefe. Tuvieron dos hijos, Simon y Ben.

De sus novelas publicadas algunas se han traducido en más de 20 idiomas. *Romantic Times* ha descrito su trabajo como 'multi-capas' con 'bien definidos personajes y conflicto dominante'. Ha sido dos veces nominada para el premio *Romantic Times Reviwer's Choice Award*, en 1996 por *Una rubia muy especial*, y en 1997 por *La amante del novio*.